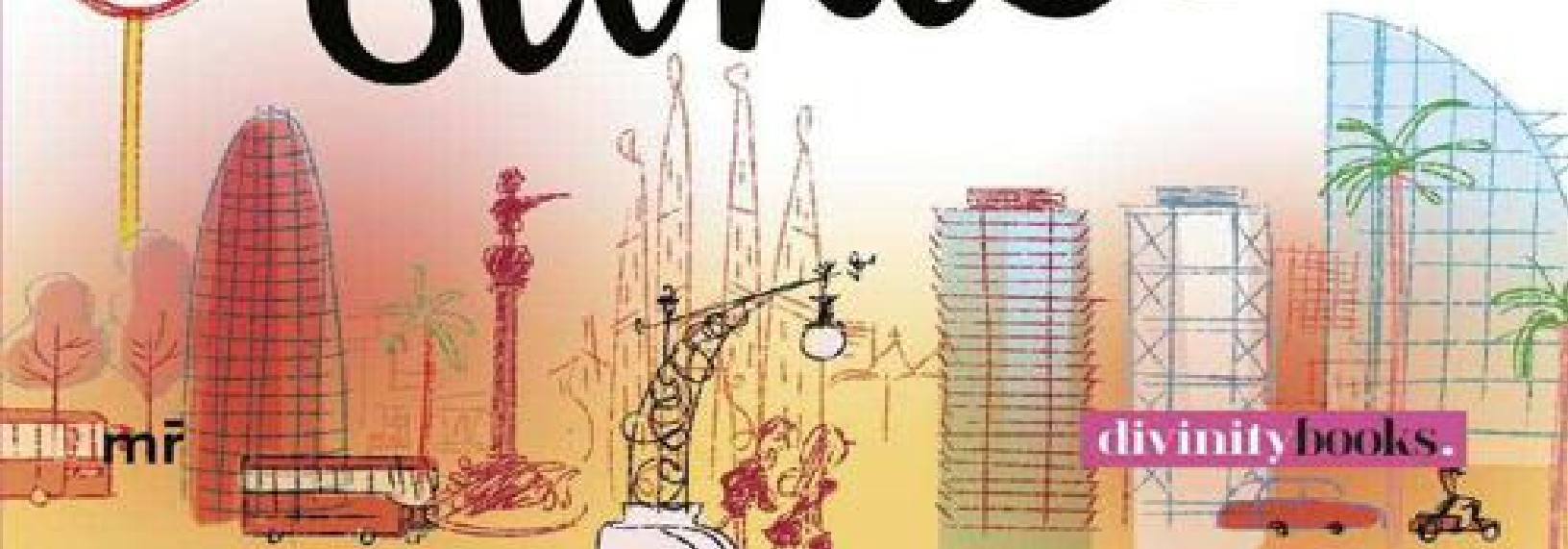


PATRICIA HERVÍAS



# Que no panda el cómico



divinitybooks.

# Índice

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

# Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

## **iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

*A Martín, por todo lo que ha dado a sus nietos y a sus hijos.*

## CAPÍTULO 1

*«Señores pasajeros, estamos llegando a la ciudad de Barcelona. Apaguen sus dispositivos móviles. Abróchense los cinturones de seguridad, coloquen el respaldo en posición vertical y mantengan la mesa plegada. Muchas gracias».*

Después oí la misma frase en catalán y en inglés.

Lo cierto es que estaba deseando bajarme de aquel horroroso aparato volador que no había dejado de moverse desde que despegó de mi adorada ciudad, Valladolid, a las diez de la mañana de este domingo. A punto había estado de liarla parda y montar un Melendi en pleno vuelo. No soporto los aviones y lo único que se me pasó por la cabeza fue pedir algún aliciente a los tripulantes de cabina. Pero mi poca sensatez, la poquita que me quedaba, me lo impidió. Eso y que eran las diez y media... Y ya lo decía mi madre: «Hija, los alcohólicos no comenzamos a beber antes de la una». Lo cierto es que nunca supe si me lo decía en serio o de broma.

Me llamo Ángela y, por más que lo intentaba, no podía hacerme a la idea de que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados en menos de un mes y que dentro de dos maletas gigantes había metido todo lo que yo creía que tenía más valor sin pensar si realmente era lo que quería. Desgraciadamente, ya no había marcha atrás, el vuelo estaba a punto de aterrizar en la ciudad condal y confiaba en que Pedro Luis, mi novio, estuviese esperándome fuera para, aunque sólo fuera un poco, aminorar el vacío que en esos momentos sentía en mi corazón por tener que dejar definitivamente mi trabajo, mi casa, a mis amigos de toda la vida y a mi familia. Aunque si lo pensaba bien, el tema familiar, probablemente, sería lo que menos me iba a molestar tener tan lejos. No es que no los quisiera, pero con un padre militar y una madre algo desapegada, era quizás la única parte de mi marcha que creía altamente positiva.

Y como si fuera algo casi religioso, en el momento en el que estaba pensando en mi madre, el avión tomó tierra haciéndome despertar con un fuerte traqueteo. El aparato se situó en la pista rumbo a la puerta de

desembarque y la gente comenzó a ponerse nerviosa levantándose de sus asientos sin que aún se hubieran detenido del todo y así poder salir.

Daba igual que las azafatas hubieran advertido que nos mantuviéramos con los cinturones abrochados y no nos levantáramos de los asientos. Algunos ya estaban con la maleta de mano en el suelo y el teléfono móvil encendido.

He de confesar que ver eso me pone de muy mala leche. No entiendo cómo es posible que no se haga caso a las recomendaciones. Verás el día que ocurra algo... Y justo en el momento en el que ese pensamiento cruzó por mi mente, recordé de nuevo a mi madre con la copa de vino en la mano y mirando el telediario. Típica frase de madre.

Me encaminé timoratamente por la terminal 1 del aeropuerto del Prat; no era la primera vez que viajaba, pero siempre lo había hecho con mi novio y nunca me preocupaba de cosas tales como saber por dónde salían las maletas, por dónde se tenía que ir a tomar el taxi, cuál era la puerta de embarque... Pero ahora me sentía como pez fuera del agua leyendo todos los carteles que aparecían sobre mi cabeza, mirando de un lado a otro para no confundirme, marchando como un pato mareado sin saber qué camino tomar hasta que finalmente fui capaz de situarme y llegar a las cintas por donde vería salir el equipaje en el que había logrado meter la mitad de mi vida.

Mientras esperaba que todas mis pertenencias aparecieran, tomé con decisión el teléfono móvil para encenderlo y ponerme así en contacto con Pedro Luis, aunque estaba segura de que ya me estaría esperando al otro lado de las puertas, justo detrás del puesto de policía.

Me moría de ganas.

Miraba absorta como el móvil ya estaba a punto de tener cobertura cuando casi antes de que la pantalla se encendiera, sonó el pitido que me alertaba de que tenía un mensaje. Pensé en una llamada perdida y sonreí imaginando lo nervioso que estaría Pedro Luis esperando, pero levanté la ceja al ver que era un WhatsApp:

*Cariño, he tenido que salir corriendo. Estoy ya en el avión destino a Dubái, no voy a poder recibirte en el aeropuerto. He dejado la llave en el establecimiento al lado del portal, te están esperando, vida. Te quiero, te llamo cuando aterrice.*

Inmediatamente después de leer esa fabulosa noticia, se posó en mi estómago un insoportable dolor, a causa de la angustia que sentía en ese instante. Apreté el dispositivo móvil con más fuerza de la necesaria, pero sólo con la intención de aguantar unas lágrimas que no dejaban de caer a pesar de

la frustración. Probé a llamarle, pero lógicamente estaba desconectado. Claro, en ese momento comencé a hacerme mil preguntas. Intentaba entender cómo era posible que en la hora y poco que duraba el vuelo que me había traído a Barcelona, Pedro Luis no supiera nada de su repentina «huida».

Pensé rápidamente, intentando encontrar alguna explicación racional. No, no la había, y lo peor es que no era capaz de comprenderlo. Esto no tenía ninguna pinta de haber sido un viaje sorpresa, era imposible que no lo supiera, no podía dejarme tirada en medio de una ciudad inhóspita, desconocida, fría, lejana y con...

—¿Señorita, se encuentra bien? —La voz de un hombre mayor me hizo despertar de mi universo paralelo.

—¿Perdón? —Le miré sin entender.

—¿Que si se encuentra usted bien? Es que está llorando mientras aprieta su teléfono y ya sólo quedan dos maletas dando vueltas. Pensé que quizás la suya...

—Oh, no. Bueno, sí, tranquilo. —Me recompuse dignamente mientras guardaba el móvil en el bolso y enjugaba las lágrimas—. La emoción del cambio de vida.

—Perfecto. —Sonrió sincero—. *Benvinguda a Barcelona* —concluyó, sonriendo de nuevo y alejándose de mí.

—Aish, Dios, y encima esto, me hablan en raro. No me voy a enterar de nada. —Me di tanta pena que, sin querer pensar mucho más, tomé las dos últimas maletas de la cinta, efectivamente las mías, y puse rumbo a la parada de taxis.

Eso sí que lo encontré sin problemas, una parada bien marcada y llena de gente que quería tomar el vehículo que le llevara a su casa, a su hotel o donde fuera que alguien le estuviera esperando. No como a mí...

Después de unos cinco minutos, en los que me quedé literalmente en Babia, con la cabeza dando vueltas sin entender qué coño iba a hacer sola en Barcelona, alguien me avisó de que el siguiente taxi era para mí. Sonreí de medio lado para no parecer una desagradecida y conseguí acercarme con los dos maletones gigantes al vehículo. Mientras, el conductor se aproximó para ayudarme a meterlas dentro del maletero. Al finalizar pusimos rumbo a la dirección que tenía apuntada, sin más. Sinceramente, agradecí que el hombre joven, bajito y algo rechoncho que manejaba el taxi no fuera muy hablador, pues no tenía ganas de dar conversación a alguien que no conocía de nada. Y menos con los pensamientos casi asesinos que comenzaban a pasar por mi

mente como flashes intermitentes.

—Muchas gracias —dije después de que me ayudara a bajar las maletas y pagar.

—*De res i bon dia* —respondió con una sonrisa en los labios y metiéndose en su coche para arrancar sin más miramientos.

—¡Ay, madre! Lo dicho, que encima no voy a enterarme ni del NO-DO —me quejé firmemente por lo bajo.

Y allí estaba, en el barrio de Sant Antoni, que era donde se suponía que íbamos a vivir, aunque de momento estaba más sola que la una, parada en medio de la calle que aparecía como la dirección de mi casa en mi teléfono móvil.

Pero no podía dejar de verme como un pez fuera del agua, mirando de un lado a otro sintiéndome un bicho de pueblo recién llegado a la capital. Todo esto era muy raro, parecía como si la calle no tuviera sentido: tiendas de fruta abiertas, establecimientos con letras chinas con las persianas cerradas, bares regentados por chinos mezclados con otros de toda la vida, abuelas paseando a sus perritos, gente con gafas de colores, barbas pobladísimas y con camisas de cuadros como si se fueran a talar árboles al Canadá, chicas con cortes de pelo demasiado ¿modernos? Bueno, quien dice corte de pelo dice rapado, tatuajes en todas partes...

—Pedro Luis, ¿dónde coño me has metido? —Miré a mi alrededor asustada, sin saber qué hacer—. Quiero volver a casa... —Y otra vez me puse a llorar en medio de la calle sin ningún pudor.

—Señorita guapa, no llorar —me dijo un hombre de piel morena y facciones hindúes—. Tú venir a mi tienda y yo dar remedio.

—¿Perdone? —Miré para todos lados, sintiéndome una imbécil de manual. Aquel hombre que hablaba era un señor de espesa cabellera negra como el azabache, tez morenísima y un poblado bigote. Tenía los ojos pequeños y también oscurísimos, además debía de medir bastante menos que yo, pues tenía que esforzarme por doblar el cuello para hablarle. Era muy poquita cosa, delgadito y desgarbadísimo. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros muy holgados y una camisa sacada de cualquiera de los baúles de mi difunto abuelo, por parte de madre (que el hombre era muy de pueblo), con un color crema bastante desgastado.

—Tú no llorar, venir a mi tienda y yo dar remedio para lágrimas. —Me señaló una pequeña tienda justo al lado del portal donde se suponía que estaba mi vivienda.



—En serio, muchas gracias, no pasa nada —respondí, limpiándome las lágrimas para escapar de aquella situación tan surrealista de la mejor manera posible.

—No, no. —Señaló de nuevo, insistiendo—. Venir conmigo allí. —Volvió a indicar de nuevo ese pequeño local que parecía repleto de cosas.

Le miré frunciendo el ceño no más que un segundo, y la verdad era que como no tenía nada que perder, enganché los dos maletones para acercarme a la puerta de la tienda. Aquel hombre me sonreía abiertamente, y fue en ese momento en el que pude ver como en su dentadura había más huecos que los medianamente recomendables para tener una alimentación relativamente sana. Con su mano me indicaba gentilmente el camino; no es que me fuera a perder, pues estaba justamente frente a nosotros, pero bueno... Al llegar a la puerta, me detuve esperando a que dijera cualquier cosa o me diera algo que me hiciera olvidar que estaba sola en una ciudad desconocida llena de gente vestida de forma muy rara.

Y yo sólo quería volver a mi casa de Valladolid, a mi trabajo en el periódico, a mi sencilla vida.

—Tomar estas dos botellas. —Me tendió dos botellas de vino blanco—. Consejo tomar una por la mañana y otra por la noche. —Y volvió a echarse a reír, haciendo que me viniera a la cabeza aquel chiste malo de: «Tienes los dientes como perlas. ¿Preciosos? No, escasitos». Pero aunque hubiera podido reírme, ni ganas tenía, así que no me lo pensé, las agarré y cuando quise pagar a aquel curioso hombrecillo, me frenó haciendo un gesto negativo con su mano—. No, esto ser bienvenida y esperar que tú vengas mucho comprar aquí.

—Muchísimas gracias —respondí, levantando sorprendida mi ceja derecha con desconfianza.

—Eh, no olvidar esto. —Y me tendió un sobre—. Esto dejar marido tuyo esta mañana.

—¿Cómo ha sabido que yo...? —Me di media vuelta sin ganas de hacerme más preguntas—. Déjelo, gracias.

—Yo ser Abdul; tú, Ángela. —Sonrió de nuevo. Yo le respondí con otra sonrisa de medio lado a la vez que salía de la tienda con las dos maletas a cuestas, una bolsa con dos botellas de vino y las nuevas llaves de mi casa. Lo peor de todo era que ni había pensado en ellas, teniendo en cuenta el maremágnum de sentimientos que se agolpaban en mi cerebro.

A trompicones, sí a trompicones, conseguí llegar al portal. No es nada fácil

caminar con un bolso, maletas, sobre con llaves, bolsa con dos botellas de vino...

Casi como si fuera un milagro, logré abrir la puerta del portal empujando con las dos valijas gigantes y el tintineo constante de las dos botellas haciéndome pensar que aquellas se convertirían en mis mejores compañeras durante el largo día que me esperaba encerrada dentro de mi nueva, vacía y solitaria casa.

—¿En serio? —me dije en voz alta cuando miré dentro del portal. Abrí los ojos como platos al encontrarme con aquel ascensor. No entraba en mi cabeza que aún existiera ese tipo de maquinaria, eso era un peligro. Vamos, estaba más que segura de que aquello no era ni por asomo legal. El elevador estaba hecho de madera, era antiguo, olía a viejo (quería regresar a mi casa de nueva construcción, ¡ya!), de aquellos que tenían dos puertas de madera en el interior y una verja corredera por fuera—. ¿Pero cómo coño...?

Me quedé de pie mirando como si acabara de ver al mismísimo monstruo del lago Ness frente a mí, así que pensé que tenía dos opciones: meter las maletas y darle al botón, lo que no iba a poder ser por el mecanismo mismo del ascensor, o entrar con una maleta, subirla e implorar para que nadie robara la otra y volver a bajar para hacer de nuevo ese periplo.

Finalmente, y rezando en arameo, un idioma del que estaba más que convencida de que en breve se convertiría en mi segunda lengua materna visto lo visto, subí con la más pesada, dejando la otra en un rincón en un intento de esconderla durante el tiempo que durara mi «viaje a lo desconocido». A duras penas cabíamos la maleta y yo en el ascensor, pero en un alarde físico, dadas las horas que había pasado haciendo yoga, estiré al máximo mi cuerpo para poder cerrar la verja, después las otras dos puertas y darle al botón de la última planta. En ese instante, justo cuando el botón se hundió, la maquinaria comenzó a moverse dando un golpe seco y saltando de tal manera que hizo que gritara como una niña de cinco años o como la imbécil que me sentía. Justo después, y cuando el corazón volvió a latir de nuevo, comenzó a moverse lentamente hasta la planta a donde me dirigía.

De la misma manera me aventuré a bajar por el ascensor para recoger la segunda maleta y realizando otro viaje, llegué a la puerta de lo que, a partir de ese momento, sería mi hogar, «dulce hogar».

Un viejo barrio, un viejo portal, un viejo ascensor y una vieja casa vacía me daban la más triste de las bienvenidas a mi nueva vida. Y no tenía más opción que aceptarla. Metí la mano en el bolso buscando las llaves, ya que

entre tanto viaje cual Coco de *Barrio Sésamo* enseñando qué es «arriba y abajo», era más que probable que estuvieran perdidas en lo más profundo del abismo «bolsil».

Y no me equivocaba, efectivamente, después de un buen rato entre el insoportable mal humor, palabras malsonantes y patadas a mis dos maletas (algo que nunca antes se me hubiera ocurrido hacer en la vida), metí la llave en el bombín de la puerta.

Se abrió delante de mis ojos un lugar que me dejó sin palabras, esta vez la sorpresa fue de lo más positiva. Ante mí se encontraba un espacio abierto lleno de luz, y tal fue mi ensimismamiento que casi no me doy cuenta de que se oían ruidos detrás de mí. Una puerta que se abrió y se cerró; un «*Bon dia*», al que respondí sin mirar, y alguien que bajó por las escaleras a buen ritmo.

Aún no podía cerrar la boca por la impresión, en serio.

Entré casi con miedo, ¿a ver si me había equivocado de casa? Era una chorrada, tenía las llaves en la mano, pero...

Al cerrar la puerta, encontré un espacio abierto, limpio, suelo de tarima flotante, decoración minimalista en colores acordes con las paredes, pulcramente blancas, cocina americana integrada con una encimera eterna y taburetes en una barra para comer. En el medio de la estancia, una mesa de roble con sillas blancas marcaba el centro del salón.

Miré hacia un lado y vi unas escaleras que subían a lo que parecía una habitación. Lo era. Me acerqué hacia allí, me sujeté en la barandilla y sin aliento encontré una cama situada en el centro de aquel altillo, perfectamente hecha con un cómodo edredón, armario empotrado y una puerta que llevaba a un cuarto de baño de ensueño. Ducha, bañera, dos lavabos (para él y para ella), bidé, taza de váter o inodoro...

Volví a bajar para mirar a todos lados. Estaba, literalmente, alucinando en colores. ¿Cómo era posible que en aquel lugar pudiera existir un sitio tan flipante?

Me acerqué a la mesa del salón, había visto un pedazo de papel:

*Bienvenida a casa, mi amor. Ojalá hubiera podido estar contigo para celebrar tu llegada. Regresaré pronto, te lo prometo. Esta es nuestra nueva casa, haz lo que convengas.*

*Te quiero.*

*PL.*

Sonreí mientras leía la nota, aunque, al mismo tiempo, una solitaria lágrima caía de nuevo por mi rostro mientras la soledad se adueñaba de mí

otra vez.

Había dejado mi trabajo por él. No era el mejor trabajo del mundo, pero era feliz con mi sección en uno de los periódicos de la ciudad. Me daba para pagar las facturas, los caprichos y, lo más importante, tenía tiempo para poder seguir construyendo mi sueño de ser guionista. Porque lo que yo quería era escribir guiones para series de televisión, y ahora lo veía todo muy diluido por culpa de este cambio de vida.

Pero lo peor no era eso, peor para conseguir alcanzar mi sueño, sino que al día siguiente, lunes, comenzaba a trabajar en una empresa de e-commerce. Pedro Luis me había ayudado un poco a la hora de buscar vía internet. Me llamaron de una de ellas, me hicieron la primera entrevista por teléfono, vía Skype la segunda y la tercera con los CEOs de la empresa del mismo modo. Lo cierto es que siempre me ha parecido una gilipollez la manía de las nuevas empresas de poner inglesadas en palabras que ya existen en castellano...

Ahora yo iba a trabajar como *copy creative*, redactor publicitario, vamos, de una empresa de ofertas *online*. Algo que me hacía tanta ilusión como que me arrancaran el dedo meñique del pie. Lo iba a pasar mal, no me gusta conocer a gente nueva, no me gusta que mi entorno cambie demasiado. Siempre había vivido en mi ciudad, Valladolid, salido con la misma gente del instituto, algunos hasta del colegio, y mi novio era el de siempre. No quería cambiar, no tenía necesidad de hacerlo y mucho menos de conocer a gente nueva, gente dispuesta a...

¡Y una mierda! Odio los cambios, no soy una persona a la que le guste mucho abrirse a la gente. Soy de las que prefiere hablar consigo misma con tal de tener una conversación amena...

—¿Sí? —Oí a mi madre contestar a mi llamada.

—Mamá, soy yo.

—Muy bien, hija. ¿Y qué quieres?

Me quedé parada.

—Decirte que ya he llegado a Barcelona. —Cada vez que llamaba a mi madre sentía esa extraña desconexión—. Y que Pedro Luis no está en casa, que está de viaje y ando sola por aquí.

—Ah, muy bien, hija. Te dejo, que están poniendo un nuevo capítulo de *Belleza y poder*. —E inmediatamente cortó la comunicación.

No me apetecía aquel día darle vueltas a la extraña relación de mi madre con todas las telenovelas norteamericanas que ponían en televisión. Subí los maletones a la habitación, los abrí, me quité la ropa que llevaba puesta y,

rebuscando, encontré lo que quería ponerme.

Me miré al espejo que encontré en el cuarto de baño y descubrí que mi cara era un verdadero poema. Si ya con el pelo pelirrojo llamo la atención, con los ojos azules hinchados por tantas lágrimas era un cuadro. Me peiné un poco, limpié mi cara del arruinado maquillaje que estaba corrido y fui directamente a lo único que en ese momento podría consolarme sin pedir nada a cambio: la nevera. Directa a abrir la botella de vino y hacer algo de comer.

Con la copa en la mano y mirando al vacío brindé:

—Como dijo aquel: «¡Viva el vino!» —Y tomé mi primera copa en Barcelona.

## CAPÍTULO 2

Miró el reloj. No podía creérselo, no hacía más de un rato que había conseguido dormirse. Sentía su cuerpo como si la resaca le hubiera comido por completo, se había vuelto a dormir hacía un par de horas tan sólo y de nuevo estaba despierto.

Pasó una mano por su rostro intentando masajear un poco los músculos de su cara; era imposible poder responder como un ser humano cuando se despertaba cada dos horas. ¿Quién le mandaría a él...?

Parecía que se había calmado. Intentó conciliar el sueño de nuevo, pero el llanto cobró vida otra vez.

—¿En serio? —se dijo enfadado, levantándose de golpe y corriendo hacia la cuna para tomar en brazos al bebé—. ¿Y ahora qué es lo que necesitas, enano?

La noche había transcurrido entre biberones, cambios de pañales, llantos desesperados y algún que otro vómito. No tenía por qué quedarse con el pequeño esta vez, pero por hacer un favor a Aina había dejado de salir con una modelo que estaba de paso por Barcelona. La había conocido en una de sus muchas sesiones fotográficas.

Josep no era un hombre corriente, no era de los que tenían una vida ordenada. Iba tomando las cosas según se le presentaban en la vida. Lo único que tenía claro era que no quería rendir nunca pleitesía a nadie y por ello amaba su profesión, le daba vida, pero no perdería esa vida por el trabajo. Era fotógrafo, bastante bueno, la verdad. No había pasado ni un día sin que su teléfono dejara de sonar para encargarle un viaje, una sesión de moda, foto fija en una serie de televisión.

—Vamos —le dijo al bebé—. ¿Tienes hambre? —Lo levantó un poco para olerle el pañal—. ¿Caca? ¿Un cubata? —Sonrió después de averiguar que el «maldito» sólo quería que lo tomaran en brazos.

Se acercó a un sillón de cuero destartado que tenía en una de las habitaciones de la casa y se sentó en él mientras miraba el reloj de su muñeca. Sólo eran las seis y media de la mañana...

Volvió a abrir los ojos sin tener consciencia de haberlos siquiera cerrado.

Lo último que recordaba era haber cogido en brazos a Eric y haberse sentado en el sillón. Se despertó en la misma posición con el bebé dormido en su pecho. Miró de un lado a otro, no tenía ni idea de por qué se había sentado allí, en aquella habitación hecha un desastre donde había libros por todas partes, incluso en el suelo, y las paredes estaban repletas de fotos de ella. Quizás fuera porque esa era la habitación donde más tiempo pasaba, donde se encontraba más cómodo en esa casa ahora tan vacía.

La echaba mucho de menos, demasiado, pero fue su decisión.

Miró a su pecho, y viendo el pequeño cuerpecito de Eric se preguntó cómo uno podía amar tanto a una cosita tan pequeñita a pesar de las malas noches, los llantos, las horrorosas plastas en los pañales y las horas perdidas haciendo mil historias para ellos. Pero lo cierto era que lo quería como a nada en este mundo, ese bebé era parte de él, parte de su vida, y mataría a cualquiera que le hiciera daño.

Lentamente, como si de un mimo se tratara, se levantó dolorido del sofá con Eric en brazos y lo llevó muy despacio a la cuna. Bajó un poco más las persianas para que no se despertara el pequeño. Volvió a mirar el reloj, las once de la mañana, había dormido sentado cuatro horas y lo notaba en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Ya no estaba para esos trotes.

Miró el teléfono a ver si tenía algún mensaje, se encontró con uno de Aina preguntándole si no le importaba llevarle al bebé a casa sobre la una del mediodía. No le iba a dar tiempo a pasarse por la suya para ir a buscarlo, pues llegaría del hospital a esa hora más o menos.

Aina... Sonrió.

Qué lástima, una verdadera pena que las cosas hubieran acabado de esa manera. Ella se merecía todo lo que él pudiera hacer para echarle una mano y mucho más, era todo lo que tenía en la vida. Y ella...

Regresó a la habitación donde antes se había quedado dormido con el pequeño entre los brazos antes de que los recuerdos volvieran a apretarle el corazón. Acercándose al ordenador para encenderlo y mirar su correo electrónico, volvió a pasarse la mano por el rostro; aún no se acostumbraba a la barba que se había dejado después de la ruptura, casi como una promesa.

Miró si el ordenador se había encendido ya; tenía un montón de trabajo atrasado que quería haber rematado ese fin de semana, pero teniendo al bebé desde el viernes en casa, el hecho de intentar adelantar el revelado de algunas fotografías para entregar el lunes iba a ser misión imposible. Tal vez, si por la tarde lograba estar más tranquilo, podría avanzar algo e ir abriendo boca a los

clientes a los que debía cosas.

A punto de acabar su segundo café, miró el reloj y descubrió que casi era hora de marcharse. Cerró de nuevo el ordenador y se encontró que Eric ya estaba despierto, jugando con uno de los muñecos que siempre tenía en la cuna.

—Ahora no dices nada, ¿no? —Sonrió desde su posición mientras apoyaba una mano en la cuna y con la otra acariciaba su carita—. ¿No te han dicho nunca que eres igual que tu madre?

Fue al aparador que tenía al lado de la puerta del cuarto de baño, allí había dejado la bolsa de viaje del niño.

—Vamos a ver, Adonis —le habló como si fuera un adulto—. ¿Qué ropa te ponemos para que mamá te vea bien guapo? —le dijo mientras le cosquilleaba en la tripa para hacerle reír.

Abrió el cajón de abajo del aparador rebuscando algún mono más ligerito, el tiempo ya comenzaba a ser agradable para tenerle tapado hasta las orejas.

Le cogió en brazos para llevarle al cambiador, tenía que ponerle un pañal limpio. No lograba entender cómo un mico de seis meses podía echar tamañas moñas y ser tan feliz con ellas en el culo.

—Espero que el día que conozcas a una chica no tengas recuerdos de esta embarazosa situación. Aunque procuraré recordártelo a cada momento, que lo sepas —observó seriamente mientras el bebé le miraba con cara de asombro, como si entendiera lo que le estaba diciendo.

Había terminado de asearle, cambiarle de ropa, echarle colonia, recoger un poco las pertenencias que tenía que devolver y mirándole seriamente, le dijo:

—Bueno, macho, lo nuestro por ahora ha terminado. Te devolveré a la mujer de tu vida, espero que no me olvides. —Volvió a hacerle cosquillas en la tripa, mientras estaba sentado en su cama con él tumbado.

Alargó la mano para coger el portabebés y colocárselo. Después de unos rápidos movimientos ya tenía a Eric en su regazo bien sujeto. Se acercó al aparador donde estaba la bolsa de viaje del niño, se la colocó al hombro y se encaminó a la salida. Agarró el móvil, se puso las gafas de sol, cogió las llaves de casa para abrir la puerta y salir cuando se encontró frente a alguien, aunque más bien sólo llegó a ver su espalda, que se mudaba al piso de enfrente.

No le dio tiempo a pararse mucho, llegaba tarde a devolver al niño, pero pudo distinguir la figura esbelta de una mujer pelirroja con dos maletas gigantes que pretendía entrar en la casa casi a base de patadas. Sonrió para sí



mismo, imaginó que sería la novia o lo que fuera del nuevo vecino, el que se había trasladado hacía dos semanas.

Cerró la puerta de su casa y le dio un par de vueltas a la llave. No tenía tiempo de esperar el ascensor, así que bajó por las escaleras pasando justo al lado de ella, la nueva vecina. Aspiró su olor, era una mezcla entre violetas y algo que no lograba distinguir...

Lo cortés no quita lo valiente, se dijo después de llenarse los pulmones de ese olor.

—*Bon dia* —saludó educadamente, recibiendo a su vez un buenos días, pero con la voz algo entrecortada.

Continuó su camino escaleras abajo de la forma más rápida posible sin que Eric se asustara, el muy... se había vuelto a dormir. Le acarició la cabeza mientras se estaba cagando en la mitad de su árbol genealógico.

Caminaba por la calle cuando su móvil comenzó a vibrar de manera insistente.

—¿Qué quieres? —respondió, mirando a la pantalla.

—Pues saber dónde estás. Es más de la una y aún no has aparecido.

—De verdad que a veces eres insoportable, estoy de camino, a dos calles.

—Ya, pero siempre me haces lo mismo. Cuando te digo que necesito que vengas a una hora, a saber qué haces que llegas tarde.

—¿Que qué hago? Pues cuidar de tu hijo...

—¿Ahora es MI hijo?

—No, claro...

—Mira, no quiero discutir, Josep. He pasado muy mala noche en el hospital, no he dormido casi nada y estoy irascible.

—Cuando te da la gana eres de lo más insoportable, Aina —soltó, pero no escuchó más que silencio al otro lado de la línea.

Cinco minutos más tarde estaba llamando al portero de la casa:

—Sube —dijo Aina.

Abrió la puerta haciendo un esfuerzo casi titánico, era pesadísima. Se subió en el ascensor pulsando el tercer piso cuando Eric comenzó a despertarse y a llamar la atención, ya era hora, de nuevo, de comer.

Al salir del habitáculo, pudo ver que la puerta de la casa de Aina estaba abierta y ella esperando en la entrada.

—¿Cómo está mi bombón? —preguntó, lanzándose directamente a por su hijo.

—Gracias, yo muy bien —replicó Josep, echándole una mirada bastante

reprobatoria.

—Anda, quítate el portabebés y dame a Eric. Le he echado mucho de menos.

—Pues mira qué bien —le dijo él con el ceño fruncido—. Porque si vieras la noche que me ha dado.

—¿Ha estado malo? —Le miró, le tocó la frente, se lo llevó al pecho para acunarlo—. Anda, pasa, no te quedes en la puerta.

—No, gracias. Me tengo que ir. —Le dio la bolsa de viaje del bebé—. Gracias a este monstruito, no he dormido en toda la noche. No sé qué coño le pasaba. Hasta las seis de la mañana no se ha dormido, el muy...

—Oye, estás delante de un niño. Cuida tu lenguaje —le interrumpió Aina, mirándole enfadada.

—Usted perdone. Creo que es ahora, con seis meses de vida, cuando comienzan a traumatizarse por las cosas de los adultos.

—¿Te han dicho alguna vez lo imbécil que eres?

—Anda, me voy —le dijo finalmente, acercándose a Eric para darle un beso en la cabeza y acercándose luego a Aina para darle otro en la mejilla—. Tengo mucho trabajo por hacer.

Y así regresó a su casa con la tranquilidad del trabajo bien hecho y habiendo dejado al cachorro en lugar seguro.

Al llegar a su piso, lo único que le sorprendió fue oír llantos desde el rellano de su escalera, pero no quiso prestarles la mayor atención.

No era su problema.

## CAPÍTULO 3

El despertador, en realidad mi teléfono móvil, sonó desesperado.

Estaba desorientada, no tenía ni idea del sonido que se atrevía a interrumpir un bastante malogrado sueño. Lo había puesto hora y media antes de ir a la oficina, pues no quería llegar tarde, pero no contaba con la horrorosa resaca con la que me despertaría. Me sentía como un muñeco de plastilina, la boca seca, martilleo constante en la cabeza y dolor de cuerpo. Una jodida apisonadora me aplastaba convirtiéndome así en un verdadero despojo humano.

Recordé que me había pasado la tarde-noche autocondolenciándome de mí misma sin dejar de mirar el teléfono esperando un mensaje o una llamada con una explicación coherente a mi soledad, eso sí, todo bien mezclado con unas copas de vino y las lágrimas que no dejaban de caer por mi cara. Cualquiera que me hubiera visto pensaría que era una auténtica actriz de telenovela mexicana justo en el momento en el que el galán me abandona por la antagonista mala-malísima que iba a hacernos la vida imposible durante ciento treinta y cuatro capítulos.

No dejaba de preguntarme una y otra vez por qué había dejado mi maravillosa casa en el paseo de Zorrilla, por qué había dejado el trabajo en el periódico y por qué me había vuelto tan loca como para abandonar toda mi vida...

Por amor, eso lo tenía meridianamente claro, pero me costaba comprender cómo era posible que Pedro Luis no me hubiera siquiera avisado de un viaje que se suponía tenía entre manos. ¡Pero si el mismo sábado por la noche habíamos charlado hasta las tantas de la madrugada! Nos dio tiempo hasta para tener una conversación subida de tono que hizo que mis expectativas de llegada se elevaran. Llevaba dos semanas sin ejercer, y pensar que el domingo tendría una buena maratón de bienvenida haría el abandono de mi ciudad mucho más llevadero.

¿Pero qué me encontré? Me encontré sola en Barcelona. Y esto me había llevado a tararearme la canción de Pastora, *Lola*, que dice aquello de «la que siempre va sola por Barcelona buscando follón». Follón no había encontrado

aún, pero seguro que era cuestión de tiempo que me metiera en alguno.

Me costaba mover las extremidades y, como malamente pude, alargué la mano hasta el móvil para ver exactamente la hora e intentar hacer algo con el dolor de cabeza que me estaba machacando hasta el alma. Siete y media de la mañana.

«Mierda *p'a* mí», me dije al dar la vuelta y enfocar la vista en la pantalla.

¡Una llamada perdida y varios WhatsApps!

Abrí los ojos de golpe e intenté incorporarme mejor en la cama, la llamada era de Pedro Luis así como los mensajes:

*Amor, te echo mucho de menos. Siento no haber podido estar contigo en tu primer día en nuestra nueva casa. Te llamé, pero imagino que ya estarías durmiendo como un ángel. Mucha suerte en tu primer día de trabajo.*

Suspiré al leer los mensajes. ¿Pero cómo no iba a estar enamorada? Guapo, cabezón, inteligente, alto y... No quería seguir pensando en él, porque, a pesar del dolor de cabeza, ganaban las dos semanas de abstinencia que llevaba sobre mis hombros. Acabé de espabilarme a lo bestia con una ligera arcada. Mi cuerpo se rebelaba contra mí. Tenía una fiesta gitana en mi cabeza, con palmas y taconeo incluido. Me levanté a duras penas, casi arrastrándome, en dirección al cuarto de baño buscando en algún cajón o armario a ver si al encanto de mi novio le hubiera dado por comprar algún analgésico para intentar pasar el mal trago de una mala mañana.

Después de casi más de media hora metida en la ducha, ya me estaba vistiendo con la ropa adecuada para el primer día de trabajo. Me miré por tercera vez en el espejo, levanté una mano para pasarme el pelo por detrás de la oreja. Me lo había peinado perfectamente y las joyas que me había regalado mi padre —unas perlas pequeñas de Mallorca con un collar a juego— me quedaban profesionales. Me pasé las manos por la falda lápiz de talle alto que había combinado con camisa blanca y zapatos de tacón. Estaba perfecta para afrontar la primera de las jornadas que constituirían el día a día de mi nueva vida en la ciudad condal. Oí de fondo la tetera, Pedro Luis había tenido el detalle de comprarme una sabiendo lo mucho que me gustaba té. Me serví la infusión con leche, sin nada que la acompañase. Mi estómago se había puesto en huelga y rechazaba cualquier alimento sólido. Tuve una imagen bastante visual de mí misma cual Fontana de Trevi echando todo lo que entraba. «Las gallinas que entran por las que salen», dije llevándome las manos al estómago.

Agarré el bolso que tenía a la entrada y el móvil para escribir un WhatsApp antes de salir de casa: *«Te he echado mucho de menos. Esperaba un recibimiento de los que nos gustan, me he sentido un poco sola, pero espero verte pronto. Llámame cuando puedas, cielo»*. En el momento en el que di al botón de enviar, llené el termo de Starbucks, qué tópico (regalo de Pedro Luis en un viaje a Moscú), con el té y la leche, y salí por la puerta. Me entró la risa floja, me imaginé como la protagonista de un libro de esos que alguna de mis amigas alguna vez me habían recomendado: ella, chica de pueblo que venía a encumbrarse en la ciudad. Aunque lo mío era más un: *«el último superviviente: aventura en la gran ciudad»*. Y recordé al famoso superviviente de televisión Bear Grylls, meándose en la camiseta en medio del desierto, para después atársela a modo de turbante en la cabeza y diciendo aquello de: *«Puede resultar asqueroso, pero puede salvarte la vida»*.

Cerré la puerta sonriendo por dentro mientras giraba para llamar al ascensor. Al llegar este al rellano, se bajó una rubia despampanante de medidas increíbles que, dándome educadamente los buenos días, se dirigió a llamar al timbre de la puerta frente a la mía. Al hacerlo, de fondo, escuché una profunda voz que decía:

—Pasa, he dejado la puerta abierta.

Levanté la ceja preguntándome de quién sería aquella voz mientras entraba en el ascensor.

¡Lo había conseguido!

A ver, que me sintiera tonta no quería decir que lo fuese, aunque a veces las circunstancias me hacían creer que más que tonta era gilipollas.

Que en Valladolid no hubiera metro tampoco quería decir que nunca hubiera cogido ninguno en la vida, pero siendo el primer día que lo pillaba para ir a trabajar, terminé creyéndome la reina de los mares conquistando el metro en hora punta y llegando a la puerta del trabajo a primera hora después de confundirme dos veces de línea y haber tenido que oler, con el cuerpo que tenía, a alguno de esos que están peleados con la ducha.

Así que, con el subidón de la conquista del subsuelo, volví a mirarme en un cristal delante de la esquina de la puerta donde comenzaría la aventura de mi vida, o eso era lo que por lo menos intentaba creerme. Que yo era muy peliculera.

Respiré un par de veces, tomé una última bocanada con más fuerza y

caminé con decisión, subí por el ascensor y en la segunda planta, según se salía, se presentó inmaculada la puerta que daba la bienvenida a la empresa. Detrás de un cristal encontré a dos chicas —que parecían más bien un par de pulpos intentando coger el teléfono, ordenar el correo y darle a la tecla del ordenador— que levantaron la vista y sonriendo me hicieron una seña para que esperara un segundo.

Obedeciendo, esperé de pie al otro lado del cristal, hasta que llegó una chica menuda con mechas californianas, llena de tatuajes en los brazos y con *piercings* en la nariz y en los mofletes.

Abrí los ojos como dos platos bajos. ¿Iba a ser esta la gente con la que trabajaría? Ni de broma, tal vez me estaban tomando el pelo al ser nueva. Ya está, habían mandado a la becaria de turno o a alguna de las chicas que tienen en algún...

—Hola, ¿qué tal? —La chica se acercó y me dio un par de besos—. Tú debes de ser Ángela, mi nombre es Lara. Soy la *manager* de contenidos del departamento de *copys*. Ven conmigo, que te enseñaré esto un poco.

Ojiplática me hallaba, estaba más perdida que Michael Knight conduciendo un Panda. Pero si es que no encajaba absolutamente nada en este ambiente tan *diferente*. ¡Ay! Si todos eran igual que Lara...

Me llevó a un lugar, para ser sinceros, muy molón a la vista. Me imaginé casi que estaba entrando a una de las oficinas de Google o Yahoo, todo el mundo parecía estar súper a gusto en un ambiente muy distendido. La verdad es que no tenía idea del infierno en el que me adentraba...

Caminé al lado de Lara un rato, pasando por un pasillo forrado de rojo para dar a una zona más amplia donde los fluorescentes eran la principal fuente de luz. ¡Yupi, disfrutaría de las maravillas del moreno fluorescente!

Nos paramos frente a un par de mesas largas de color blanco en las que hileras de ordenadores separaban los puestos de trabajo. Al fondo había un muro lleno de fotografías de gente, algunos famosos, otros de dibujos animados (más adelante ya me enteraría de lo que era), y a la izquierda del muro, una sala separada por un cristal transparente en el que había un ¡fútbolín!, sí, como el de los bares cutres, en el que los trabajadores a la hora de comer podían echarse una partidita mientras se descansaba, pero sin una ventana para poder apreciar la luz del sol.

Estaba comenzando a ponerme nerviosa, seguro que acabaría traumatizada por no poder tener ni una ventana a mi alrededor. En todos mis trabajos siempre había trabajado cerca de ellas. Soy mujer de luz natural, necesito

tener sol, vitamina D y no un neón en la cabeza... ¡Dios, lo iba a pasar fatal! Si antes me parecía una cosa molona, ahora todo esto se estaba convirtiendo en la maldita Batcueva. Oscuridad y obligarnos a trabajar el doble, lo estaba viendo claro. ¡No quería ser Batman!

—Bien, pues aquí estás. —Miré de nuevo a Lara, que me señaló un ordenador—. En un momento vendrán a darte todas las claves y así comenzarás ya a redactar ofertas. Es la mejor manera que tendrás para hacerte con todo lo que se nos viene encima. Antes de que te sientes, te voy a presentar a tus compañeros, hoy no está el jefe —finalizó sonriendo, como si tuviera un peso menos encima.

Y así pasó mi primera mañana, entre documentos que me llegaban de los comerciales y que luego tenía que ir dando forma en un programa informático. Poco creativo, la verdad, pero intenso y repleto de cosas que no entendía...

—Oye, ¿te vienes a comer con nosotros? —me preguntó un chico delgado con gafas, señalando a una chica menuda con melena por los hombros.

—Sí, vente —asintió ella mientras también tapaba con la chaqueta que se estaba poniendo en ese momento un tatuaje que le cubría medio hombro y le llegaba hasta el codo. En la nariz llevaba un *septum*, un aro, vamos.

«¿Pero qué manía tiene todo el mundo de taladrarse el cuerpo?», pensé sin darme cuenta de que abría la boca sin pensar para contestar:

—Pendiente.

—¿Perdona? —me dijo el chico.

—Lo siento —me excusé, intentando desviar la conversación—. Es que estaba pensando en una cosa y mi lengua suele ir más rápido que mi cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Tienes la lengua rápida? —replicó la chica con una sonrisa en los labios.

—Bueno —cortó el chico—. ¿Te apuntas?

—Sí, sí. Me voy con vosotros. —Cogí el bolso y me lo coloqué en el antebrazo—. Tú eras Toni, ¿verdad? —Él asintió—. ¿Y tú eras...?

—Lo que quieras, para ti. —Me guiñó un ojo cuando salíamos.

—Diana. —Vi como el chico la reprendía al verme la cara de susto—. Pero no le hagas mucho caso, acaba de romper con su novia y está un poco necesitada de cariño.

—No estoy necesitada de cariño, lo que necesito es comer un coñ...

—¡Para! —continuó, riendo, Toni—. Al final, Ángela va a salir corriendo.

En ese momento creí estar en un partido de tenis, hasta abrí la boca como

si fuera tonta. ¿Me estaban tirando los tejos?

—Creo que con los tacones que llevo... —Levanté un poco los pies para mostrarlos y así parecer que la conversación me parecía de lo más normal—  
... Podría correr poco.

—Correr, qué bonita palabra —continuó Diana.

—Hija, de verdad, sí que necesitas un buen polvo —le soltó Toni.

—Joder, es que como tú tienes a Víctor en casa...

Mientras caminaba con aquellos dos, intenté ponerme en situación: tenía un par de opciones. La primera era que se habían pensado que era gay y me habían invitado a ir con ellos para hacer su club gay privado. Todo podía ser. O la segunda, y que realmente me daba más miedo, me habían visto con cara de desvalida, con carita de perrito Tristán, aquel del anuncio que decía: «Tristán sólo pide un amiguito, un hogar y mucho amor», y querían acoger mi soledad. Debí haberme maquillado un poco más...

—Hoy hace buen tiempo —sentenció Diana—. ¿Comemos fuera?

—Por mí, perfecto —resolví—. No suele hacer tan buen tiempo en estas fechas por Valladolid.

—¡Anda! Eres de Valladolid —contestó entusiasmado Toni.

—¿Lo conoces? —Me hizo muy feliz pensar que alguien conocía mi ciudad y podría hablar un poco de ella.

—No, pero ayer, mientras cenábamos en casa, Víctor me contó que la plaza mayor de Medina del Campo es la segunda más grande después de la plaza Roja de Moscú.

—Pues vaya cosa más curiosa —señaló Diana, sentándose en la mesa de la terraza.

—Es verdad —corroboré orgullosa.

—Bueno, pero vayamos a lo interesante —dijo Diana—. ¿Tienes pareja?  
¿Chica?

—¡Nooooo! —Abrí los ojos escandalizada. Pero qué pregunta era esa—.  
No, no.

—Bien, no tienes pareja. —Me miró directamente con sus ojos claros.

—A ver, que sí.

—Bueno, tienes pareja y es una chica.

Toni se limitaba a mirarnos y no hacía más que reír, conocía muy bien a Diana.

—No, y sí. —Volví a tomar aire—. A ver, que me estoy poniendo nerviosa.



—Eso es lo que me gusta, que te pongas nerviosa...

—¡Joder! —Fue lo único que me salió.

—Ya me gustaría a mí —sentenció Diana.

—Anda, deja que hable la pobre —intervino Toni con la sonrisa en los labios—. Cuéntanos un poco de ti, es que nosotros nos tenemos muy vistos ya. Cómo una vallisoletana, pelirroja como tú, ha acabado en un lugar como este —quiso saber, abriendo los brazos.

—Bien. —La pelirroja, o sea yo, tomó aire—. En realidad, estoy aquí por amor.

—Ains, me encanta —apostilló él mientras Diana fruncía el ceño.

—No podía estar sola —dijo la otra.

—Calla y deja que hable.

—Pues eso, a mi novio le propusieron venirse a trabajar a Barcelona y no podía decir que no. Las oportunidades en Valladolid hay que pillarlas al vuelo y fue lo que hizo.

—¿Y a ti te gustó venir? —preguntó él de nuevo.

—Confieso que no me hizo mucha gracia, pero ¿podía hacer otra cosa?

—Sí, siempre puedes hacer otra cosa —dijo seriamente Diana haciendo una seña al camarero.

—¡Hola! —saludó una chica delgada con el pelo muy corto y una mochila en el hombro que ya había visto sentada en su departamento.

—¡Hey, nena! ¿Te sientas a comer? —le preguntó Diana.

—No, que llego tarde a mi clase de *bodycombat* y después tengo que hacer clase de abdominales.

—Pues nada, tú misma. Si algún día necesito guardaespaldas, ya sé a quién voy a llamar, *Chuachenaguer*.

—Pues eso, nos vemos arriba, chicos. —Y se marchó a la carrera.

—Es vigoréxica —informó Diana, dando un mordisco a la hamburguesa que ya tenía en su mesa, hablando de Carla, la chica que acababa de marcharse, como si nada.

—Bueno, o sea, que te viniste porque tu novio trabaja en Barcelona —intervino Toni, retomando la conversación anterior y pegando un bocado también a su hamburguesa.

—Más o menos. A decir verdad, lo preparó todo él. Un día vino a casa y me dijo que nos veníamos a vivir a Barcelona porque le habían contratado en una empresa con miras internacionales. Y yo, que estaba la mar de a gusto en mi casa, pues hice las maletas y aquí me tenéis desde ayer.

—Y ese maromazo, ¿dónde está? —preguntó Diana.

—Está en Dubái.

—A ver, ¿te vienes desde Valladolid y estás sola?

Contar la historia en voz alta hizo que me sintiera pequeña y que mi cabeza se hundiera entre los hombros mientras miraba el plato de comida que tenía frente a mí.

—¿Me estás diciendo que no está contigo el primer día que vienes a vivir aquí?

—Eso es. —Levanté la mirada del plato mordiéndome los labios intentando no...

—Pero no es muy normal, ¿no? —continuó extrañado Toni.

Y como si de un resorte se tratara, mi cara se desencajó y comencé a llorar. Diana miró a Toni y este a su vez miró hacia los lados como tratando de escapar de la situación.

—Huy, ¿me parece a mí que vamos a tener que hacer terapia? —Diana me miró intensamente.

—Esto es una mierda. No quiero estar en Barcelona, odio esta ciudad, odio haber tenido que dejar mi trabajo, odio tener que estar trabajando aquí, odio todo... —Le robé la servilleta que tenía Toni para limpiarse la boca y me soné con fuerza la nariz. En ese momento, él levantó la mano con asco dándome a entender que me quedara con el papel—. Me quiero ir a mi casa. —Ese «casa» sonó tan lastimero que parecí el mismo ET con Eliot señalando el espacio.

—A ver, tranquilízate. —Diana me tomó la mano.

—No puedo. No quiero. Estoy muy sola. Yo era feliz en Valladolid, trabajaba en un periódico y tenía tiempo para escribir. Yo quiero ser guionista de series, no redactora de ofertas *online*.

—Ah, cariño, creo que todos tenemos una historia detrás. Yo —dijo Toni— trabajaba en televisión en un *talent show* y mira donde estoy ahora.

—Y yo trabajaba en una productora y aquí me encuentro.

—Perdonadme —intenté recomponerme sonándome de nuevo la nariz escandalosamente—, es que no ver a nadie conocido cuando tu vida da un giro de ciento ochenta grados acojona.

—Bueno, ahora nos tienes a nosotros, pelirroja. ¿Pero cómo tú tan pelirroja y tan castellana? Es que aún no me has contestado.

—Tendríaís que ver a mi padre. —Sonreí al recordar al capitán Chanin—. Él sí es un pelirrojo de manual, la culpa la tiene mi abuela irlandesa. Mi

abuelo paterno se fue a Londres y allí conoció a mi abuela y al final fue ella la que se vino a vivir a Valladolid dejando todo atrás y teniendo un pelirrojo que se convirtió en mi padre. El capitán del ejército de tierra Chanin. —Era la primera vez que decía en alto a gente desconocida el apellido de mi padre. No me gustaba mucho, por razones obvias...

—Hija, no podías ser más tópica. De Valladolid y de familia de militares.

—¿Perdona? —dijo Toni con los ojos abiertos de par en par—. ¿Dices que te apellidas Chanin? —Asentí a la primera sin esperar lo que después vendría—. ¿Ángela Chanin? ¿En serio?

—¿Qué pasa? —Diana en ese momento estaba absolutamente perdida—. ¿Qué es lo que pasa?

—No puedo creerlo, cuando se lo cuente a Víctor va a flipar.

MIERDA, se había dado cuenta.

Ingenua de mí, me había engorilado pensando que no lo pillaría, pero no pensé que si la mitad de las veces escondía mi apellido y hasta cuando firmaba las columnas en el periódico cambiaba de nombre con tal de no dar explicaciones, lo más normal era que alguien también se diera cuenta de ello. Quería morir, pocas veces tenía que explicarlo ya que nadie lo pillaba, pero Toni lo había hecho al vuelo.

—¿Cómo es posible que te llames como la mala de *Falcon Crest*? —continuó con su interrogatorio.

—¿La mala de qué? ¿Pero en esa serie no salía Lorenzo Lamas, el rey de las camas? —Diana se iba dando cuenta de las cosas a medias.

No me quedó más remedio que tener que explicar por qué mi nombre era tan «peculiar».

—La mala, la protagonista, se llamaba Ángela Channing y mi madre, una mujer peculiar amante de las telenovelas norteamericanas, convenció al pobre de mi padre para llamarme Ángela sabiendo que mi apellido sonaba muy parecido al de la prota. Como mi padre no veía telenovelas ni nada parecido, accedió porque le pareció un nombre bonito. Y sí, aquí tenéis ante vosotros a la pelirroja de Valladolid llamada Ángela Chanin. Y la verdad es que no me gusta nada tener que presentarme con mi nombre real ni tener que explicarlo.

—¡La hostia! Esto sí que es un culebrón, yo quiero conocer a tu madre —dijo Diana.

—Yo voy a llamar ahora mismo a Víctor para contárselo.

—Y yo quiero irme a mi casa. —Volví a sonarme la nariz.

Un poco más calmada, regresamos a la oficina después de haber contado

un poco de mi corta existencia. Y con mucha reticencia a hablar de mi peculiar nombre. No es que me avergüence de él, bueno, en realidad me avergüenzo de la mala uva que mi madre tuvo conmigo. Yo qué sé, me podría haber llamado como cualquier otro de los protagonistas, pero no..., la mala malísima. Y yo, que he salido un poco gilipueñas, torpe y sin malicia, tengo que llevar el calvario de tener un nombre tan bonito con un apellido tan curioso que al unirse se convierten en una verdadera cruz.

Entré directa a mi departamento y, justo de frente, la chica a la que saludamos en la calle estaba cantando a grito pelado algo de Rocío Jurado, mientras una cabreada Lara le daba golpes al ordenador con un palo de golf de plástico y gritaba:

—¡Me cago en los gordos de IT, por su culpa no funciona nada!

—Oye —dijo una chica menudita que hablaba con Carla—, acaba de entrar un chaval de mantenimiento que está de muy buen ver.

—Huy, huy, huy... Voy a tener que poner en práctica las artes amatorias del ave del paraíso.

—¿Pero tú no estabas con el de...? —preguntó Clara.

—No, no. Eso fue sólo en la fiesta de Navidad. Cuando alquilamos la habitación de hotel para montar la pre y post *party*, y fue al final de la noche, al irse todos. Hija, teníamos que amortizar la habitación al máximo. —La miró intensamente—. ¿Y de lo tuyo con...?

—¿Con quién? —preguntó a la defensiva.

—Con Miquel, el de fraude *online*.

—Nada, si sólo somos amigos.

—Ah, ¿de ese tipo de amigos?

—Otra igual, es que no se puede hablar con alguien que es amigo, ¿verdad?

—Sí, claro, nena —contestó socarrona Carla—. Lo que tú me cuentes me lo creo.

—Oye. —Llegó corriendo un chico con marcado acento andaluz—. Cuche, ¿sabéis lo que me ha contado Joan, del departamento comercial?

—Cuenta —dijo Carla.

—Desembucha —apremió Clara.

—Que el otro día estaba montándose con uno en la playa y le robaron toda la ropa.

—¡Qué dices!

—Oi, oi, oi —soltó Carla, poniendo pose de madre—. Mira que siempre

digo lo de nadar y guardar la ropa.

Se echaron todos a reír mientras desde un rinconcito yo oía escandalizada aquella conversación sin dar crédito. Estaba convencida de que trabajaba en una jaula de grillos. Me sentía muy torpe, tremendamente torpe y fuera de lugar. La gente aquí era muy peculiar. Y las dos únicas personas con las que había congeniado eran un gay y una lesbiana que me tiraba los tejos, aparte de haberles montado una escenita digna de un serial.

Miré el teléfono móvil para ver si tenía algún mensaje, porque llamadas no había recibido ninguna. Negativo. El móvil estaba tal como lo dejé por la mañana, sin ningún mensaje ni siquiera de alguna de mis amigas de toda la vida. Entendía que tuviesen mucho trabajo con sus hijos, su casa, su marido y su... su nada más, porque no tenían más vida que esa. Yo era la única que seguía trabajando, la única que quería marcar la diferencia, a pesar de que todos no paraban de decirme que lo que tenía que hacer era casarme, tener niños y disfrutar de los paseos por la capital los domingos con las mejores galas mientras salían a tomar el aperitivo de las doce. No, eso no era para mí. Yo sabía que podía tener algo diferente, pensaba que podría tener algo diferente, pero también estaba convencida de que no lo conseguiría sentada en una silla delante de un ordenador metiendo información en un programa informático para que otro comprara cosas.

—*Senti? Mi senti?* —Oí en italiano. Un chico alto, rapado, con cara de cachondo, se paseaba por un pasillo arrastrando la silla mientras ponía su móvil a modo de cámara. Se sentó a mi lado, me tomó de la cintura para acercarme a la cámara y me dijo—: Saluda, son los chicos de Italia.

Sonreí con cara de gilipollas y saludé sin mucha gracia.

—*Grazie* —respondió. Luego volvió a arrastrarse con su silla hacia Lara y comenzaron a hacer monerías a la cámara del iPhone.

—¡Ángela! —escuché a Diana—. Te paso una cosa para que la hagas.

—Vale —contesté tímidamente.

—¿Quién ha hecho esto? —Una rubia oxigenada con el pelo rizado se acercó peligrosamente al departamento de los *copys* haciendo que Lara soltara a Andrea, el chico italiano, y se pusiera alerta.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Pues que acabo de recibir una campaña muy mal hecha. Y me parece una vergüenza que se hagan así las cosas.

—Un momento. Primero, aquí las cosas se hacen bien; lo segundo, respetas a tus compañeros.

Vale, acababa de darme cuenta de que estaba hablando de mí. La había cagado, había sido yo la que había hecho eso mal, y con la cara de prepotencia y el culo gordo que traía, comprendí que iba a pillar cacho.

—Que me respeten ellos a mí —dijo altivamente.

—Así vamos mal, ya te lo voy diciendo. —Lara se levantó—. ¿Cuál es el problema?

—Pues la que he pasado esta mañana me la han dado mal hecha, nada que ver con lo que yo esperaba.

—Ah, la de esta mañana se la he pasado a la chica nueva. Y como es NUEVA, ¿sabes lo que es eso?, tal vez deberías tener un poco de paciencia.

—Demasiada paciencia tengo con vosotros.

—Pues si no te gusta, coges la puerta y te marchas. ¿Te parece bien?

—Me parece que sois mediocres —sentenció, dándose la vuelta y largándose por donde había venido.

—¡Hija de puta! —exclamó Lara por lo bajo mientras se acallaba de repente todo el alboroto que hasta entonces había en el departamento.

Estaba más que convencida de que el problema lo había creado yo, porque estaban hablando de una de las cosas que me habían encargado. Me sentí la mujer más torpe, tonta, inútil y un millón de adjetivos más que me dejaban a los pies de los caballos.

—Tranquila —me dijo Toni, acercándose a mi silla—, la tía esta no es más tonta porque no puede. Es el ejemplo más exacto de lo que pasa cuando no follas, así que ya sabes.

—No sé, me he sentid...

—Nada, te vienes a tomar una caña cuando salgamos del curro...

Jamás había visto tanta rapidez para salir del trabajo. Aún no había dado la hora en punto y ya estábamos en un bar cercano a la oficina tomando unas cañas. Me comentaron que era donde se juntaban la mayoría de los *copys* para echarse un rato «creativo» después de tanta mediocridad rellenando espacios vacíos en un programa informático.

—Oye, Carla —le inquirió Diana—. ¿Hoy te tocaba comer?

—Tú eres muy tonta, ¿no?

—Un poquito, sí, y ya lo sabes —le respondió Diana soltando una carcajada—. No soy yo la vigoréxica.

—No, pero un poco gilipollas sí que eres —sentenció Carla, dando un sorbo a su pinta de cerveza. Oye, ¿sabéis la última? —dijo, llamando la atención de Clara, Toni, Diana y unos cuantos más.

—No sé, hija, aquí siempre hay novedades —señaló Luis, el chico andaluz.

—Pues que Patricia, la chica de recepción, fue al cuarto de baño y se encontró una bolsita con harina.

—¿Con qué? —dijo Luis.

—Con coca, nene, cocaína, «drogaína», «droja en el colacao».

—¿Qué dices! —se escandalizó Clara—. ¿Y de quién era?

—Pues de quién va a ser —entró en la conversación Lara—, de la italiana.

—¿Cuál de ellas, la romana o la napolitana?

—Joder, entre la harina y los nombres parece que estamos haciendo una *pizza* —comentó Clara.

—Sí, claro, la especial de la casa —se rio Toni.

—Bueno, ¿queréis saber de quién es el aliño? —Todos asintieron a la vez—. La «entonses»...

—¿La hostia! —comentó Diana—. Pues no es la primera vez que pasa.

Estaba sentada en un taburete, casi en la esquina, intentando pasar desapercibida y atenta a todo lo que en ese momento se decía. Ya me habían puesto una cerveza en la mano y poco a poco trataba de asimilar toda la información que entre la mañana y ahora en el bar estaba recibiendo. Con la oreja bien «abierta», si me ponía a trasladar la situación a cualquier capítulo de una serie, estaba claro que sería uno de *Aquí no hay quien viva* más que una reunión de compañeros de trabajo normal y corriente. A ver, estaba claro que Toni era gay, eso no había ni que discutirlo. Diana, la lesbiana, sin lugar a dudas. Luis, el portero, «un poquito de por favor». Clara, sin darle más vueltas, la pija. Y Carla, la follonera, ya me la estaba imaginando con el grito de guerra en lo alto diciendo aquello de «¡Pelea, pelea!».

—¿Eh, eh! —Clara movió una mano delante de mi cara—. ¿Estás aquí?

—Sí. —Volví en mí, despertando de golpe de mi nube televisiva—. Es que tendría que volver pronto a casa.

—¿Te espera alguien? —preguntó, descarada.

—No, no la espera nadie. Acaba de llegar a Barcelona y la han dejado tirada —escupió de golpe Diana.

—¿Te han dejado? Es comenzar aquí y casi todas rompemos con nuestras parejas —sentenció Carla.

—Yo, no —dijo Clara dignamente. Justo cuando Carla iba a responder, me adelanté a la conversación paralela que a punto estaba de comenzar.

—No, no, no —contesté—. A mí no me ha dejado nadie. Yo tengo pareja.

—Ya, claro, una que te hace venir a vivir a Barcelona y el día que llegas,

desaparece.

—Hombre, muy normal no es. —Miré incrédula a Luis. Me parecía una tremenda desfachatez que gente que no me conocía absolutamente de nada anduviera opinando sobre mi vida.

—Digo yo que habrá que saber, lo mismo ya lo habían pactado así.

—Hija, tú y la libertad —comentó Clara a Carla.

—No seáis tan duros con ella, que ya lo está pasando mal para que encima nos metamos más. Suficiente tiene con lo que tiene —resolvió Toni.

—¿Y qué es lo que tiene? —preguntó Carla mientras Diana se partía de la risa.

—Tú lo entenderás a la primera, Carla —le señaló Toni convencido de ello. Yo ni si quiera podía abrir la boca al encontrarme ante mis narices sumergida en un esperpento, del cual yo era la protagonista. No me dio el cerebro para más que terminarme la cerveza que tenía entre las manos y buscar desesperadamente otra, cualquiera, lo que fuera con alcohol, me daba igual. Vi que en la mesa había una cerveza libre y me la bebí de golpe esperando la «hostia»—. Se llama Ángela Chanin.

—¡No jodas! ¡No jodas! ¡No jodas! —Se giró para mirarme directamente a los ojos y me encontró a mí, a la pelirroja de, seguro, mejillas coloradas, apurando la cerveza con un ansia inusual—. ¿Y dónde te has dejado a Chu-Li? —Rompió a reír a más no poder.

—Me he perdido —dijo Luis.

—Nene, que se llama igual que la de *Falcon Crest*. Y tú, Carla. —Recibió un manotazo en el hombro de Clara—. No seas tan cabrona. Te estás riendo en su cara.

—Es que, a ver, que no me estoy riendo de ti, querida. —Se quitó las lágrimas de los ojos—. Es que creo que es fantástico. Me encanta, es fabuloso, *marvellous* —finalizó esta palabra al más puro estilo Sara Montiel en el vídeo promo de MTV.

—De todas formas. —Carla se giró para intentar decirme algo, pero yo había escapado cual sabandija hacia la barra del bar pidiendo otra cerveza. Y una mierda iba a volver a enfrentarme en un solo día de nuevo a mi nombre, ni de coña, ni de Blas, ni harta de...—. ¡Ah! Pensé que te habías escapado. —Se acercó a mí y me «empujó» para colocarme en medio del grupo—. Cuéntanos un poco más de todo esto. Porque aparte de...

—No estoy sola —arranqué enfadada—. Tengo novio y ahora está de viaje de trabajo en Dubái. Se suponía que vendría a buscarme al aeropuerto,



pasaríamos una velada maravillosa antes de venir a trabajar y lo único que me recibió fue un puto WhatsApp. Como si yo no mereciera que me llamaran, que me avisaran. ¿Habéis visto las películas de Paco Martínez Soria? — Todos negaron menos Carla, ella era una rara avis—. Pues así me sentí yo, gilipollas en medio de una ciudad en la que acababa de aterrizar y sin tener idea de cómo llegar a ningún lado. —Bajé un poco la mirada—. No quería venir aquí. Pero claro, nadie me preguntó. Y sí, como una imbécil seguí al hombre de mi vida a conseguir su sueño, ¡SU SUEÑO! —Me temo que enfaticé demasiado—. A pesar de tener yo que renunciar al mío. —Di un largo trago a mi nueva cerveza mientras todos escuchaban en silencio mi momento verborreico—. Porque a mí nadie me preguntó, ¿sabéis? Me dijeron, cariño, he encontrado un trabajo en Barcelona y en un mes NOS vamos. ¿Para qué me van a preguntar si quiero ir o no? No. —Intenté darle un pequeño toque de humor al estilo José Mota y continué—: Para nada, para nada. Resumen: yo estoy en Barcelona, sí. Pero no quiero estar. Yo quiero regresar a Valladolid, quiero regresar a mi círculo, a mi vieja vida. Porque aquí no tengo nada. Sólo un nombre curioso, una familia disfuncional que ni se ha preocupado de mí y un novio que ha puesto al trabajo por encima de su pareja.

—¿Le vais a dar más de beber? —preguntó Luis asustado.

—Te he oído —le señalé—. Y te diré que, gracias a las tres cervezas que llevo, he sido capaz de decir esto del tirón. —Me acabé la cerveza que aún tenía entre manos para dejarla en la mesa que estaba a mi lado y suspiré aliviada—. Hale, ya lo he dicho.

—Pues que sepas que tu novio me parece un imbécil —sentenció Diana—. Si quieres, te acompaño a casa.

—No, tú te quedas aquí, que parece que te gusta escucharle lamerse las heridas —comentó Toni—. Y además, ya te veo aprovechándote de ella y haciéndole un estropicio. Que la pobre está muy sensible.

—Pues por eso, que necesita apoyo...

—No necesito el apoyo de nadie, me voy. —Dejé el dinero en la barra del bar, en la cual no habían tenido la decencia de ponerme ni un pinchito, y a trompicones salí disparada hacia la que ahora era mi casa.

—¡¡¡Hola!!! —saludó el chico italiano rapado, que acababa de entrar en el bar—. ¿E dónde es el funeral? —comentó al ver la cara de asombro que tenían todos—. No te vayas *adesso*...

—Será mejor que me vaya ahora, no sea que la líe más —concluí, saliendo

por la puerta.

Caminé algo desorientada por las calles del barrio de Gràcia hasta encontrar el metro. Miré al cielo con el convencimiento de que la lluvia, de un momento a otro, empezaría a caer sin miramientos. Ahí, mientras echaba para atrás la cabeza para mirar arriba, fue cuando me di cuenta de que el estado mental en el que me encontraba estaba un poco disminuido por culpa de las cervezas ingeridas con el estómago vacío. Ni un pinchito, ni uno...

Respiré un par de veces y haciendo acopio de una fuerza de voluntad que creía no tener, me subí en el metro y llegué a la parada donde tenía que bajarme sin haber vomitado encima de ninguno de los pasajeros.

Pero si es que soy un desastre, no aprendo de mis propios errores. Me levanto con una resaca monumental y lo primero que hago al salir del trabajo es volver a beber sin nada en el estómago. Lo dicho, una locura no poner ni unas aceitunas cuando se pedía una caña, así era normal que con cuatro cervezas en el cuerpo me encontrara como estaba. Y lo cierto era que ya me había dado cuenta de que tenía un problema, y aunque pareciese lo contrario, no era con el alcohol en ese momento, sino conmigo misma, pues acababa de percatarme de que estaba mucho más cabreada de lo que pensaba. Había pasado todo un día guardando toda mi rabia, conteniendo el mal humor con capas de brillantina. No era bueno. No, me dije autoconvenciéndome. Llevaba demasiado tiempo controlando ese asqueroso mal humor y lo que estaba haciendo era carcomerme por dentro. ¡Se acabó! Iba a tomar las riendas de mi vida de una vez por todas.

Y me lo dije todo convencidísima mientras salía de la boca del metro para dirigirme a mi casa. Metí la mano en el bolso y cogí el teléfono para llamar a Pedro Luis. «Si la montaña no va a Mahoma...».

Me llevé el aparato a la oreja justo después de darle al botón de llamada. Se iba a enterar bien de lo que en esos momentos estaba pensando de él, de su poca delicadeza, de que no contara conmigo... «*El teléfono al que llama está apagado o fuera...*».

—No sólo no me llama, sino que encima tiene el teléfono apagado —bufé en alto cada vez más cabreada y sentí como alguien metía la mano entre la oreja y el aparato quitándomelo. Me giré lo más rápido que pude para ver como un tipo espigado con ropa deportiva salía corriendo a la velocidad de la luz—. ¡Eh! ¡Al ladrón! —grité a la par que comenzaban a caer goterones de lluvia y me arrancaba a correr tras él. Y no fue una buena idea, ya que a mitad del camino, mi tobillo falló e irremediablemente el tacón de ese zapato

se rompió y yo caí al suelo.

Con la cara pegada al asfalto, las manos estiradas como si Superman fuera a ponerse a ras de suelo y un horroroso dolor de pie, fui consciente de que me había metido una leche interesante.

Levanté un poco la mirada, lo poco que el dolor me dejaba; la calle estaba vacía, era tarde y la lluvia, que comenzaba a caer con intensidad, me empapaba por todas partes. Respiraba con fuerza, necesitaba hacerlo o mis lágrimas comenzarían a salir sin remedio. No quería perder la poca dignidad que ya me quedaba. Pero dolía, dolía demasiado y no era sólo físico, me amargaba más el dolor que sentía por dentro. Sí, quería llorar y deseaba hacerlo con todas mis fuerzas.

Pero como dijo aquel —en realidad, no tengo ni idea de quién coño lo hizo—: una mujer ha de hacer lo que una mujer tiene que hacer. Así que con toda la sobriedad que el subidón de adrenalina de la carrera me había dado, apoyé mis manos en el suelo, lógicamente dando por perdido el móvil, y me levanté para retomar el camino.

Lo intenté, lo juro, pero el dolor era más fuerte que yo. Caminaba como si fuera Mariano Mariano, el humorista de *Crónicas Marcianas*, y al pasar por un escaparate tuve la mala idea de mirarme. Daba mucha lástima. Mi reflejo en ese momento era digno del estado de ánimo en el que me encontraba. Estaba empapada de arriba abajo, el pelo lo llevaba lacio y pegado a la cara, el rímel y la raya corridos me hacían parecer un mapache. Y la ropa... A decir verdad, era como si no llevara, se pegaba como si tuviera una segunda piel, estaba en bolas. Literal.

Me miré para darme cuenta de que estaba hecha un eccehomo, casi peor que la pintura que Cecilia intentó «arreglar» en Borja, en medio de la calle e incapaz de echar ni una puñetera lágrima. ¡Quiero llorar, quiero llorar, quiero llorar! A puntito estaba de ponerme a gritar cuando apareció, casi como por arte de magia, Abdul, el de la tienda.

—Hola, señora Ángela. ¿Cómo estar bajo el agua y no ir a casa?

—Acaban de robarme —respondí con voz queda y monótona.

—¿Estar bien? —Abdul se puso nervioso—. ¿No daños? Si señor venir y verte mal, seguro que enfada conmigo.

—Estoy muy bien —dije a la vez que pensaba: «¿Pero qué coño le habrá dicho o dado Pedro Luis?».

—Venir conmigo corriendo a tienda. —Hizo el amago de agarrarme ficticiamente, sin tocarme—. Venir rápido y llamar policía.

Sin ni siquiera contestarle, le seguí. Iba detrás de él caminando con esa ridícula forma que sólo unos tacones rotos pueden darte. Sin un ápice de dignidad, seguí los seguros pasos de Abdul y sí, estaba hecha un verdadero cuadro, medio borracha, sin móvil, mojada, con la cara llena de negros churretones, la ropa pegada al cuerpo y sin la capacidad de echar una puta lágrima aunque los ojos me dolían horrores.

—Toma, tú tener que llamar a *mossos* —dijo con firmeza, pasándome un smartphone más grande que mi televisor de cincuenta y cinco pulgadas.

—¿Quiénes son los *mossos*? —Extendí la mano para tomar el televisor con teléfono que me entregaba el hombre. No había visto un móvil tan grande en mi vida.

—Son policía, policía de aquí —hablaba muy rápido y nervioso.

—Pero ¿de aquí de dónde? —No entendía nada de lo que me estaba diciendo.

—Policía de Cataluña, policía especial de aquí.

—Joder. Es verdad. En estos momentos no creo ni que reconociera a un guardia civil aun con el tricornio puesto.

Después de pasar más de media hora al móvil contándole a un teleoperador mi vida para hacer la denuncia vía telefónica, se lo devolví a Abdul.

—¿Querer que yo acompañar a portal? Así tú más segura y poder entrar tranquila —me preguntó, con aire preocupado.

—Gracias, Abdul, pero sólo necesito una de esas. —Señalé una botella de vino.

—Yo dar dos ayer, no ser bueno abusar —dijo apesadumbrado.

—¿No crees que después de lo que me ha pasado me la merezco? —sentencié con igual cadencia de voz que hacía un rato, neutra.

—Esta no regalar. —Me dio la botella en una bolsa negando con la mano insistentemente—. No querer tener responsabilidades.

—Tranquilo, esta corre a mi cargo —le tranquilicé y, después de pagar, me dirigí hacia la salida.

Fue un corto trayecto, unos cuantos pasos seguros que me llevaron directamente al centro de la acera. Allí saqué la botella de vino, dejé que la bolsa cayera al suelo y la agarré con todas mis fuerzas por el cuello. Respiré un par de veces antes de lanzarla con el máximo ímpetu contra la farola que tenía enfrente y comenzar a gritar:

—Hijo de puta, te odio, te odio, te odio, te od... —El llanto comenzó a salir a borbotones de mis pulmones y a inundar los ojos.

Terminé de romper lo poco que quedaba de la botella que aún sujetaba entre mis manos, me quité los zapatos y caminé al portal descalza. Quise llamar al ascensor, pero como no podía ser de otra manera, estaba ocupado, así que subí a pie mientras continuaba llorando sin parar y jurando de nuevo en mi idioma favorito, el arameo.

## CAPÍTULO 4

### *Dubái*

No sabía si quitarse la camisa o meterse directamente bajo la ducha, a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope. Por un segundo pensó en la factura eléctrica imaginándose a sí mismo abriendo el sobre del buzón y llevándose la mano al corazón al ver el numerito indicado al final del papel. Una gilipollez, se dijo, sensato, teniendo en cuenta que en Dubái los residentes tenían gratis, entre otras cosas, el suministro eléctrico.

Cerró tras de sí la puerta de la terraza. Dentro, el frío era casi de invierno estepario vallisoletano. No le habían dejado ni un minuto libre desde que aterrizó en la ciudad. Todo habían sido reuniones y ahora, mirando su reloj, se percató de que eran más de las nueve de la noche y que no había parado en todo el día.

Estaba hecho una verdadera mierda, cansado, agotado, exhausto y un millón de adjetivos más que podrían explicar exactamente su estado actual. Desde su llegada el domingo sólo había dormido unas cinco horas y entre reuniones y comidas con los jeques, únicamente le habían dado unos momentos para ir a cambiarse. Sabía que no había hecho bien en ocultarle toda la verdad a Ángela, pero estaba seguro de que si el sábado por la noche, cuando hablaron, le hubiera confesado que tenía que marcharse esa misma mañana, habría montado en cólera por teléfono y probablemente se habría marchado con un humor de perros. No es que ahora se sintiera mucho mejor habiéndole mentido, pero a lo mejor el tiempo mitigaba un poco el megaenfado que debía de tener en estos momentos.

Este viaje era lo mejor para él, lo mejor para ellos. Podría significar un gran cambio para los dos; ella no tendría que trabajar más y así podría dedicarse por completo a escribir. Sí, lo hacía también por ella. Aunque se sentía mal.

Miró de nuevo por el ventanal de la terraza, estaba bastante sorprendido con el aspecto de aquella megaciudad en medio de la nada. Era como estar en un Disneyland para adultos. Edificios modernos, calles llenas de tiendas, centros comerciales, paradas de autobuses con ¡aire acondicionado! Lo estaba

disfrutando tanto que sólo tenía ojos para su alrededor.

Ahora mismo estaba a punto de volver a salir de la habitación porque tenía que ir a una cena. No tendría que moverse del hotel, pues cenarían allí mismo, en uno de los restaurantes más caros de toda la ciudad. No es que le importara mucho, la verdad, pero tampoco tenía una intención especial de pasar la...

Unos insistentes golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento. Se acercó parsimoniosamente alisándose la camisa que acababa de ponerse. Abrió y se encontró con Bâhir, uno de sus anfitriones, pero ya sin la *dishdasha*, la túnica blanca que llevaban casi todos los autóctonos. Le costó un poco reconocerle, pues llevaba un pulcro traje oscuro hecho, seguramente, a medida.

—Estimado amigo —le dijo en un perfecto inglés—, nos esperan para cenar y he querido venir a recogerte.

—Muchas gracias, Bâhir, dame un segundo que tome mi chaqueta, el móvil y nos marchamos.

—Perfecto, porque esta noche te aseguro que vas a conocer a las mujeres más hermosas que nunca hayas visto.

Al decirle lo de las mujeres, volvió a recordar a la que consideraba la suya, Ángela. Agarró el teléfono y lo encendió, hasta ahora lo había tenido apagado y nada más conseguir cobertura, le entró una llamada perdida. Ella.

Miró a su anfitrión y de nuevo al móvil, lo metió en el bolsillo de la camisa, para poder escaquearse en cualquier momento y responder a la llamada de su novia. Puede que no fuera nada importante, pues sólo tenía una llamada perdida, y si hubiera ocurrido algo, habría insistido. Sonrió, Ángela otra cosa no, pero insistente era un rato. Por lo tanto, buscaría un momentito para devolverle la llamada y preguntarle qué tal por allí. Luego...

—¿Pero no íbamos a cenar con el jeque Abdel? —le preguntó a Bâhir cuando salían.

—Claro que sí, pero después de cenar con él nos vamos a ir a tomar unas copas a la discoteca del hotel. —Sonrió con picardía—. Es casi una tradición no ir a dormir sin pasar un rato allí arriba.

—Pues adelante, amigo —asintió Pedro Luis con una sonrisa en los labios mientras caminaba a su lado.

Después de una cena formal compartiendo mesa con el jeque, con su anfitrión y con sus jefes, se marcharon a tomar aquella tan deseada copa.

La entrada estaba atestada de gente, la música electrónica se escuchaba ya

desde fuera y Pedro Luis no era capaz de cerrar la boca: las chicas que estaban haciendo cola eran de impresión. Todas altas, todas delgadísimas, con unas delanteras de escándalo. Rubias, morenas, pelirrojas, castañas. De todos los colores, de todos los sabores, de todos los países...

—Ya te lo dije, amigo. —Se le acercó Bâhir—. Esta noche puede ser espectacular.

—No lo dudo. No lo dudo —sentenció, agarrando su teléfono móvil para enviar un WhatsApp a Ángela por si acaso luego no se acordaba.

*Cariño, acabo de salir de una reunión. He visto tu llamada perdida, imagino que ya estarás, de nuevo, durmiendo. Buenas noches, nos hablamos mañana.*



## CAPÍTULO 5

—¿Pero qué te ha pasado? —Vi como Toni se acercaba a mí con rostro de preocupación. Mi cara no era la más hermosa, tampoco creía que a esas horas nadie pudiera tenerla, pero... Bueno, yo, en ese instante, estaba demacrada y además, cojeaba intensamente.

—Ayer me robaron el móvil al llegar a casa —contesté timorata y sin muchas ganas.

—¿Qué dices, nena! —Clara se acercó con una chaqueta de cuadros entre los brazos—. Y yo me acabo de encontrar esta chaqueta en la calle, ¿a que es *hipster*? —La extendió delante de nosotros dos. Y he de decir que aunque no había visto en mi vida a un *hipster*, esa chaqueta era de yayo a morir.

—Clara, ¿quieres centrarte un poquito? —dijo Carla, uniéndose al grupo—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—¿A ver? —intervino Luis—. Cuche, ¡si tiene el tobillo como el cuello de Fernando Alonso!

Me estaban abrumando, poniendo nerviosa. No me gustaba tener a gente alrededor pendiente de mí lo más mínimo. Casi me sentía como un cadáver de *CSI Miami* mientras Horatio, el primo americano de Pablo Motos, pero en alto, se agachaba a ver por dónde había entrado la bala.

—¡Hey! ¿Qué pasa, hay fiesta? —preguntó Diana, dejando sus cosas en la silla que usaba.

—Han robado a Ángela —dijo más alto de lo normal Carla, haciendo que todo el departamento se girara centrando más la atención.

—En serio —contesté—, no pasa nada. Ya está todo solucionado.

—¿Has llamado a la poli? —preguntó Diana.

—Sí, de verdad. Ya está. —Intenté escapar dignamente hacia la silla en la que me sentaba.

—Oye, cuando vayas a la comisaría, me avisas —dijo Carla con cara de circunstancias.

—Y si necesitas un móvil, yo te presto uno —contestó Toni.

Me sentí algo acorralada con tanta pregunta y tanta atención. Sólo quería sentarme, encender el ordenador y olvidar tanta mierda hasta que pudiera ir

de nuevo a casa.

—¿Se puede saber por qué hay tanto ruido? —preguntó un tipo joven con cara anodina y un peinado digno de olvidar—. Aquí hay gente trabajando y vosotros ya deberíais estar en ello. Luego os quejaréis de que no llegáis con las cosas.

—Si nos dieran el trabajo a tiempo —soltó Lara, que se sentaba con un café en la mano.

—Os lo dan, sois vosotros con tanta fiesta —sentenció mientras el silencio se convertía en losa.

—No comencemos con eso o al final vamos a acabar mal —le respondió ella.

—No me repliques —contestó, recibiendo una mirada marcadamente reprobatoria por parte de Lara.

En ese momento me sentí libre, dejé de ser el centro de atención y finalmente pude ponerme a trabajar.

Tecleaba rápidamente toda la información en el programa informático. Necesitaba despejar mi mente de todo lo que pasaba por ella, pero era imposible.

Conseguí desconectarme del mundo, aunque en mi cabeza aparecían un montón de preguntas sin respuesta. Mi cabecita daba vueltas como una peonza tratando de pensar en Pedro Luis porque yo necesitaba saber cuándo pretendía regresar, cómo le iban las cosas y si me echaba de menos. En ese momento tenía una insana necesidad de partirle la cara sin remordimientos y no lo entendía, lo intentaba con todas mis fuerzas, pero lo único que aparecía en mi cabeza era el programa aquel de los noventa llamado *Gladiadores americanos* en el que en una de las pruebas se tenían que subir a unos pilares y con una especie de bates intentaban tirarse los unos a los otros. Pues Pedro Luis se estaba llevando el peor de los premios. Ahora mismo, en mi cabeza, le estaba dando a cascoporro por todas partes. Y no sentía ningún tipo de remordimiento. Se lo merecía.

La música sonaba a lo bestia por los auriculares mientras escribía insulsas palabras para que luego se vieran reflejadas en la web.

Y casi estuve a punto de olvidarme de los días de mierda que estaba viviendo de no ser porque un terrorífico estruendo hizo que me agachara, llevándome las manos a la cabeza y tirándome en plancha a la mesa.

Una de las placas metálicas que cubrían el techo, sin pedir permiso a nadie, había decidido suicidarse lanzándose sobre mí en un peligroso ángulo mortal.

Menos mal que el respaldo de la silla hizo de parapeto, golpeando justo en ella. Mi corazón a punto estuvo de salirse por la garganta.

—¡Ahívalahostia! —saltó Carla.

—Qué vasco te ha quedado —le dijo Toni.

—Es el susto, que me hace hablar idiomas.

—O la tontería —replicó Diana.

—¿Estás bien? —Lara se acercó tocándome la espalda al ver que seguía hecha una bola, cual armadillo, contra la mesa.

—Sí, creo que sí que estoy bien. Aunque me parece que me han salido unas diez canas más por el susto.

—¿Seguro? —insistió.

Al momento aparecieron los chicos de mantenimiento que llevaban varios días arreglando cosas por la oficina.

—Hija mía, ni que te hubiera mirado un tuerto —concluyó Toni.

—Lo malo es que si lo ha hecho, tiene nombre y apellidos.

Iba a poner una pizarra en mi casa y apuntar las desgracias que me ocurrían, porque esto no era ni medio normal.

Por la tarde me marché lo más rápido posible camino a la comisaría, donde tenía que ir a firmar la denuncia por robo con violencia. Y aprovechando que el Pisuerga pasaba por Valladolid —hay que ver lo bien que me buscaba los refranes—, paré en una farmacia para comprar una tobillera, analgésicos, cremas y todo lo necesario para que no me doliera tanto la lesión. Mi maravilloso periplo finalizó en una tienda de telefonía. Necesitaba reponer el teléfono que me habían chorizado de esa manera tan *tróspida*. Es que me imaginaba contárselo a mi padre y este sacando los tanques por su hija...

—Y yo creo que este le irá mejor —dijo el vendedor.

—¿Perdona?

—Le decía que este que le enseñe le irá bastante mejor para lo que lo quiere usted.

—Ah, bueno. Sí. De acuerdo. Me vale. —Me importaba más bien poco, sólo quería un teléfono nuevo, mi tarjeta y las posibles llamadas perdidas de Pedro Luis.

—Perfecto entonces, sígame —indicó el vendedor.

Me aburroooooooooooooooooooooo, pensé mientras hacía todo el papeleo, configuraba el móvil y preparaba toda la mandanga para que me pudiera ir lo antes posible. Seguro que tenía un montón de llamadas perdidas de mi novio. Qué ganas tenía de escuchar su voz. Sé que era un poco locura, pero sí,

quería oírle, aunque también matarle. Sí, era consciente de que no se trataba de un pensamiento muy cabal, pero seguro que estaría muy nervioso por no poder localizarme. ¿O no? Bueno, tampoco se había preocupado mucho por mí en estos dos días. ¿Pero y si lo hizo? Seguro que había llamado a mis padres y ya se había liado parda.

Quería mi teléfono, pasaba el peso de un lado al otro de los pies, me estaba matando el dolor. Estaba muy ansiosa por tener el aparato ya con batería, aunque fuera la mínima, para poder hablar con él.

—Pues aquí tiene. —El chico me tendió el teléfono—. Ponga la clave y ya se lo doy definitivamente. ¿Me pagará al contado o con tarjeta?

—Con tarjeta, gracias. —Le pasé el plástico para que cobrara y él, el móvil liberado.

—Pues ya está todo, unos segundos y ya tendrá todo ok. —En ese instante comenzó a sonar el inconfundible sonido de los mensajes entrando en el móvil—. Perfecto, gracias por todo y *bona tarda*.

Fui un poco borde, lo sabía, me despedí del pobre chico con un ligero movimiento de cabeza. Estaba nerviosa por ver de quién eran esos mensajes que entraron mientras configuraba el aparato.

Miré la pantalla ansiosa distinguiendo finalmente llamadas perdidas y un WhatsApp. Una sonrisa tonta se me instaló en la cara. Pedro Luis había llamado insistentemente, al fin.

Pero como me ilusiono con facilidad, normalmente me suelo meter bastantes batacazos, y esta vez no iba a ser diferente. Un mensaje me hizo poner los pies en la tierra: «*Cariño, acabo de salir de una reunión. He visto tu llamada perdida, imagino que ya estarás, de nuevo, durmiendo. Buenas noches, nos hablamos mañana*». Enviado a las doce de la noche del día anterior.

Recorrí ansiosa las llamadas perdidas encontrando que todas ellas eran de mi padre. Si es que soy gilipollas, es que no entiendo cómo puedo ser tan idiota. Sólo un mensaje de texto, ni una llamada, ni un poco de preocupación por ver que ni contestaba ni tenía un doble check de lectura. Esto estaba pasando de castaño oscuro e iba a acabarse ahora mismo.

El teléfono comenzó a sonar. Mi padre.

—¿Sí? —respondí cabreada.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —No dejó que respondiera—. Ayer no pude contactar contigo, imagino que estarás muy cansada.

—Me robaron el teléfono ayer por la tarde al regresar a casa.

—¿Estás bien? —se alteró—. ¿Te han hecho algo?

—Tranquilo, no pasa nada. Me hice daño, pero fue al perseguir al tipo que me lo robó. Tengo un tobillo fastidiado.

—Nena, que a tu hija le robaron ayer —gritó a través del teléfono dejándome sorda.

—¡Papá!

—Lo siento, cariño. ¿Me has oído, Marta?

—Sí, pero espérate que acabe la reposición de *Los Colby* que ando viendo y ahora me lo cuentas. —Oí de fondo a mi madre.

—No pasa nada, papá, de verdad.

—Mira, es que ayer llegué de maniobras y quería contarte que me he abierto un Skype de esos, que nos vamos a poder hablar y mirarnos a la cara.

—Ah, muy bien, papá. Pero yo no tengo línea en casa.

—Pero en el móvil, sí, ¿verdad?

—Pues claro.

—Hecho, esta noche te abres uno y me mandas tu dirección. Así me cuentas qué tal con Pedro Luis, tu trabajo y Barcelona.

—¿Es que no te ha contado nada mamá?

—¿De qué?

—De nada, que eso, que hablamos esta noche.

—Un beso, ¡soy un hombre moderno! —Y me colgó el teléfono más feliz que una perdiz.

Me quedé mirando la pantalla del móvil, asombrada; no podía creer lo que estaba pasando. En serio, estaba más perdida que un tanga en el culo de Falete, pero de verdad. Ojiplática me hallaba. Desubicada, desorientada, desconectada, descorchada y perdiendo las burbujas. Así es como me sentía en ese momento. ¿Pero qué coño le estaba pasando a Pedro Luis? Que llevábamos cinco años juntos y nunca se había comportado de esa manera. Nunca me había dejado tirada en ningún sitio. Nunca había dejado de contar conmigo para todo. Nunca había dejado de consultar cualquier decisión.

Me preguntaba a mí misma, a quién sino, si esto lo estaba proporcionando el cambio de ciudad o quizás las cosas entre nosotros no eran tan idílicas y lo que vivíamos en Valladolid era rutinario...

Otra llamada entró en mi móvil mientras lo sujetaba con fuerza entre las dos manos, número desconocido. Descolgué por si...

—Señorita, le llamamos de su nuevo *servicio* de telefonía. Podríamos hablar con la dueña de la línea...

Una pobre telefonista sudamericana intentaba captar mi atención, pero en un arranque de mala uva respondí de no muy buenas formas.

—Lo siento mucho, la dueña de la línea en estos momentos está hasta las mismísimas pelotas de estar viviendo en Barcelona y, ¿adivina?, sólo lleva dos días. Así que si no quieres que te cuente todos mis problemas, adiós y buenas tardes.

—Bueno, lo siento mucho, pero yo deseaba *ofreserle* un *servisio* de...

—Ya, y yo tengo un novio en Dubái que no me llama, así que si quiere hacer el favor de dejar la línea libre, se lo agradeceré.

—Entienda que yo sólo estoy *hasiendo* mi *trabaho*.

—Mira, te voy a colgar ahora mismo, porque si no lo hago, corres el peligro de que decida mandarte a tomar por culo. —Pulsé el botón rojo y me largué con destino al bar donde mis compañeros de trabajo hacía tiempo estaban tomándose algo.

—¡Hey! Mirad quién entra por la puerta, el doctor House.

—Uish, qué graciaaaaaaaa tiene Toni —le picó Diana.

—Es que mira cómo camina, sólo le falta el bastón. ¡Una cerveza para la coja! —me pidió en la barra Toni.

—¿Qué tal? ¿Lo has solucionado todo? —se acercó Clara.

—Sí, casi todo —respondí con tono enfadado.

—Pues no te veo con la mejor de las caras para decir que ya está todo solucionado —comentó Toni, dejando la cerveza a mi lado. La tomé y bebí un buen trago.

—Es que no es normal que después de dos días sólo reciba WhatsApps de mi novio —finalicé enfadada.

—Hombre, normal, normal, lo que se dice... No lo es.

—Ves, nena, si tú lo que tienes que hacer es venirte conmigo al lado bivalvo de la vida.

—¿Bivalvo? —me atreví a preguntar a pesar de saber que iba a recibir una respuesta de las buenas.

—Claro, hija, mejillones, ostras, berberechos, ¡CHIRLAS!

Todos, menos yo, se echaron a reír sin remedio. Sabían que de una u otra manera Diana me sacaría los colores. Así que, colorada como un tomate, me bebí de golpe la cerveza.

—Si te decidieras de una vez a pasar al lado luminoso de la vida, te dejarías de tantas tonterías con los hombres.

—Ya, y que te gusten las tías pasa de la noche a la mañana, ¿no? —le

lancé.

—El que no prueba, no sabe... —Se acercó levantando exageradamente las cejas.

—¡Odio a los tíos! —soltó Lara, que acababa de llegar al bar.

—¿Y a ti qué te pasa? Si esta mañana estabas de lo más normal —dijo Clara, acercándose mientras yo me iba a la barra a comer algo. No quería cagarla como la otra vez.

—Ya, porque no quería darle más importancia, pero es que no va y me envía un mensaje disculpándose el muy...

—Cuenta, cuenta... —Se le unió Carla.

—Pues el resumen es que a los tíos les falta una neurona.

—Oye que... —Se iba a defender Toni.

—Tú calla, que no cuentas como hombre.

—Hale, ya estamos con los estereotipos gilipollas.

—Continúo, ¿vale? —Tomó aire mientras bebía—. Resulta que llevo tiempo tonteando por Facebook con un amigo de Marta, que si tú y yo cuando vengas a Barcelona nos tenemos que conocer. Que si yo voy a Madrid, hemos de quedar... Pues resulta que finalmente sube a Barcelona con unos amigos y Marta le da mi móvil. Nos ponemos a chatear para quedar y, claro, a mí me da un poco de palo verme a solas con él, así que le digo que venga con un colega que yo llevaré a una amiga, por si la cosa no sale bien. —La concurrencia estaba absorta con su historia—. Nos encontramos y lo típico, sonrisa, tontería, que si esto, que si lo otro. Unas birras. Risas. Vamos, que la cosa no iba mal del todo. Pues total, que mi amiga tiene que irse un momento, porque tenía que ir a sacar al perro, pero que regresaría. Me deja con los dos tíos, pero sin problema, hasta que recibo un mensaje de mi amiga diciendo que en un momento llegaba. El colega del tío este se va a pillar algo de comida al bar de enfrente, nos quedamos solos...

—Y va y te mete la lengua hasta la campanilla —soltó Carla emocionada.

—No, peor. Al momento me dice: «Espera un segundo, que voy a por mi colega». Yo, que espero que ya llegue mi amiga, me salgo fuera a fumar un piti, y al llegar ella, veo que del bar de enfrente sale el tío con el colega y se largan. Vamos, sin decir ni adiós ni nada de nada, pillan calle abajo y desaparecen.

—¿Qué dices, loca? —salta Diana.

—Lo que oyes. Pero claro, yo después de quedarme con cara de gilipollas, seguí de fiesta y flipando por cómo son los tíos, no entiendo nada. No es más

fácil decir, oye, me voy, me han llamado mis colegas. Inventarse algo, no sé.

—Joder, ¿y se lo has contado a Marta? —le preguntó Toni.

—Claro, de ahí mi cabreo. Le ha llamado, le ha puesto mirando a Cuenca y ahora me está mandando mensajes pidiendo perdón. Que si ha sido un crío, que si su colega se quería ir... Un imbécil.

—*Mother of mine!* —soltó Carla—. Vamos, madre mía, cómo está el mercado. Ahora entendéis por qué me lanzo cual ave rapaz a todo lo que se mueve.

—Sí, hija, tú eres de las de «Bicho que corre o vuela, *pa* la cazuela» —apuntó Lara enfadada.

—Efectivamente. No hay que desperdiciar ningún ejemplar, seguro que entre todos los desperdicios, alguno merece la pena.

—Ya, pero ¿cuántas mierdas tienes que comerte para encontrar un buen filete?

—Cariño, las que sean necesarias —dijo Carla.

—Pues yo no estoy de acuerdo. —Entré en la conversación—. No creo que sea necesario estar conociendo a todo tipo de tíos para llegar a tu hombre ideal.

—¿Tú tienes a tu hombre ideal? —inquirió Lara.

—Sí, Pedro Luis.

—Ya. ¿El tipo con el que hace dos días no hablas y te dejó en Barcelona sin ni siquiera esperar a que aterrizaras para poder explicarte por qué se había ido de viaje? —me lanzó a traición y sin aviso Diana.

—Pues es un buen tipo, educado, guapo, inteligente y con un sentido del humor muy especial.

—Y tan especial —anotó Carla—. A mí me hace eso y me parece que todavía me estaría riendo. ¡No te jode!

—Es que no lo entendéis. Para él lo más importante es el trabajo.

—¿Y para ti? —me preguntó Toni—. ¿No es importante que después de hacer que tu vida cambie de la noche a la mañana, marchándote de tu trabajo, de tu casa, de tu ciudad, él hubiera estado a tu lado?

—Sí —admití, sosteniendo una nueva bebida entre mis manos.

—Pues despierta, querida —dijo Carla, acercándose—. Creo que falla alguna cosa en esta relación. Uno de los dos está más implicado que el otro.

—Pero eso no es verdad —intenté convencerme a media voz.

—Cielo, a algunos tíos les parecemos meros floreros hasta que aparece otro más bonito.



—Es que no le conocéis, es buena gente.

—No, claro que no le conocemos, pero te conocemos a ti y te vemos sola, cabreada y con unas ganas de largarte de aquí tremendas.

—Bueno, en eso tenéis razón. Pero si quieres a alguien, se supone que has de seguirlo al fin del mundo. ¿No?

—No, si ese fin del mundo no te conviene —me dijo Toni.

—Pero vamos a ver, ¿qué tiene ese hombre que te tiene tan enamorada? —quiso saber Carla.

Me estiré en la silla en la que estaba sentada encontrando una posición más cómoda.

—La primera vez que nos vimos, él me salvó de una situación terroríficamente embarazosa. Estábamos tomándonos algo al mediodía con unas amigas cerca de la plaza Mayor, yo llevaba una falda con bastante vuelo y un bolso largo. Andábamos de un lado para el otro, vino va, vino viene, y me daba cuenta de que muchos chicos se me quedaban mirando. Pensé, con la alegría del vino, que sería porque les gustaba o lo que fuese. Pero no, después de un buen rato, se acercó él disimuladamente y con delicadeza me comentó que el bolso estaba levantando mi falda haciendo que se me viera todo el culo. O sea, que estaba, desde hacía más de una hora, mostrando mi trasero a todo Valladolid sin que nadie me dijera nada. A partir de ese momento, volvimos a cruzarnos una vez más y se acercó a saludarme mientras me hacía una broma sobre la ropa que llevaba, esta vez, pantalones.

—Hombre, como historia no está mal —reconoció Lara—. Pero ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

—Pues contando el «suceso», unos cinco años.

—¿Y en cinco años no te has olido esto?

—Bueno, durante todo este tiempo, hasta que no nos fuimos a vivir juntos, nos veíamos poco. Después de hacerlo, hace dos años, la cosa se estandarizó. Trabajábamos los dos en Valladolid, por lo tanto, nunca tuvo que dejarme en la estacada.

—¿En serio que nunca? ¿O quizás por estar en tu ciudad te parecía todo normal?

—Lo cierto es que éramos muy normales. Entre semana llegar a casa, cenar y tal. Los fines de semana comíamos en casa de sus padres, luego con los míos y por la noche salíamos con los mismos amigos.

—¿Eso no se llama rutina? —observó Diana.

—No, eso es lo normal —me defendí.

—Ains, nena, me parece a mí que has sido víctima de la rutina y que tu caballero de brillante armadura ha visto la luz. ¿Qué habrá estado haciendo aquí solo?

—¡Pues nada! Me llamaba todos los días.

—Y por eso es maravilloso el mundo, ¿no? —comentó Toni—. Aquí lo único que vemos es que llevas dos días y estás más sola que la una.

—Pero dejadla en paz, ella sabrá que hacer, ¿no? —Entró en la conversación.

—Lo que tiene que hacer es conocer a Josep —soltó de golpe Toni.

—Oye, ¿tienes un amigo soltero y no me lo has presentado? —Le miró indignada Diana.

—Nena, es que contigo es complicado. No sé cómo te levantas cada día.

—Pues con ganas de echar un buen polvo.

—¿Pero tú no eras lesbiana? —Abrí los ojos con sorpresa.

—No, yo soy poliamorosa.

—No se dice así —apuntó Lara—. Eso es no ser fiel y tener mil parejas.

—Pues eso, como yo —asintió para sí misma.

—Tú no eres así. Eres bi —sentenció Toni.

—Eso, eso... Bi de «Biciosa» —apostilló Carla con una carcajada.

—¿Pero eso no es con V? —intervine yo.

—Alma de cántaro. —Diana se me acercó para acariciarme como si fuera un perrito.

Estaba deseando llegar a casa, cambiarme de ropa y tirarme en el sofá para lamerme otro ratito más mis heridas. Pero, como siempre, tendría que esperar un poco más pues el ascensor estaba ocupado. Ahí, mientras miraba mis uñas, por hacer algo, escuché unos pasos que bajaban las escaleras. Una señora mayor llevaba en sus manos unas bolsas de basura.

—*Bona nit* —me saludó.

—Buenas noches —respondí casi sin mirar.

—Anda. —Se puso a mi lado—. Tú debes de ser la chica de Valladolid —soltó a bocajarro sin presentaciones.

—¿Y usted es? —pregunté antes de responder.

—Soy la señora Monserrat, justo vivo en el piso de abajo. ¿Así que ya has llegado? El otro día oí ruido en la casa y pensé que era el joven. Me contó que vendrías en unos días. Pues *molt be. Adeu*. —Y se marchó en el momento

en que el ascensor llegó a la planta baja, dejándome con la palabra en la boca y más a gusto que un arbusto. Ella, claro.

Qué raro se estaba volviendo todo. Que el vecindario conociera a Pedro Luis se me estaba haciendo, como poco, inquietante. Él, que siempre había sido un celoso de su intimidad, muy cerrado con los desconocidos, y ahora me encontraba con que había tejido una red de informadores en la vecindad.

El tío del paqui, la vecina de abajo... ¿Qué más estaba por descubrir? ¡Ay, Dios! Como esto se convirtiera en la peli de *La comunidad*.

El ascensor se detuvo dando un bote que hizo que me llevara las manos al pecho por el susto. Cuando me recompuse —a ver si de una vez me acostumbraba al bamboleo—, abrí las puertas para darme casi de bruces con un bellezón rubio con cara de pocos amigos en la puerta de mi vecino de enfrente.

—Lo siento, no he podido hacer otra cosa —dijo con voz grave.

—Yo también lo siento. —Se oyó desde dentro de la casa—. No vivo para ti. No puedo estar todo el día a tu disposición. Mañana tengo trabajo todo el día fuera.

—Mira, no voy a discutir. Te quedas con el niño y punto —sentenció, cerrando la puerta y dirigiéndose al ascensor que aún estaba abierto.

Nos miramos a los ojos, no sé si retándonos o porque yo ya veía espías en todas partes.

—Hola —dijo la rubia, entrando en el ascensor.

—Hola —respondí educadamente mientras me metía en casa.

No sé qué extraña fuerza me hizo darme la vuelta cuando ya tenía mi puerta abierta y quedarme absorta mirando la de mi vecino, que estaba cerrada. Quizás fuera pensar que llevaba una existencia bastante movidita. Tías buenas por la mañana, por la tarde y un niño pequeño. Joder, ¡qué vida de *latin lover*!

¡Hale, eso te pasa por meter sin pensar!, me dije a mí misma imaginando que la chica que acababa de irse sería su ex y el bebé, su hijo.

## CAPÍTULO 6

Ya tenía todo el estudio preparado. Iba a tener una sesión fotográfica por la noche. No le preocupaba mucho, serían unas cuantas fotos que no le llevarían más de un par de horas. El trabajo de verdad vendría después delante del ordenador.

Echaba de menos viajar más a menudo, colgarse la mochila al hombro y fotografiar todo aquello de lo que su objetivo se enamorase. Trabajar con una cámara en la mano era algo más que un medio para subsistir, era un *hobby* convertido en pasión. Una pasión que más de una vez le había hecho tener que elegir entre ella y su vida. Desgraciadamente y a medida que pasaban los días, estaba convencido de que la elección no había sido la correcta... Pero sólo el tiempo le había hecho abrir los ojos de la manera más dolorosa y solitaria.

El timbre de su puerta sonó insistentemente. Miró el reloj, aún era pronto para que la modelo se presentara en casa. Había quedado con el maquillador y el peluquero en media hora. Verdaderamente le apetecía muy poco tener que conversar con la chica a la que tenía que fotografiar, era de las que la conversación se basaba única y exclusivamente en lo buena que estaba, lo guapa que la habían puesto y los gramos de más que había engordado...

—Hola —dijo Aina, entrando en la casa.

—¡Aina! —Vio que llevaba en brazos a Eric—. ¿Qué haces con el niño? ¿Pasa algo? ¿Le pasa algo?

—No —se lo entregó—, necesito que te quedes con él.

—¡Pero no puedo! ¡Tengo una sesión esta noche y mañana me voy todo el día fuera! —Entró con el bebé a dejarlo en la cuna de su habitación.

—Lo siento, no he podido hacer otra cosa —dijo con voz grave.

—Yo también lo siento. —Se oyó desde dentro de la casa—. No vivo para ti. No puedo estar todo el día a tu disposición. Mañana tengo trabajo todo el día fuera.

—Mira, no voy a discutir. Te quedas con el niño y punto —sentenció ella, cerrando la puerta y dirigiéndose al ascensor saludando a una vecina que salía de él.

Cuando Josep salió de nuevo a la puerta para despedirse, se encontró con ella abierta, Aina bajando por el ascensor y la chica pelirroja de enfrente entrando en su casa.

¿Cómo coño iba a trabajar esta noche? Todo era esperpéntico, tenía al niño en casa y en un rato llegaría la cotorra del maquillador y la básica de la modelo.

Lo peor de todo era que estaba dándose cuenta de que en un minuto acababa de insultar a su trabajo. Menos mal que el enano estaba dormido y si tenía un poco de suerte, no se despertaría en medio de la sesión. Así podría salir de la situación, lo peor sería mañana. Tener que ir todo el día con el bebé a cuestas iba a ser difícil... Pero no imposible. Lo que sí tenía claro era que Aina se la iba a pagar con creces.

—Tápate un poquito, nena —le dijo Josep a la modelo, subido a una escalera mientras hacía un encuadre en el sofá del estudio—. No necesito que estés en pelotas —soltó enfadado.

—¡Ay, churri! Es que creo verme más *sexy* si enseño más carne.

—Me parece muy bien, pero durante nuestra conversación, cuando te dije que iban a ser primeros planos, ¿dónde está ahí el desnudo?

—Bueno, por si quieres quedarte con alguna de recuerdo mía. —Sacó su lengua pasándosela por los labios explícitamente.

Josep, en ese momento, estuvo a punto de dejar pensar a su otro cerebro en vez del que tenía sobre sus hombros y bajar de las escaleras para descargar su frustración entre las piernas de aquella modelo con medio dedo de frente. Llevaba demasiado tiempo sin pasar una buena noche, y no es que no tuviera oportunidades, pero aún aparecía Almudena en su cabeza. Y lo odiaba. Sí, lo odiaba porque no le dejaba pasar página...

Justo cuando ella se quitaba definitivamente el sujetador dejando sueltos sus dos melones de goma, el bebé comenzó a llorar con fuerza en la otra habitación.

—¿Eso es un bebé? —preguntó ella mientras Josep le echaba una mirada asombrada.

—Sí, uno cabreado y con hambre. —No dio más explicaciones al bajar del todo de las escaleras e ir frustrado a la habitación para coger a Eric—. ¿Sabes, cabronazo, que acabas de cortarme un polvo?

—Ohhhhhh. —La modelo apareció detrás de él sólo con el tanga puesto y los melones bamboleándose delante de su cara—. ¿Me dejas cogerlo?

—Claro. —Se lo cedió. La modelo lo acomodó entre sus pechos... «Cómo

te vas a poner, enano»...—. Quédate aquí, le voy a preparar el biberón y en un momento regreso.

—Vale —le respondió automáticamente casi sin mirarle, pues estaba absorta con el pequeño.

Josep se marchó a la cocina. Abrió ligeramente la ventana, hacía calor allí dentro. Se giró automáticamente para abrir la puerta de un armario, el que contenía todas las cosas de Eric. Cogió un biberón y una lata con polvos que por arte de magia se convertirían en la magnífica cena que haría que el niño dejara de berrear y tal vez, sólo tal vez, volver a pensar en... Se giró hacia el microondas para calentar el agua cuando un par de tetas se cruzaron por el medio, llevando irremediabilmente una de sus manos a, lógicamente sin querer, calcular la medida de tremendo apéndice.

—Eh, hum... —intentó disculparse—. Lo siento. ¿Qué haces aquí?

—Tranquilo, no serás ni el primero ni el último —contestó ella con voz tonta y con el bebé en brazos más tranquilo.

—Pues eso, ¿qué haces aquí? —volvió a preguntar.

—Nada, que pensé que sería mejor venir a echarle una mano con el bebé y rápido darle de comer para seguir a lo nuestro.

—Bueno, no sé si es mejor dejarlo para otra ocasión. —El microondas terminó de calentar el agua y procedió a echarle las cucharadas correspondientes de aquel compuesto harinoso que se convertiría en alimento para Eric.

—Pero si ya estoy aquí, maquillada y peinada... —contestó sin enterarse de nada mientras seguía haciendo monerías al niño.

—Ah, eso. —Josep se centró de golpe, hablaba de fotos—. Le doy el biberón y continuamos...

Encima de que mi vecino era un mujeriego iba a tener que aguantar a un bebé berreando. A ver, que sólo quería hacerme algo de cenar y pasar del mundo. Pero ya se sabe que la curiosidad mató al gato, o en este caso a mí, la Ángela gatuna, y abrí un poco la ventana para mirar. Logré ver la espalda de mi vecino que se movía hacia un lado para dejar a la vista a una morena impresionante vestida únicamente con un tanga y un bebé entre dos sandi... dos pechos más grandes que la cabeza de Pepe Navarro. No había visto un par de esas despechugadas en mi vida. Creo que hasta se me había quedado la boca abierta...

—Cariño. —La morena me miró directamente a los ojos—. Tenemos una vecina *voyeur*. —Le pasó el bebé a alguien y se puso a mirarme—. ¿Te gustan, cielo? ¿Te quieres venir a jugar? —me preguntó la tía, manoseándose las peras.

No podía cerrar la boca por la impresión, porque sí, la boca se me había quedado bien abierta. Gracias al cielo, algún resorte en mi cerebro reptiliano hizo que mi mano se acercara a la ventana encajándola de golpe. Cerré la boca, miré como una idiota a la ventana preguntándome dónde coño me había ido a vivir.

Y mi vecino de enfrente... ¡Un depravado! ¡Un cerdo! ¡Joder, que tenía un bebé y en su casa no paraban de entrar tías!

Josep, con el niño en brazos sólo llegó a ver una ventana cerrándose y una mata de pelo rojo escabulléndose.

Se giró para mirar a la modelo seriamente.

—Oye, eso no ha sido para nada gracioso. Vivo aquí, esa gente es mi vecina, así que haz el favor de vestirte y marcharte.

—No, perdona. Era una broma, pero además la chica era guapa.

—Te agradecería que te vistieras, llamaré a otro compañero para que acabe las fotografías...

—Lo siento... —Se colgó de su cuello, apretándose contra él y el bebé—. Dale de cenar al pequeño, yo me voy al estudio y terminamos —finalizó, marchándose de la cocina.

—Joder, Eric, si lo que no me pase contigo, no me pasa con nadie. Ni cuando salgo de copas por ahí —le dijo mientras el niño se preocupaba de seguir tragando sin excusas el biberón.

Por suerte la cosa no había ido a mayores y terminó sin problemas la sesión fotográfica. La modelo «entendió», a la cuarta o quinta vez que se lo repitió, que tenía que marcharse. Lo hizo, no sin antes hacerle prometer que volverían a verse. La lengua en su campanilla al despedirse no le dejó lugar a dudas.

—¿Qué coño habré hecho yo para merecer esto? —se dijo él, sentado en el sofá de su despacho mientras tomaba una cerveza y miraba su móvil. Tenía un par de mensajes de Aina y uno de Toni, su antiguo compañero de productora.

El de Aina estaba seguro que sería para preguntar por el pequeño. ¡Bingo!

Respondió inmediatamente. El otro le sorprendió, hacía mucho tiempo que no sabía de Toni. Habían pasado unos buenos años en la productora en aquel concurso de cantantes, bastantes años hasta que dejaron de emitir el programa y, por tanto, de darles trabajo.

*¿Qué tal, Josep? ¿Cómo te trata la vida? Oye, que hace mucho que no nos vemos y a ver si un día de estos nos tomamos algo.*

*Hey, Toni, mira qué hora es y acabo de terminar de una sesión fotográfica, no me puedo quejar. ¿Quedar? Cuando quieras.*

*Perfecto, además quiero presentarte a alguien...*

*¿Aún sigues de casamentera? ;—)*

*¿Aún sigues soltero? ;—)*

*Yes. ¿Este año vais al Sónar?*

*Sí, pero ¿y si nos vemos antes?*

*Perfecto, nos llamamos.*

Miró el reloj, cerca de la una y media de la madrugada. La hora perfecta para irse a dormir y rezar para que Eric no se levantara hasta las siete de la mañana. ¡Joder! ¿Cómo coño se lo iba a llevar a...? Hecho, perfecto, la vecina de abajo, la señora Montserrat. Adoraba a Eric, era un poco cotilla, pero estupenda para quedarse con el enano. Seguro que Aina ni se enteraba, con una guardia de veinticuatro horas ni siquiera tendría tiempo para respirar. Y además, así, él estaría mucho más tranquilo.

Se marchó tranquilamente a la cama. Era un hombre de recursos y, encima, las mujeres le adoraban. Sobre todo su vecina mayor. Bueno, siendo realista, no le adoraba exactamente a él, sino al enano cabezón con sonrisa perenne.

«Berrea, berrea»... abrió el ojo con la melodía de Rodolfo Chiquilicuatre mientras que la máquina de llorar lo hacía a todo trapo.

Se levantó echando leches rumbo a la cocina, pasó corriendo por la ventana y creyó ver a su vecina de enfrente. Quería pedirle disculpas por lo de la pasada noche con la modelo. Al echar marcha atrás para sacar la cabeza por el hueco, sólo llegó a vislumbrar una exhalación pelirroja que volvía a cerrar la ventana. No le dio más vueltas, lo haría en otro momento.



—¡Toma y cállate ya, tío! —Ni siquiera levantó al niño de la cuna. Se acercó a ella, se sentó en su cama y le puso el biberón en la boca—. En serio, tú y yo tenemos que tener una charla seria. —El bebé abrió los ojos azules de par en par mirando como si le entendiera—. En esta casa hay unas normas. Normas que están escritas en un documento con piel de cabra y sangre humana, por lo tanto, inquebrantables. Y tú te has dispuesto a cargarte todas una a una —siguió sujetando el biberón—. La primera es pasable: «Hacer ruido cuando curro». Esa puedo saltarla. Pero la de cortarme el rollo cuando una tía me echa la caña... Esta no te la perdono. Así que —Eric terminó su desayuno, Josep le tomó en brazos para que sacara el aire— esta regla no puede volver a romperse. Cuando una tía y yo estamos intentando entendernos, no se molesta. ¿Entendido?

Justo al finalizar la pregunta, el enano echó todo el aire que le sobraba en el estómago de manera bastante escandalosa. Josep comenzó a reír como un poseso y finalizó:

—Respondes como los buenos colegas, nos entendemos. Y sabes que esto me lo agradecerás cuando seas mayor. Vamos, que tengo que camelar a nuestra vecina de abajo.

## CAPÍTULO 7

Abrí los ojos cabreada.

Los sonidos llorosos de un bebé desesperado por comer rompieron mi tranquilo sueño. El niño, el pobre niño que vivía con un padre depravado que llevaba a sus conquistas en pelotas por la casa para cuidar de su hijo. Qué poca vergüenza, pobre bebito. Qué lástima.

Ya estaba en la rutina diaria, qué rápido nos acostumbramos a lo malo, y como venía siendo ya algo normal, el ascensor estaba ocupado, así que bajé las escaleras para marcharme y me encontré con la señora Montserrat con un bebé rubio y precioso entre los brazos.

—¿Es su nieto? —pregunté curiosa, acercándome a él para acariciarle la cabecita.

—Qué va, reina, es del vecino que vive frente a ti. —De repente comenzó a sonar el teléfono dentro de su casa—. Cógelo un momentito, que voy a ver quién es el que llama a estas horas.

—No, a ver, es que yo... —intenté cortar mientras me pasaba al niño poniéndomelo entre los brazos.

Nos miramos fijamente. Él con cara expectante y yo inquisidora... ¿Así que este era el niño que anoche estaba entre los balones de baloncesto de la morena de la ventana? Le aparté un poco de mi arrullo para mirarle a los ojos con más intensidad, los tenía azules y preciosos, para ver si en algún lugar de su carita aparecían marcas de asfixia por culpa de la loca esa de los melones.

Vale, todas esas gilipolleces las tenía en mi cabeza, de acuerdo. Pero, joder, es que eso era para morir por fallo «multiorgásmico». Y en mi mente se dibujó una imagen que intenté borrar lo antes posible al notar cómo el pequeño comenzaba a jugar con mi pelo agarrándolo con sus babosas manos.

—Ah, no. Eso sí que no te voy a dejar que lo hagas. No me he pasado media hora con la plancha para que ahora me lo babosees. —Le aparté un poco. Justo el tiempo necesario para que apareciera mi vecina quitándomelo de los brazos.

—¡Qué pesadilla! Mira que son los de las compañías de teléfono. —Puso al niño en la sillita que tenía en la entrada—. No te molesto más que tendrás

que ir a la *feina*.

—No, me tengo que ir a trabajar.

—Pues eso, a la *feina* —me respondió la señora mayor con una sonrisa—. Y tú, como yo, baja por las escaleras que este ascensor es un hijo del demonio.

Sonrió sin más, haciendo un aspaviento con una de sus manos a modo de despedida del pequeño. No hacía más que darle vueltas a lo que sabía de la vida de mi «vecino de enfrente».

Venga, enumeremos las virtudes de ese espécimen llamado «vecino de enfrente» que salía en las películas americanas.

A ver, en todas, el vecino de al lado era el más guapo, el más popular, el que se llevaba de calle a las chicas y tu mejor amigo. En este caso, sólo una de las aptitudes la cumplía al dedillo, la de llevarse a las chicas de calle. Por lo demás, era un poco crápula. Chicas entrando y saliendo. Un niño pequeño que cuidaba a ratos en casa. Una exmujer que venía más de la cuenta, o eso creía, a casa y le dejaba a ese ángel rubito.

Lo dicho, uno de esos que era mejor mantener fuera que dentro.

Casi de forma automática miré el móvil y casi me estaba acostumbrando a que Pedro Luis no diera señales de vida. O por lo menos eso era lo que estaba haciendo creer a mi cerebro.

Me paré de golpe en la entrada del metro al descubrir que no me gustaban nada mis pensamientos. ¿Acaso estar con Pedro Luis no era lo que siempre había querido? ¿Qué había ahora de malo que no hubiera en Valladolid? ¿No éramos las mismas personas? ¿O quizás por eso, y al no tenerle cerca, me daba cuenta de que sólo iba a por lo que le interesaba?

Durante el momento en el que mi mente iba más rápido que mi entendimiento, lo tuve claro. Me percaté de que yo siempre contaba con Pedro Luis para todo, como una pareja normal, pero él únicamente se apoyaba en mí para sus propósitos. Si él quería que saliéramos, salíamos. Pero cuando tenía que hacer cosas con sus «colegas», yo ya no contaba.

Pequeñas cosas sutiles, quizás tonterías, pero que ahora y sola adquirirían una dimensión en la que nunca me había detenido. Joder, era una verdadera mierda advertir ahora y en esta ciudad que el «nosotros» nunca había existido para él. Una mierda darme cuenta lejos de casa.

Finalmente, la conclusión era la siguiente: mi maravillosa relación perfecta se había convertido en sólo unos días en una relación más, una sin nada especial, sin ese mariposeo que se siente en el estómago cuando se piensa en

la otra persona. Y no había necesitado más que unos días de soledad en una bonita casa en Barcelona.

Con cara de póquer me senté en mi mesa. Con tanta conversación conmigo misma ni me había enterado de lo pronto que se me había pasado el trayecto. Y no tenía muchas ganas de hablar con nadie. Pero tampoco me preocupaba, no es que yo fuera la persona más abierta del planeta.

—¡Juro que un día le voy a poner el *shazam* a alguno en el sobaco a ver qué coño es lo que le canta! —Diana llegó acalorada.

—Creo que deberían poner carteles que dijeran: «Prohibido entrar en el metro sin haberse duchado» —le contestó Clara.

—Mira, pues el otro día me enviaron un *meme* sobre ello. Es que hay cada uno que huele a cebollino. No a sudor del momento, no... De los que se han regodeado en ello con ganas.

—Chicos, chicos... —Carla vino corriendo—. Cotilleo del que nos afecta a todos. —Se hizo un corro alrededor de ella—. Ayer, cuando estuve con Jorge...

—¿Pero si tú ya no...? —le preguntó Toni, que se acababa de incorporar.

—¿Eso cuándo ha sido? —insistió Diana.

—Oye, que no es lo importante —se defendió, levantando los brazos en plan rendición.

—¿Cómo que no es importante? Es fundamental para comprender el mensaje y la fuente —finalizó convencida Clara.

—Bueno, pues a ver, comienzo por el principio. —Vio como todos asentían a su alrededor—. Ayer me estaba tomando la última en la bodegueta mientras leía el periódico de los prohombres. —Yo arrugué la nariz sin entender su idioma—. *La Vanguardia*, nena. Bien, pues apareció por ahí Jorge. Que si una cosa llevó a la otra y, finalmente, esta mañana al despedirnos lo ha soltado.

—¿El qué? —Luis se incorporó a la conversación algo tarde.

—Pues que los americanos nos sueltan. Que nos venden, que miremos el periódico esta mañana y que lo que pone es que nos venden a la competencia.

—¿Qué dices, loca? —Lara se quedó flipando mientras corría a su ordenador a mirar las noticias.

Efectivamente, en el periódico, en la sección económica, la noticia estaba en primera plana. El grupo inversor mayoritario de la empresa se marchaba y lo vendía directamente a la competencia.

El revuelo estaba servido, y eso que yo aún no me enteraba de mucho,

estaba perdida. Pero en ese momento me importaba más bien poco qué estaba ocurriendo a mi alrededor. En realidad, más bien nada. Aunque, por otro lado, el revuelo era gordo y había un barullo importante.

—Vamos a perder el curro, fijo.

—Nos van a echar sin miramientos, sobre todo estos.

—Oye, ¿y si vamos a mejor?

—Nunca iremos a mejor con esta empresa. Ya no da de sí.

—Joder, qué cenizo eres, quizás las cosas vayan a mejor.

—Tú sí que eres una persona positiva.

Comentarios de todo tipo se sucedían, todos tenían una teoría de la conspiración preparada bajo el bolsillo para que todo funcionara. Otros, los más cenizos, o quizás los más avisados, ya se olían que todas estas noticias no llegarían a buen puerto.

—A río revuelto, ganancia de pescadores —sentenció Luis con su peculiar acento.

—Ande yo caliente... —respondió Clara.

—Más vale pájaro en mano... —siguió Diana.

—Oye, que podríamos seguir hasta el infinito, dejad de soltar gilipolleces.

—Oye, ya en serio. —Lara señaló la pantalla del ordenador—. Que no es coña lo que está contando Carla. Aquí lo pone clarito, que nuestros jefes han vendido la empresa. Mirad, sección de economía.

—Joder, joder, joder. Con lo bien que estábamos.

—¡Venga ya! Si directamente no estábamos —sentenció Luis.

—Mira, a mí ya me importa bien poco lo que hagan —comentó Toni con aire derrotista.

—Pero si yo lo dije desde el principio —observó Carla—, esto lo crearon para vender y sacar pasta. Los peones son lo menos importante.

—Ya, pero los peones somos nosotros y nos están tratando como si fuéramos una mierda. No cuentan con nosotros para nada, sólo para explotarnos y sacar todo lo que tenemos dentro para ellos. No les interesamos más que cuando pueden exprimarnos. Es una relación de un ser superior contra uno inferior... —resolví con voz lastimera.

El silencio se hizo en el departamento. Se miraron entre ellos y luego a mí indistintamente.

—¿Tú crees que habla de la empresa? —le preguntó Diana a Toni.

—Yo creo que está hablando de su relación.

—A mí me da en la nariz que también.

—Pues yo creo que está hablando del nepotismo del liberalismo capitalista que nos consume —apostilló Clara.

—¡Déjate de politiqueos! —susurró enfadada Carla—. ¿No ves que la chica está mal?

—Ya, mal está. ¿Pero en qué sentido? ¿Necesitamos llevarla a un psicólogo?

—¡Eh! —Cómo me jodía que hablasen como si yo no estuviera delante—. ¡Que estoy aquí! —Me señalé—. Y os oigo perfectamente.

—Ya, lo sabemos. Pero, hija, es que hablas tan raro que no tenemos manera de interpretar lo que estás diciendo —respondió Toni, levantando una mano al aire para acentuar su frase.

—Es verdad. «Háblame en *sensillo*, que no te entiendo» —añadió Diana burlonamente.

—Mira, nena —dijo Clara, acercándose a mí—, lo que tienes que hacer es olvidarte de ese novio que dices que tienes...

—Sí que tengo —respondí en bajito sin mucho convencimiento.

—Vale, venga, tienes un novio que te adora y que no te deja respirar —dijo Diana.

—¡Calla! —soltó de golpe Clara, apartando a Diana de su lado—. Bueno, tienes novio. Pero un novio que no se ha preocupado mucho por ti a juzgar por la situación. ¿No? —Asentí apesadumbrada—. Bueno, pues antes de que venga y te aclare por qué ha hecho lo que ha hecho... vive la vida como una soltera. —Me asió por los hombros—. Sal y entra de tu casa sin dar explicaciones, disfruta de la ciudad, conoce gente nueva y si... Pues eso, nena, tu churri tampoco es que se esté comportando como un caballero.

—Sí, pero...

—Pero nada, abre los ojos y diviértete.

—Yo le quiero, no quiero ponerle los cuernos.

—A ver —dijo Carla, acercándose—. No te está diciendo que seas la viuda alegre, sino que salgas y disfrutes.

Las miré, las dos estaban observándome seriamente. Esperaban alguna reacción por mi parte, era como si yo tuviera la respuesta a la bala mágica que mató a Kennedy.

—Bien, vale, de acuerdo. No prometo nada, pero intentaré no estar todo el día quejándome.

—¡Eso es! —Toni sonrió, convencido de que iba a ser el celestino perfecto para mí.

—Venga, vamos a darle un poco a la tecla, que al final nos van a vender como si fuéramos saldos —apremió Lara.

—Valemos menos que un duro sevillano —gritó Luis.

—Ya estamos con las viejunitades —replicó Clara.

—Como una ola... mi amor llegó —continuó Carla.

—¿Por qué, *Zeñó*, por qué? —imitó Clara un famoso vídeo de Youtube en el que una señora se queja en Semana Santa a un Cristo de por qué no sale en procesión por la lluvia.

—Tranquila, Ángela, verás que, al final, todo saldrá bien —dijo Toni, acercándose para acariciar mi espalda de manera cariñosa.

—Eso espero. Eso espero...

—Claro que sí. Mira, el fin de semana es el Sónar. Compramos las entradas y te vienes con nosotros a liarla parda.

—¿Nosotros? —pregunté.

—Sí —disimuló, por un momento se le iba a escapar—. Víctor y yo. Hoy viene a tomar algo, ¿por qué no te apuntas y así le conoces?

—Visto lo visto. —Miré el móvil—. No es que vaya a tener una tarde muy movidita.

—Además, está deseando conocer a la mujer cuyo nombre es igual a una de las malas más malas de todas las series de televisión.

Sonreí de medio lado. Tenían razón, no podía quedarme todo el día quejándome por mi mala suerte. Ya era hora de que diera una vuelta a todo lo que estaba pasando. Ya lo decía aquel libro que leí: Ángela, no le echas la culpa al karma de lo que te pasa por gilipollas. Y en este momento, a pesar de que mi naturaleza era torpe de por sí, necesitaba dar un giro a mi nueva vida.

Por primera vez, era necesario que yo tomara las riendas de mi propia vida. En casa con mis padres, era el capitán Chanin quien mandaba, bueno, en realidad, mi madre, pese a sus obsesiones por las series, le hacía creer que mandaba. Pero era yo quien siempre estaba entre dos aguas.

Cuando conocí a Pedro Luis, también él, aunque tenía carita de niño bueno, era quien manejaba el cotarro.

Miré con determinación la pantalla del ordenador y comencé mi jornada laboral.

Ya eran las seis de la tarde cuando, bolso en mano para irme a tomar algo, sonó mi móvil. Sonaba diferente y yo no le había cambiado las melodías. Cuando lo tuve frente a mí, eché un vistazo a la pantalla y vi que era mi padre llamando desde el Skype. Se lo había instalado la noche anterior, pero hasta

hoy no había hecho uso de él.

Me coloqué en un lugar más o menos privado, dando una señal a Toni y haciéndole entender que le alcanzaría en un rato.

—¡Holaaaaaaaaaaaa! —Oí un grito acompañado de la imagen de mi padre vestido con un polo y una gorra muy deportiva.

—Papá —respondí algo timorata—, ¿cómo estás?

—Yo fantástico, de vacaciones, ¿qué más se puede pedir?

—Ah, muy bien.

—Cielo, estás un poco seca, ¿no? —preguntó, acercándose a la pantalla de su ordenador, haciendo que su cara se deformara creando una caricatura de sí mismo.

—Es que aún estoy en el trabajo. —Miré de un lado a otro sintiéndome observada a pesar de no tener a nadie alrededor.

—¡Anda! ¿Por qué no le das la vuelta a la cámara y me enseñas cómo es el sitio?

—Hoy no, papá, que es un engorro.

—¿Vas a decirle que no a tu papi? —Hizo un puchero a la cámara, sacándome una sonrisa. Me hacía mucha gracia pensar que este hombre era capitán del ejército de tierra.

—Bueno, pero sólo un momento, que me esperan abajo.

—¿Pedro Luis? ¿Qué tal?

—Papá, ni si quiera está por aquí. No llegué a verle, se fue a Dubái y desde que llegué no hemos hablado.

—Pues qué quieres que te diga, muy normal no es. Ya sabes que a mí ese chico nunca me ha gustado...

De repente otra cabeza apareció en la pantalla, mi madre, con una copa de vino en la mano.

—Eso es que está trabajando duro para retirarte, hija. Como debe hacer un buen hombre. Así que tú no le agobies y que haga lo que le dé la gana.

—Mamá, ¿en serio me estás diciendo eso?

—¿No es lo que los hombres han hecho siempre?

—Pues debo ser el único gilipollas que no —le respondió mi padre.

—Es que tú siempre has sido un gilipollas encantador. —Le dio un beso y se marchó sin despedirse de mí.

—No hagas caso a tu madre, ya sabes que a estas horas está embotada por las telenovelas y no piensa más que en quién va a putear a quién.

—Ya, pero alguna vez podría apoyarme un poco, ¿no?



—Anda, cielo —intentó quitar hierro al asunto—, venga, hazme una minirruta.

Media hora más tarde aparecí por el bar.

Hablar o ver a mi madre siempre me cambiaba el semblante. No sabía cómo lo hacía, pero me dejaba con mal sabor de boca. Sentía muy poco apoyo por su parte y había ocurrido durante toda mi vida. La recordaba sentada en su sofá orejero, con una pose de superioridad, diciéndome mientras sostenía una copa de vino: «Hija, las cosas son así»; «Hay que apechugar con lo que llega»; «Ellos siempre tienen la razón»; «Es normal que echen una canita al aire»; «Tú procura estar a la altura»... Pero lo peor era que no entendía esa forma de ser a juzgar por cómo era mi padre. Él era un hombre muy moderno, que cuando estaba en casa ayudaba como el que más.

Me temo que todo ese problema venía dado por las odiosas telenovelas comecocos, por muy americanas que fueran. Habían convertido a mi madre en una mala copia de cualquier secundaria enamorada del sempiterno galán madurito y machista.

Estaba bien creer en los cuentos de hadas, pero, joder, tenía al mismísimo Superman en casa y no le hacía caso. Mi padre era un bendito, un bendito...

—¡Eh! ¿Dónde te habías metido? Ya creía que no vendrías —saludó Toni.

—Es que desde que mi padre ha descubierto Skype, no hace más que querer que le enseñe cosas de donde vivo.

—Bueno, no está mal. Por lo menos te llama alguien. —Me guiñó un ojo y me puso una cerveza en la mesa.

Por las escaleras de la planta baja subía un chico alto, con barba, pelo cano y gafas que se acercó a Toni.

—Dime que es ella —le pidió a Toni.

—Sí, aquí la tienes. La auténtica Ángela Chanin.

—¡Dios! —Me dio un par de besos—. No sabes las ganas que tenía de poner cara a la chica que lleva el nombre de una de las malas más malas del mundo maligno de las telenovelas. Ni una de las sudamericanas le llega a la altura de la babucha.

—Ya. —Yo ya volvía a esconderme en mi caparazón cuando algo no me gustaba mucho.

—Oye, que puede que a ti te dé mucha vergüenza, pero que sepas que creo que es maravilloso que tu madre tuviera la agilidad mental para ponerte ese maravilloso nombre y apellido.

—Bueno, sí. No sé, siempre lo he visto como una losa.

—Pues yo creo que es fantástico para poder ir a cualquier lado. —Tomó aire teatralmente—. Ángela Chanin... Suena bien.

«Ding». Sonó un mensaje telefónico y metí la mano en el bolso esperando que fuera el mío.

Nada.

Mi cara volvió a ensombrecerse un poco.

—Otra vez ese novio tuyo —dijo Víctor.

—Lo siento, Ángela, pero, nena, eres la novedad —justificó Toni, mirando su móvil. Él había recibido un mensaje.

—Ya, soy la novedad. El mono de feria. La desgraciada de la que reírse.

—No, no, no. A ver, nena, si ese hombre tuyo sólo quiere saber de ti a través de mensajes... ¿Qué quieres que te diga? No me parece un buen tío.

—Es que todo el mundo lo está juzgando sin conocerle y tampoco creo que sea justo.

—De acuerdo —admitió Víctor, tomando un sorbo de su bebida—. Pero tampoco es que se haya portado muy bien, ¿no? —Me miró con intensidad—. Llegas a Barcelona el domingo y ese mismo día, y sin decirte nada, decide o lo que sea, marcharse de viaje. Te envía un mensaje nada más... y durante todo este tiempo, sólo te ha mandado mensajes. ¿De verdad crees que no es para juzgar?

—Deberías hacer caso a lo que te han dicho Clara y Carla —se metió Toni en la conversación—. Deja de preocuparte por él si él no lo hace por ti. Vive a tu manera y, cuando regrese, pon las cartas sobre la mesa. Porque no, no es muy normal.

—¿Sabéis qué pasa? —Les miré—. Que en el fondo tenéis razón.

—En el fondo y en la superficie —añadió Víctor.

—Ya, ¿pero podéis entenderme a mí? No quiero pensar que no le importo nada, he venido por él.

—¿Y qué ha hecho él por ti? —preguntó Toni, pidiendo otra ronda.

—Anda, Toni, pide algo de comer, que hoy vamos para largo. Hay terapia.

—Sí, por favor, que no entiendo esa manía vuestra de no poner ni una de kikos. ¡Rancios, que sois unos rancios!

—Anda, castellana, que estáis muy mal acostumbrados ahí abajo.

—Pero bien que os gusta venir a comer y poner os teta de tapitas.

—Te confesaré que la primera vez que bajé a Madrid a un bar de toda la vida me dio reparo comerme la tapa.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Pues porque pensé que había que pagarla. ¡Jajajajaa! —confesó Víctor, partiéndose de risa—. Dale, anda, Toni.

—A la orden, Víctor.

—Sois raros.

Dos botellas de vino más tarde y con el estómago lleno, yo ya pensaba que tenía las cosas muchísimo más claras.

—Pues lo que está claro es que le importo una mierda.

—Hombre, una mierda no sé, pero que está más perdido que Espinete en el día de la madre, pues sí. —Toni rellenó de nuevo mi copa.

—Pero si te lo hemos dicho, nena. Lo que tienes que hacer es disfrutar de este momento.

—Ya, y haberme liado con la novia del vecino de enfrente. ¿No?

—Creo que se te ha subido demasiado el vino —dijo Víctor—. Desde cuándo le das a las dos aceras, a ver...

—Desde nunca, pero ayer, de ventana a ventana, una tía recauchutada se tocó delante de mí y me dijo que si quería unirme a la fiesta. —Apuré lo poco que quedaba de la copa y cuando Toni iba a echarme más vino, tapé el recipiente—. Lo tenía que haber hecho. Necesito descargar frustración con un buen polvo.

—¿Pero estás segura de que esa es la solución? A ver, que no es que crea que no debes hacerlo, lo que no quiero es que luego te arrepientas y nos eches la culpa —sentenció Víctor.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que yo trabajo contigo y no quiero que me odies para los restos.

—No, no, no. Esta es una determinación. Si Pedro Luis...

—¿Se llama Pedro Luis? —Víctor se entusiasmó—. ¡Es que es de telenovela total! —Torció el gesto—. Vaaaaale. Lo siento. Es que me emociono con cualquier cosa.

—Pues continúo. Si Pedro Luis está demasiado ocupado con su vida como para reparar en que estoy sola por él, no merece la pena seguir adelante.

—Así se habla. —Toni sonrió maquiavélico al recordar su último mensaje con Josep. Quedaría con ellos para ir al Sónar y estaba convencido de que entre él y yo saltarían chispas.

—Tú te vienes el sábado con nosotros al Sónar a pasar un buen rato, escuchamos música electrónica y te olvidas un rato de las tonterías.

—Eso, eso —comentó Toni emocionado.

—No tengo ni la más mínima idea de lo que me estáis hablando, pero si

me decís hora y lugar, allí estaré yo como un reloj.

—Fundamental. —Víctor se puso serio—. Has de cambiar un poco el estilo cospedalino...

—¿Cospedaqué? —pregunté.

—Sí, nena. Deja a un lado la ropa de María Dolores de Cospedal. Si vas vestida con alguna perla en el cuerpo... —me llevé instintivamente una mano a la oreja—...No vienes.

—Pero...

—No discutas con Víctor de ello, saldrás perdiendo.

—Además, nunca sabrás si el hombre de tu vida puede estar allí.

—Ya, sí, ¿quién? ¿Tu famoso amigo? —Toni se encogió de hombros sonriendo como si nunca hubiera roto un plato. Víctor le miró intrigado, pero estaba convencido de que maquinaba algo.

—¿Queréis que acabemos la noche con unos *gin-tonic*?

Miré el reloj que llevaba en la muñeca.

—Uish, no. Es tardísimo y mañana hay que ir a trabajar.

—Bueno, pues ya lo sabes. —Víctor me miró intensamente a modo de advertencia.

—Señor. Sí, señor. —Me cuadré de manera militar.

—Mira que te sale bien —se burló Toni.

—De casta le viene al galgo —dije, y me despedí con destino a casa.

Esta vez, cansada y con pocas ganas de investigar qué era lo que sucedía un jueves noche en el metro, llegué a mi casa en un taxi. No había puesto ni un pie fuera de mi carruaje salvador nocturno cuando vi que Abdul salía de la tienda corriendo como un loco hacia mí.

—*Señora* Ángela, *señora*.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirándolo desconcertada y cansada.

—*Señor* Pedro Luis llamar a tienda porque no localizarla a estas horas de la noche. Estar preocupado y yo decirle que no estaba en casa, he llamado y todo a portero.

—¿Te ha dicho algo? —Metí la mano corriendo dentro del bolso para coger el móvil y ver qué era lo que había sucedido.

—Sí, estar un mucho preocupado por no hablar con usted. Pero decir que mandar mensaje y que yo encargar de que cuando llegar a casa usted no pasar nada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, *siñora*.

—¿Se puede saber qué te ha dado mi «marido» para que te preocupes tanto?

—*Mi* ha prometido buen trabajo en Dubái para mi hijo, es ingeniero como él.

Sonreí ladinamente. Sabía que Pedro Luis pocas veces cumplía sus promesas, fueran del tipo que fueran.

—Pues si te vuelve a llamar, le dices que estaba de cena con unos amigos. Buenas noches. —Y me giré sin dar tiempo a réplica mirando las dos llamadas perdidas y los tres WhatsApps que tenía.

Al entrar en el portal, la puerta del ascensor se abrió de par en par dejando salir de ella a la madre del bebé que aquella mañana había tenido entre mis brazos con el pequeño montado en un carrito y dormido como un bendito. Sólo nos sonreímos al intercambiar posiciones. Sí. Sí que era guapísima, pero viendo el tipo de mujeres que entraban en la casa de enfrente, entendía a la perfección que se hubiera largado con el niño y le dejara solo. ¡Menudo crápula!

Como ya no me corría prisa de ningún tipo responder a mi novio, preferí prepararme para irme a la cama y ya, desde allí, ver qué era lo que quería.

Después de borrar las dos llamadas, los mensajes, que eran de lo más insulso preguntando si todo iba bien, si yo estaba bien y explicando que sentía no haber podido llamar antes y claro, el «te quiero» de rigor, ya ni me preocupó.

No intenté volver a llamarle, ¿para qué? Si estaba segura de que su teléfono estaría desconectado. Un simple «todo bien», sumado a un «estaba de cena» lo arreglarían. Si él no se preocupaba... ¡A tomar viento fresco! Dejé el móvil al lado de la mesilla y apagué la luz.

## CAPÍTULO 8

Pedro Luis no era capaz de abrir los ojos. El maldito desierto le estaba afectando más de lo que pudiera imaginar, el sol era abrasador mirara a donde mirara y tapara las ventanas de todas las formas posibles. Para colmo de males, tenía un horroroso martilleo en la cabeza por culpa de las copas que había tomado con su anfitrión en la discoteca esa del infierno.

Recordó que en medio de aquella ensordecedora música y al tercer mojito quiso llamar a Ángela. Tenía el vago recuerdo de haber hablado con ella. No, había hablado de ella al dueño de la tienda de comestibles paquistaní de debajo de su casa porque ella no había contestado a su móvil y luego supo que tampoco se encontraba en casa. ¿Dónde estaría?

Alargó la mano a la mesilla para mirar la hora, sólo eran las ocho de la mañana y tenía un mensaje. Era Ángela diciéndole que estaba en casa y que había ido de cena. ¿De cena con quién? ¿Dónde? ¡Pero si no conocía a nadie! Tendría que incentivar un poco más al dueño de la tienda para que le averiguara algo de lo que hacía Ángela en su ausencia.

Algo se movió a su lado asustándole y giró rápidamente su cara en esa dirección. Una rubia despampanante desnuda se estiraba a su lado intentando acurrucarse más a él.

Dio un bote en la cama para después levantarse la sábana viéndose completamente desnudo. Saltó de golpe poniéndose de pie y pisó algo pringoso en el suelo... ¡Joder! ¿Cuatro preservativos? Poco a poco recordó alguna de las imágenes de la noche anterior y su mente se iba aclarando.

Mientras estaban esperando en el reservado a que les sirvieran la primera de las copas de champán que su acompañante había pedido, dos chicas desde la barra no dejaban de mirarles: una morena con facciones asiáticas y una rubia de clara ascendencia eslava; él intentó no hacerles mucho caso, porque no dejaba de pensar en Ángela.

Sí, no es que pensara mucho en ella cuando estaba trabajando o haciendo otras cosas, pero sola en Barcelona y sin él, sintió que el remordimiento le carcomía la conciencia a más no poder. Aunque tampoco le duró mucho, ya que en el momento en que Bâhir le dijo que él se quedaba con la asiática, la

otra se echó encima de él.

Siempre había sido un hombre educado y más cuando una mujer estaba a su lado. Buen conversador, caballero y simpático, pero dos botellas de champán y unas copas después, la rubia y él subieron a su habitación...

Se agachó para recoger los desperdicios que estaban en el suelo y se marchó al cuarto de baño para asearse un poco. Mirándose al espejo pudo observar las ojeras causadas por el alcohol y una intensa noche amatoria. Volvió a sentir una punzada de culpabilidad, le sabía mal pensar en Ángela sola, pero, por otro lado, sentía que había ganado libertad. Una libertad que a su lado había perdido hacía tiempo. Puede que decidido entre los dos, puede que ejercido sin hablar, puede que llevados por las circunstancias, pero se habían convertido en la pareja perfecta que todos esperaban.

Sintió unas manos que se aferraban a su cintura. La rubia apretó su cuerpo contra él, le tocó un poco para alegrarle y se marchó en dirección a la ducha invitándole a que le «frotara» la espalda.

Pedro Luis volvió a mirarse al espejo y la sonrisa le acompañó sin dudarle. Lo que pasa en Dubái, se queda en Dubái, pensó al poner el cuerpo bajo el chorro de agua casi fría y respirar profundamente.

## CAPÍTULO 9

¡Premio! Habían sido horas mirando las webs más estrambóticas del mundo mundial para poder ir a la moda. Estaba claro que si había de ir a uno de los festivales más *moderniquis* del momento, el Sónar, tenía que hacerlo de la manera más adecuada.

Vale, que sé que soy bastante obsesiva y que con cualquier cosa paso horas y horas dando vueltas a lo que sea, por tonto que parezca. Pero estaba claro que no podía ir con falda clásica, con tacones y que lo de las perlas quedaba para las bodas de oro de mis padres.

Y como bien he dicho anteriormente, esa pequeña manía mía por obsesionarme con cualquier cosa. No dejaba de devanarme los sesos y de pensar en la frase de Víctor: «Nena, que con la ropa que llevas te pareces a la Cospe». Pero lo que él no entendía, e intenté explicarle, era que ir bien vestido no costaba nada.

Pero en qué momento. ¡En qué momento! La mirada que me echó fue de las que descongelaban el polo: «Tú sabrás, mañana por la mañana pasamos a buscarte para ir al Sónar, pero como no vayas vestida de otra manera, ¡NO VIENES!».

¡Dictador!, pensé para mis adentros en ese momento, pero creí que lo mejor sería salir corriendo a casa y pasar las horas mirando en internet e informándome antes de enfrentarme al criterio de un *fashionista* consumado.

—Busquemos el kit del *moderniqui*, el kit del festivalero, el kit de lo que coño sea para poder estar metida dentro de la manada —me dije.

«Cómo ser un moderno y no morir en el intento».

—Eureka. —Asumo que mi grito fue parecido al de un científico loco, pero lo vi claro.

Salí corriendo de casa para adentrarme en algunas tiendas y pertrecharme con todo lo necesario para ponerme a tono con el mundo de la música electrónica con todos los complementos. Y entre unas cosas y otras, la tarde se me echó encima. Que sí, que yo soy más de El Canto del Loco, pero que si hay que escuchar a Chimo Bayo, pues se escucha.

—Chimo Bayo seguía pinchando, ¿no? —me pregunté seriamente



abriendo la puerta del edificio con ese millón de bolsas que llevaba entre las manos.

Pensando en mis cosas y como un vendaval, entré en el portal. Tenía unas ganas horribles de ver todo lo que había comprado en las tiendas. Y como siempre voy a lo mío, ni me di cuenta de que al mismo tiempo alguien abría la puerta del ascensor con tan mala fortuna que se estrelló contra mi frente. Yo no sé si la bomba de Hiroshima cayó a mi lado, pero sonó tal estruendo que entre el golpe y el susto me caí a un lado, solté un grito horrible de dolor y, entre el mareo y la mala leche, me dio tiempo a vislumbrar casi una sombra humana hecha torbellino que salía corriendo con un móvil en la oreja a su puta bola.

Al final, me desplomé contra la pared llevándome las manos a la cabeza. Dolía mucho, tanto que no podía ni hablar, y me dejé caer en el suelo sujetando la frente.

—¡Qué hostia! —exclamé algo mareada—. ¡Me cago en la madre que parió al...!

Allí, sentada de culo en el suelo, rezaba para que no hubiera sangre.

—Nena, ¿qué haces en el suelo? —preguntó la señora Monserrat, que acababa de entrar.

—Me han dado un golpe con la puerta del ascensor.

—*Mare de Deu*. —Se acercó con dificultad—. *A veura*, deja que mire...

—¡Qué! ¿qué? —La cara que puso me asustó.

—Te va a salir un Papa en la frente —sentenció, y revolvió entre las bolsas de la compra que llevaba.

—¿Un Papa? —Me extrañé, intentando ponerme de pie lentamente.

—Sí, nena. Eso ya pasó de cardenal a Papa. —Me dejó una bolsa de ensaladilla rusa congelada para que la pusiera en el chichón. La cogí no sin mirarla extrañada.

—¿No suele ser la típica bolsa de guisantes? —La acerqué a la frente.

—Si te gustan los guisantes, sí. Es que a mí me dan una *angúnia* que me muero, y como mañana viene mi hijo a comer, pues ensaladilla rusa fresquita. —Tomó mi mano—. Vamos, nena, sube al ascensor y vete a casa. Ponte algo de hielo y mañana subo a verte. —Quitó de mis manos la bolsa de ensaladilla rusa y comenzó a subir las escaleras.

Aquella mujer era una bomba de relojería, casi ochenta años y no subía nunca en el ascensor. Ya me había dicho que era una máquina del demonio y que seguramente un día de estos tendrían una desgracia. No le faltaba razón,

pues yo ya había sufrido en mis carnes el luciferino intento de algún vecino con instintos asesinos.

Aún mareada, entré en mi casa rumbo al congelador para poner unos cuantos hielos en la bolsa que sin rodeos iría a parar a mi frente.

—¡Si pillo al imbécil del ascensor, juro que le daba una hostia de ida y vuelta! —dije en voz alta al apretar la bolsa de hielo en el chichón y hacerme daño—. ¡Joder! Con qué pintas voy yo a ir mañana...

Revenida como yo sola, dejé todas las bolsas encima de la mesa del salón.

—Pongo un circo y me crecen los enanos. Es que lo que me está pasando a mí no es ni medio normal. —Me tumbé en el sofá sujetando la bolsa—. Creo que esto me va a provocar, como poco, un cáncer de SIDA cerebral.

Por primera vez en mucho tiempo, me desperté con un horroroso dolor de cabeza y la culpa no tenía que ver con el alcohol. Me levanté con mucho miedo para ir al cuarto de baño. Bien, no me mareé. Pero ahora la cosa podría ir a peor, mirar mi reflejo. Miedo, esa era la palabra, mucho miedo por el aspecto con el que tendría que enfrentarme.

—¡La host...! —grité al verme reflejada en el espejo.

No es que tuviera un chichón normal en la cabeza, es que me había salido un cuerno. Era como un unicornio, era un puto unicornio... Un narval, ese cetáceo con cuerno, era horroroso. No podría salir de casa con eso. No, no lo haría. Decidido, llamaría a Toni y a Víctor para decirles que la noche anterior me había puesto mala, que tenía fiebre y que no podía salir.

Me acerqué un poco más al espejo intentando evaluar exactamente el nivel de horror. Y recordé la vez que por poco me corté la nariz «de raíz» con una ventanilla...

—Vamos, dejamos el coche aquí mismo —dijo mi madre.

—En serio, hace muchísimo calor hoy, paso de aparcar el coche fuera.

—Pues mételo en el parking —me instó a hacerlo mientras señalaba.

—Perfecto.

—Si no te hubieras empeñado en comprarte tú el coche, habrías tenido otro con aire acondicionado y la mar de fresquitas que iríamos —me dijo mi madre.

—Pues date con un canto en los dientes que te llevo a ver la última película de la tipa esta que te gusta.

—Qué desagradecida eres a veces —sentenció.

—Tenemos que comenzar como siempre o lo dejamos para después de la película.

—Suerte tienes de que tu padre esté en Kosovo y el pobre no se entere de nada.

—Oye, mamá, podrías preocuparte un poco más por tu marido, ¿no te parece?

—Y tú qué sabrás si me preocupo o no.

—Pues no lo parece, porque haces comentarios a la ligera, teniendo en cuenta que no sabemos ahora mismo dónde anda.

—Mira, vamos a dejarlo...

—Sí, mejor lo dejamos.

Ese día hacía una temperatura especialmente insultante en Valladolid. Lo que no esperábamos fue el horroroso calor que incluso era mayor en el aparcamiento subterráneo. Mi coche se llamaba Byers. Qué mono que era, le llamé así por ser el nombre de un personaje de *Expediente X*. Tenía unos añitos, bueno, un montón, y no tenía aire acondicionado ni cierre centralizado, tampoco ventanillas automáticas ni dirección asistida, pero sí alarma...

—Oye, no sé si habría sido mejor dejar el coche fuera bajo un árbol — comentó mi madre.

—Mamá... —amenacé, ya con la sangre caliente por el calor y la mala uva que iba acumulando.

—Nada, hija, nada.

Finalmente recuerdo que logré dejarlo en un hueco bien aparcado. Pero ya, tal era el cabreo, que al inclinarme hacia delante para coger con fuerza la manilla de la ventanilla, que siempre estaba dura como una barra de pan con tres días, sin saber cómo, calculé tan mal que con el impulso dejé la cabeza fuera y a la tercera vuelta de manilla... la base de mi nariz chocó irremediabilmente con el filo del cristal de la ventanilla. El dolor fue tan fuerte que me paralizó y lo único que lograba recordar era a mi madre partiéndose de la risa mientras me preguntaba cómo era posible lo que había hecho.

No sé cómo mi cerebro puede desconectarse de tal manera cuando estoy enfadada. Volví a verme reflejada.

—Creo que esto podemos solucionarlo sin problema. Me pongo uno de esos pañuelitos que he comprado y apañado. Además, he leído que para el Sónar se ponían pañuelos en la cabeza cual pirata del Caribe venido a menos.

Así que como eso ya lo tenía, hasta podía aprovechar un rato en casa y ponérmelo con un poco de hielo. Lo mismo en un par de horas bajaba...

Volví a mirármelo: «Normalmente no suelo rezar, pero si esto mejora, prometo hacerlo todos los días, Superman».

Me había informado hasta del tiempo. Ya sabía que en pleno junio el calor sería intenso, con una humedad importante, además teniendo en cuenta que había decidido ir al Sónar de día. Así que la vestimenta, según los estándares leídos en un par de webs, serían los estimados para dejar atrás los atuendos cospedalinos. ¡Prometía ser digna de una boda gitana! No me iba a faltar detalle.

Bajé a la calle convencidísima de lo monísima que iba. Vestido de flores moderno a morir, sandalias planas, pañuelo piratíl alrededor de la cabeza, pamelaza de paja, gafas gigantes, colgantes, pulseras, bañador debajo del vestido y una bolsa de lona para ponérmela en la espalda y llevar todo lo necesario.

¡Venga, va! ¿A quién quería convencer? Me sentía tan ridícula como si me encontraran mis amigos en un concierto de Camela. No era mi estilo, pero, a ver, si eso era lo que ponía en esa web de *moderniquis*, eso era lo que había que hacer para ir a la «moda». Que sí, hombre, intenté convencerme, que si lo llevabas con dignidad, era molón, chupi, chachi, debuten... ¡Madre! Que me estaba arrepintiendo por segundos mientras me acercaba a la parada del metro donde habíamos quedado.

—Ya está. «Ave, César, los que van a morir te saludan». No hay remedio, ya está todo hecho —repetí mentalmente al ver como Toni y Víctor aparecían subiendo por las escaleras vestidos de la manera más normal del mundo.

—¿Pero adónde vas, alma de cántaro? —escupió Víctor sin pudor.

—Pues no decías que no fuera vestida como la Cospedal, pues eso. Que he ido de compras para el evento.

—Ya. Te has dicho: «para no confundirme me voy a poner todo y fijo que con algo acierto».

—Ángela, creo que te has pasado un poquito —dijo sonriendo Toni.

—¿Y qué hago ahora? —lamenté.

—De momento, quítate el pamelón, que no nos vamos de boda. —Me lo quitó directamente él—. Ahora, todos esos abalorios fuera. —Me deshice de ellos poniéndolos dentro del sombrero.

—¿Algo más? —pregunté anonadada.

—Sí —dijo Toni—. ¡Por favor, fuera ese pañuelo! ¡Quememos el pañuelo!

—No, eso sí que no me lo quito. —Di unos pasos atrás separándome de ellos—. Eso sí que no me lo quito. Me queda muy bien —intenté justificar lo

injustificable.

—Ni de coña, eso va fuera. —Víctor, que era más alto que yo, alargó la mano y tiró del pañuelo.

En el momento en que la mano de Víctor levantó en el aire ese trozo de tela, Toni dio un grito escandalizado:

—¿Pero qué invento es esteeeeeeeeeee?

—¡La leche! ¡Pero qué huevo! —exclamó el otro—. ¿Qué persona humana puede sobrevivir con eso?

—¡Dame el pañuelo! —Se lo arrebaté de la mano enfadada—. ¿Entiendes ahora por qué no quería quitármelo?

—Eres un desastre. ¿No te lo ha dicho nadie? —comentó Toni, acercándose a mí y cogiéndome la mano.

—Joder, que yo no he tenido nada que ver —les conté metiendo en la mochila los collares y el pañuelo—. La distancia entre la puerta del portal y la del ascensor de mi casa es mínima y ayer, cuando entré, la del ascensor se abrió de repente y un energúmeno salió corriendo golpeándome y largándose sin remordimiento. Así que, o me pongo el pañuelo o el sombrero, pero no quiero ser un unicornio en el Sónar este.

—Coge tu sombrero y pónelo, vamos a la playa caliente el sol... Chi ri bi ri bi po po pom pom. Chi ri bi ri bi po po pom pom.

Una vez pasados los controles de seguridad y con la pulserita de marras para que nadie saliera o entrara del recinto sin colarse puesta en la muñeca, fuimos directamente a aprovisionarnos de zumo de cebada para aligerar el calor de la mañana.

—En serio que no pensaba que iba a hacer tanto calor —dije, después de dar un largo trago a mi cerveza.

—Pues... —Miró Toni el reloj—... Espérate a las tres de la tarde. Querrás beberte el Polo Norte.

—¡Hola, chicos! —Un morenazo con barba de varios días se acercó a nosotros como si nos conociera de toda la vida—. Siento llegar tan tarde, ya os avisé que anoche tuve que salir corriendo de casa para solucionar un tema.

—¿Qué tal, Josep? —le saludó Víctor, mirándome de reojo.

¿Con que este era el famoso Josep del que Toni me había hablado? Me habían hecho la cama y sin mi consentimiento. Pero si aquel tío buenorro era el tal amigo, no le veía en ese momento mi tan pareja ideal, y mira que habían insistido. Pero si ni siquiera llevaba camisa, sino una camiseta negra con una inscripción que decía: «Keep Calm and Trust the Photographer».

Era del que me habían hablado durante horas e insistido para que lo conociera. Un chico guapo, comprometido, constante y preocupado por toda su gente.

Pero yo no quería hacerlo, yo tenía novio y estaba enamorada hasta las tran...

—Te presento a Josep. —Toni se me acercó sonriendo—. Josep, ella es Ángela.

Josep se acercó para darme un par de besos.

—Encantado.

—Un placer —le respondí todo lo torpemente que la pamea me dejaba.

—Me han hablado mucho de ti —dijo, sonriendo. Tenía una dentadura perfectamente perfecta, blanca, colocadita...

—Ah. —Despierta y deja de mirarle como si fuera una hamburguesa doble en una mañana de resaca, me dije—. Espero que bien. —Lo solucioné bebiendo lo poco que quedaba de mi primera cerveza de golpe.

—Bueno. —Josep mismo rompió el hielo—. ¿Vamos a ver quién pincha?

—Vamos a ese lado —señaló Toni, repartiendo otra ronda de cervezas.

Caminábamos todos hacia la misma dirección, así que delicadamente me acerqué hacia Toni y le separé del grupo.

—¿Esto qué se supone que es?

—Se llaman conciertos, aunque suene música *techno*. —Sonrió vacilando.

—Te estoy hablando en serio.

—Ángela, no me dirás que no está bueno. Y verás si le da por quitarse la camiseta, vas a morir.

—No, los que vais a morir sois vosotros. ¡Que tengo novio, coño!

—Es verdad —admitió, con una risita sardónica—, ese novio que se ve menos que al cometa Halley. Ese novio que ni te llama por teléfono. Ese novio del que casi no sabes nada desde hace dos semanas.

—Estará muy ocupado —intenté justificar nerviosamente.

—Seamos sinceros, Ángela. —Paró un momento y me cogió de los hombros—. No sé qué rollo raro te traes con tu famoso «novio», pero no es necesario que nos mientas. Que si no lo tienes, no pasa nada...

—Te juro que tengo novio desde hace cinco años.

—Pues entonces abre los ojos, disfruta, despierta. Si te quisiera como dices que lo hace, no estaría haciendo lo que te está haciendo. Te ha dejado TI-RADA.

—¡Eh! —Oímos a lo lejos. Eran Víctor y Josep moviendo las manos para

llamar nuestra atención.

—¡Ya vamos! —les alertó Toni—. A ver, Ángela, despierta, niña. Estamos divirtiéndonos, nada más. No tienes que hacer nada que no quieras. No debes hacer nada que tu cuerpo no te pida. Pero por lo menos, ¡disfruta! —Levantó su cerveza en señal de brindis y yo, respondiendo con una tímida sonrisa, hice lo mismo...

Los decibelios, al igual que los grados alcohólicos en mi cuerpo, iban subiendo cada vez más. Llevaba varias horas moviéndome de un lado para otro, la música no nos había dado ni un minuto de descanso. Y lo cierto era que, aunque no lo estaba pasando mal, me encontraba rodeada de demasiada gente. Para mi gusto, con unas cien o doscientas personas menos estaría más cómoda.

Pero si bien no estaba en una de mis zonas de confort, pocas son las que tengo por aquí, esto era realmente como un circo. Miraba a mi alrededor y siempre encontraba un espécimen digno de estudio, como por ejemplo el tipo «vestido» con un bañador de los años veinte con gafas redondas que se movía continuamente. En realidad, creo que bailaba con una chica que estaba «disfrazada» de novia cadáver. La «novia» llevaba un traje completamente negro, y lo único que se me pasaba por la cabeza en ese momento era: calor. En otro lado, había un grupo de gente que iba directamente en bañador o bikini y que saltaban al ritmo de un tío hipermotivado que manejaba lo que parecían unos mandos de cohete espacial. Tampoco era tan extraño, pues hasta su indumentaria tenía ese argumento: camiseta con un módulo espacial de la NASA impreso pero sin mangas, pantalones cortos, zapatillas de color plateado, gafas de sol de mil colores y los cascos para escuchar música de un amarillo chillón con topes rosas. Todo esto era demasiado raro para mí, demasiado.

Me sentía más estresada que un camaleón en el Desigual, así que me decidí a descargar la vejiga antes de explotar.

—Chicos. —Miré a los tres, que bailaban al igual que todos los demás—. Necesito ir al servicio.

—Tranquila, no nos vamos a mover de aquí —dijo Víctor—. A la vuelta trae más cervezas.

Todos asintieron menos Josep, que comentó:

—Si quieres te acompaño, para que a la vuelta puedas con las cervezas.

—Muchas gracias, puedo sola —respondí algo seca.

—Vale, si cambias de opinión, ya sabes —replicó.

Me dirigí casi corriendo a uno de los miles de sanitarios portátiles que estaban en el recinto. Y si por un momento pensé que eso sería llegar y «poner el huevo», estaba totalmente equivocada. La cola era más larga que la de un concierto de David Bisbal. Encima el suelo estaba maravillosamente mojado y se hacían bajo los pies unos gurruchos de barro asquerosos, cosa que no entendía, pues el suelo era de hormigón. Así que mi mente comenzó a jugarme malas pasadas imaginando que ese barro era fruto de los parroquianos a los que, estando estáticos en la cola para mear, su cuerpo les había traicionado.

Me sentí mareada, siempre había sido un poco *tróspida* para estas cosas. Quizás demasiado escrupulosa.

Miré un poco más adelante y, para mi tranquilidad, descubrí que aquel barro se formaba por el agua que caía de unas duchas portátiles que se habían puesto de forma aleatoria para refrescar a los acalorados. Respiré, no mucho, pues la verdad era que esos sanitarios siempre olían mal.

No tuve que esperar demasiado, en contra de todo pronóstico, para entrar en uno de ellos. Al abrir la puerta me encontré con que no había papel higiénico, así que saqué mis clínex pensando en lo que había leído en la web. ¡Qué listos los de los manuales de los fiesteros!, pensé. Lo decía bien clarito: no olvides pañuelos de papel.

No me había dado cuenta de la necesidad que tenía hasta el momento en el que terminé de hacer pis. Me coloqué un poco la ropa y justo en el momento en que pulsaba con el pie el botón ese que estaba en el suelo para limpiar el sanitario, comenzó a tambalearse. Fuera sólo se escuchaban gritos ensordecedores y unos golpes que cada vez eran más fuertes. Con ellos, el agua de color azulado que limpiaba esos baños comenzó a salpicar por todas partes. Empecé a ponerme muy nerviosa, con un ataque de pánico que no me dejaba gritar, sólo podía extender los brazos a cada lado de la pared y sujetarme. Iba a morir, morir por mierda. ¡Ay, Dios! Y sólo oía: «¡UE! ¡UE! ¡UE! ¡UE!» y esto cada vez se movía más. ¡Qué asco! Me estaba llenando de esa cosa azul mezclada con *quécoñosabíanadie* que salpicaba por todas partes. Cerré los ojos y la boca, ni gritar quería con tal de no tragar mierda. ¡Era mierda!

¡Puto Murphy! Si algo podía pasar, su puñetera madre haría que pasase.

Sentí cómo todo el sanitario se venía abajo. El líquido ese asqueroso estaba por todas partes y se me estaba pegando al cuerpo y a la ropa; además, la mierda se extendía por las paredes. Caí al suelo rebozada por toda esa mezcla



asquerosa mientras la puerta se abría de par en par haciendo que saliera disparada cual croqueta rebozada en pan rallado. ¡Joder!, mi cara acababa de plantarse en el barro recibiendo todo el golpe en el chichón.

No pude decir ni mu. Estaba en *shock*.

Oí ruido a mi alrededor, noté cómo la gente se arremolinaba a mi lado. Una persona se aproximó a mí.

—¿Estás bien? —preguntó una chica en bikini con melena castaña.

Apoyé las manos en el suelo para tomar impulso y levantarme con dificultad, poniéndome como pude de rodillas.

—¿Crees que tengo pinta de estar bien? —contesté lentamente.

—Pues la verdad es que no —dijo la chica un poco asustada viendo el aspecto que tenía.

—¿Pasa algo, Lucía? —preguntó un morenazo de ojos verdes que se aproximó.

—Nada, Rodrigo, estoy intentando ayudar a esta chica.

—¿Podrías indicarme qué cojones ha pasado? —La chica desvió la atención del tío bueno que estaba a su lado y señaló a tres tíos que estaban siendo escoltados por los *mossos* fuera del recinto.

—Temo que iban un poco cargaditos de mierda y les ha debido de dar un subidón. —Me tendió la mano para ayudarme a levantar del todo—. Ven, conozco a los de las duchas, fijo que me dejan que te cueles.

—Cargada de mierda estoy yo. ¡Me cago en su puta madre! —Me puse en pie intentando recomponer un poco el lamentable estado en el que me encontraba.

—Bueno, ya está todo arreglado. Pasas ahora, el chaval ese —señaló a un chico con una cresta, bañador y pajarita rosa que a su vez le echó un guiño— te avisa.

—Gracias —dije, despidiéndome y viendo como se largaba a bailar con el chico con el que estaba.

Fui cagándome en todo lo posible en dirección a las duchas, allí dejé colgada mi minimochila en una percha. Debajo del agua y sin ni siquiera pensar en quitarme la ropa, intenté asearme lo mejor que pude y librarme de aquel barro que encontraba por todos y cada uno de los más insospechados rincones de mi cuerpo. Jabón no había, así que recé para que, con la fuerza con la que estaba frotando el pelo, la cara, los brazos y las piernas, el hedor de lo que mierda saliera del sanitario se disimulara un poco.

Regresé a donde estaba el grupo intentando caminar con toda la dignidad

que la ropa, las sandalias y el pelo mojado me dejaban. Mi aspecto y mi olor eran verdaderamente lamentables. Y como necesitaba beber algo, hice una parada antes de encontrarlos, me tomé una cerveza y llevé otras cuatro.

—Pero ¿de dónde vienes? —preguntó escandalizado Toni, quitándose las cervezas de las manos—. Tardas un rato más y nos convertimos en el Equipo A para rescatarte.

Víctor, que iba muy motivado, gritó mientras se acercaba:

—Y como siempre, me pareció guapísimo, yo quería ser Phoenix.

—Ya en serio —dijo Josep, acercándose demasiado a mí—. Hueles raro.

—¿Raro? —Levanté una ceja—. ¿Que huelo raro?

—¡Hostias! —Toni comenzó a separarse lentamente—. Aquí va a haber sangre.

—¿Qué dices? —le dijo Víctor por lo bajo—. La verdad es que ha venido mojada de arriba abajo y con churretones raros de color azul por las piernas.

—Espera y verás...

—Sí, hay que reconocer que hueles de una manera especial —continuó a lo suyo Josep, dando un largo trago a su cerveza.

—¿Que huelo raro? —Asentí lentamente tragando un sorbo de mi cerveza con parsimonia mientras intentaba calmar, sin éxito, a la bestia—. Ya. Que venga completamente mojada es lo más normal del mundo, que haya tardado cerca de treinta minutos en ir al baño y traer unas cervezas tampoco importa. A ti sólo te importa que huelo raro.

—Estoy a punto de ir a por palomitas —dijo Víctor.

—No te vayas o te lo perderás, no es la primera vez que le da un tabardillo —contestó Toni sin perder ojo.

—A ver, no sé, es que de repente vuelves y...

—¿Y qué? —Tragué lo poco que quedaba de la cerveza y lancé enfadada el vaso de plástico al suelo—. No os interesa saber que unos gilipollas han decidido que, cuando yo estaba en el sanitario, era el momento perfecto para usarlo de coctelera. Que si un movimiento a la derecha, que si otro a la izquierda, que si me da por moverlo rápido... Claro, no importa que yo estuviera dentro, que no parara de salir mierda de allí y el puto líquido ese azul. No, sólo importa que huelo raro.

—Yo...

—Tú nada —le encaré—. Estoy harta de que nadie se preocupe de mí, estoy hasta las mismísimas pelotas de estar en esta ciudad de mierda en la que la gente no piensa más que en sí misma. No me gusta, la odio. Odio lo

que significa, odio todo lo que me está sucediendo desde que estoy aquí. A tomar por culo todos...

—¿Siempre es así? —susurró Víctor a Toni.

—Sólo cuando bebe, sino, ya sabes, es muy tímida.

—Joder, es como un gremlin, eso se avisa y le traigo Aquarius.

—¡Y vosotros qué! ¡Dejad de susurrar! Que si no puedo ir vestida así, que si no puedo ir vestida así. Que si soy muy conservadora, que si soy una mentirosa. ¡Harta estoy! ¡Cansada de toda esta mierda!

Toni y Víctor no se atrevían a abrir la boca, sobre todo Víctor, pero por consejo de su chico, no porque no le quisiera decir un par de frescas a esta Cospedal de palo.

Vi como Josep, al que no conocía de nada, se acercaba tímidamente y ponía sus manos en mis hombros con cuidado, casi tentando su suerte. No fui capaz de hablar, fue como si me hubiera quedado sin batería, me dejé hacer hasta sentirme completamente rodeada por el abrazo sincero de aquel hombre. Y sin saber por qué, se anudó una maraña en mi pecho que hizo que comenzara a llorar desconsoladamente a la vez que alargaba mis brazos rodeándole por la cintura y abrazándole.

—Si esta chica lo que necesita es amor —dijo Toni.

—Tengo la sensación de estar viendo un capítulo de *Friends* —sentenció Víctor, tomando de la mano a Toni y separándose de nosotros.

A pesar de la «“pechá” a llorar» que me estaba echando entre los brazos de Josep, mis sentidos no estaban tan abotargados como para no darme cuenta del pedazo de pecho que tenía ese hombre y de la musculatura de sus brazos. ¡Qué sensación! Hacía años que no sentía unos, vamos, unos tan duros como los de este tío.

Josep se separó de mí para agarrar mi cara. Cerré los ojos a su contacto y sentí como con sus pulgares limpiaba las lágrimas que aún caían por mis ojos; al abrirlos, nos miramos por primera vez con intensidad.

—Vente conmigo —dijo Josep con voz profunda, haciendo que algo vibrara dentro de mi estómago.

—No, gracias. Creo que voy demasiado cargada como para seguir con la fiesta.

—Anda, vente conmigo, te llevaré a un sitio que te hará enamorarte de Barcelona. Sólo será eso, te lo prometo.

—Vuelvo a ser maleducada, no creo que me enamore de esta ciudad nunca. —Acabé separándome de él como si de repente me hubiera enterado

de que tocaba al mismo demonio. Me abracé en un intento de protección.

—Nunca digas nunca jamás, porque lo que te pasa a ti es que estás muy anclada.

—¿Anclada? —¿Y este tío que sabrá?, me pregunté, levantando lo mejor que sabía la ceja izquierda mientras cambiaba mi postura y me echaba mi melena empapada detrás de la oreja, pudiendo así ver como Josep hacía el amago de tocarme exactamente de la misma manera que yo hacía en ese momento. Quería tocarme el pelo.

—Sí, siento que estás tensa. Que intentas estar cómoda con lo que te rodea, pero tengo la sensación de que todo te sobrepasa un poco.

Volví a tensarme, no me gusta nada la gente que cree que me conoce, aunque tenga la razón. De golpe intenté que las cervezas que llevaba bebidas a lo largo del festival bajaran inmediatamente. Y es que, al parecer, después de la llantina, que a cualquiera le hubiera dejado hecho polvo, a mí me hizo reponer fuerzas hasta sentirme más osada que de costumbre. O eso o que aún la bebida seguía en la sangre. Pero lo que no dudaba era que todavía estaba enfadada y con ganas de provocar.

—¿Y por qué crees que no estoy cómoda?

Se encaró a mí echando su cuerpo un poco hacia delante, acaparando mi espacio.

—A ver —dijo él desenfadadamente—. Sé que intentas integrarte con esto, pero te delatas. A pesar de que no dices que no a nada, me he estado fijando durante todo el día y no te he visto ni un momento tranquila. Has estado alerta a todo lo que sucede a tu alrededor, poniendo los ojos en todas partes, y lo peor de todo es que no has dejado de mirar tu teléfono móvil.

—Es que estoy esperando una llamada importante —intenté vanamente justificarme, pues ni siquiera me había dado cuenta de que lo había mirado. Era horroroso, ahora mirar el móvil se había convertido en un tic inconsciente que me hacía pensar que si en más de tres días no había tenido noticias de Pedro Luis, era probable que hoy tampoco las tuviera. Y me provocaba un enfado terrible, me hacía sentir decepcionada y abandonada.

—Si fuera tan importante, ya habrías llamado tú. —Se me acercó sigilosamente, contrarrestando mi posición—. Ven conmigo, quiero que veas una de las vistas más bonitas de toda Barcelona.

—No —balbuceé con poca convicción, echándome para atrás, me comía con su presencia.

Josep se acercó definitivamente a mí y clavó sus ojos en los míos.

—Prometo que será una de las experiencias más bonitas que habrás tenido en tu vida. —Posó una mano peligrosamente en mi cintura atrayéndome hacia él. Me enfrentó cara a cara.

Caray, me sentí acorralada, que no indefensa, sabía lo que podía hacer, conocía lo que debía hacer, pero algo dentro de mí hizo que se me cerrara el estómago. Estaba claro que no estaba lo suficientemente serena para desenredar el tsunami de emociones que en ese momento se manejaban en mi cerebro.

Siempre me pasaba lo mismo, el enfado me podía, pero la mirada de Josep... Confieso que nunca antes me había sentido así, nunca antes la mirada de un hombre había hecho que mariposas recorrieran mi cuerpo de esta manera tan bestial. Era terriblemente atractivo. Era terroríficamente atrayente... Estaba provocándome y casi sin entenderlo me sentía retada. Por primera vez en mi vida era completamente consciente de mi poder como mujer. Tenía entre las manos la posibilidad de vivir una aventura, una que seguro me haría pasar una jornada de ensueño. Es cierto que había encajado a la perfección con Josep, «el amigo». Y ahora estaba en mis manos entregarme por una vez en la vida a la locura. Una que, probablemente y mirando el vacío del móvil, podría hacerme pasar uno de los momentos más divertidos de mi vida con una persona que, sin conocerme, se preocupaba por mí. Y esto no era nada malo, ¿no? Malo sería si estuviera teniendo pensamientos obscenos con él... Aunque la mano que yo tenía apoyada en su cintura no me estaba ayudando en nada a decidir de manera imparcial... Quería tocarle por entero.

—Te lo estás pensando demasiado, Ángela. —Me atrajo hacia él y supe que lo había hecho sólo por sentirme.

—Acepto, llévame allí donde dices que Barcelona es tan bonita. Necesito enamorarme de ella.

Vi como los ojos de Josep se iluminaron.

—Haré que te enamores de algo más que de ella —susurró, separando su mano de la cintura y extendiéndola a su vez para que la tomara libremente.

Estaba más que pasada, pero estaba decidida a vivir una historia real. Algo que me hiciera sentir mujer y que no necesariamente debía incluir el sexo. Sentía que tenía entre mis manos la posibilidad de escribir un capítulo nuevo, uno que quedaría impreso en mi memoria y para, en algún momento de mi vejez, poder contárselo a mis nietos en un arrebató de sinceridad. La historia de un hombre que me quiso conquistar y que lo hizo de una manera bonita,

hermosa, con una caballerosidad digna de película (o eso es lo que me estaba imaginando).

Josep aún tenía la mano extendida y advertí que había girado la cara para echar una mirada a Toni y a Víctor, dándoles a entender que nos íbamos juntos, que no se preocuparan por mí.

En ese momento volvió a mover la mano para que la tomara. Le miré directamente a los ojos e hizo un movimiento de hombros que me dejó claro aquello de «lo que ves es lo que tienes». Tómallo, atrévete, este soy yo... Estaba tan guapo y yo tenía tanto miedo de saber que iba a cometer una locura.

—¡Nena! —En mi nube elucubrada sentí una mano en el hombro, mientras una voz susurraba en mi oído, era Víctor—: No es que sea mi amigo, pero te lo mereces después de tanto tiempo sola. Aunque sea un meneíto.

Se echó a reír con toda la razón del mundo mientras me daba la vuelta y hacía el amago de darle un golpe en el hombro. Gesto que quedó medio en el aire, pues Josep tenía todavía la mano extendida esperando a que se la tomara.

—Me voy —dije finalmente a Víctor, agarrando la mano de Josep—. Mañana os envío un WhatsApp o lo que sea.

—Me alegro. Te lo mereces —sentenció, dándome un beso en la mejilla.

—No te confundas —dije, intentando autoconvencerme.

—Da igual, seguro que es lo que necesitas. Un momento sólo para ti, un capítulo nuevo en tu serie —finalizó mientras se iba camino a tomar de la mano a Toni, que le esperaba para darle un beso en el cuello, girar la cara y mirarme guiñándome un ojo.

—Me alegro de que quieras venir —dijo Josep, y se acercó tan peligrosamente que me asusté, aunque fue para nada, ya que se limitó a posar sus labios en la mejilla mientras su aroma se metía en mis fosas nasales.

Iba de la mano camino a algún lugar donde Josep quisiera llevarme, me negaba a la evidencia, pero podría hacer conmigo lo que él quisiera. Estaba segura de que no pasaría nada, pero no quería que el enfado me hiciera elegir mal. Estaba dividida entre la razón y el corazón.

La primera, la razón, me decía, muy seria ella (me la imaginaba con bigote), que sólo quería pasar un buen rato, conocer a más gente para disfrutar del momento, una cosa que nunca había sentido la necesidad de hacer en mi controlado entorno. Pero tenía un miedo absoluto a que mi

alrededor se descontrolara de tal manera que no fuera capaz de volver a tomar las riendas.

Pero luego estaba el maldito corazón, que feliz se reía, el que me hacía volverme loca. El culpable de mi enfado por sentirme sola, desamparada y sin la persona que había dicho que estaría conmigo pasara lo que pasara. Aunque no era Pedro Luis el que en ese momento estaba cerca de mi cuerpo, de mi mente, de mi soledad. Era Josep, un chico simpático, atractivo, guapo, agradable, educado, que había soportado mis impertinencias más desagradables durante casi siete horas en un festival de música electrónica. Él era el que quería conocer a aquella pelirroja impertinente de Valladolid a pesar de su lengua vivaz después de unas cervezas y de unos llantos desconsolados. Seguía ahí, empeñado en enseñarme que la ciudad en la que él había nacido era digna de amar.

Estaba asustada porque dentro de mí nacía un sentimiento que pensaba tenía absolutamente controlado. Yo *estaba* enamorada, estaba... ¿En serio? ¿Estaba? ¿No sería más real decir *estoy* enamorada?

Y mientras mi cabeza no hacía más que darle vueltas a la misma tontería, nos pusimos delante de una moto negra, grande, con unas ruedas inmensas y un manillar plateado resplandeciente del que colgaban enganchados dos cascos asegurados por unas cadenas.

—¿Esta moto es tuya? —balbuceé.

—Sí, ¿tienes miedo a las motos?

—Nunca he montado en ninguna y, además, estoy aún empapada.

—Eso lo solucionamos ahora mismo. —Se quitó la camiseta dejando su torso al aire, haciendo que algunas de las chicas que pululaban a su alrededor se giraran a mirarle una y dos veces.

—Y lo vamos a hacer... ¡Despelotándonos en la calle! —Prometo que me salió sin pensar, mientras hacía el amago de quitarme el vestido.

—Bueno. —Josep soltó una carcajada—. Más o menos. Pretendo que tú te quites el vestido y te pongas esta camiseta.

—¿Y tú qué te vas a poner? ¿Nada? —Recibí un guiño como contestación—. Es una locura.

—El mundo es de los locos —me contestó, ofreciéndome el casco—. Además, sólo será un momento, verás dónde vamos a poner tu vestido, en cuanto lleguemos estará seco.

Y eso fue lo que hice, ponerme su camiseta mientras mis ojos no querían apartarse de su torso. Oye, tenéis que entenderme, no es que no hubiera visto

macho en mi vida, pero uno así ¿y en persona? Que este estaba lleno de bultitos: seis en la tripa y bajo la cintura... A ver, que llevas la camiseta y el vestido puesto, ¡quítatelo, pánfila, que no te va a ver nadie nada, que llevas el bikini debajo!

A ver, uno, dos, tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todos lo veréis... Joder, que subida en esta moto y detrás de él lo estaba pasando muy mal. No es que me dé miedo montar, bueno, sí, mucho, pero estar cerca de ese cuerpo me estaba desatando las hormonas. Tanto que las manos se habían bajado de arriba abajo y se quedaron amarraditas a la cintura. ¡Aish, Dios! ¿Qué era lo que me estaba pasando? Este hombre no tenía abdominales, lo que tenía en el cuerpo era una tabla para lavar la ropa a mano. Pero qué de bultos. ¡Dios mío! Estaba claro que esto que tenía no debía ser legal. Si nos paraban por el camino, no sería porque no llevaba camiseta, sino porque se le estaba viendo demasiado cuerpo.

Intenta disfrutar del momento, Ángela, me dije, que estas cosas sólo pasan una vez en la vida. Así que apoyé todo mi cuerpo en la espalda de Josep y me dejé llevar por la brisa que recorría mis piernas. Qué más daba. Estaba subida en una moto grande, muy grande, con un tipo grande, muy grande, que la manejaba como si fuera una bicicleta para niños de dos años.

Estuvimos encima de la moto durante más o menos media hora, antes de parar en una zona alta de Barcelona. Subimos durante un rato por unas curvas y nos detuvimos en un pequeño terraplén que permitía aparcar coches. Josep dejó la moto, la apagó y bajó el caballete y descendió de la misma. Quitó el casco de su cabeza moviéndola un poco y colocándose el pelo. Ese gesto me pareció de lo más *sexy*, tanto que aún estaba sentada encima de la máquina con el casco y la camiseta por encima de la cintura mientras no dejaba de mirarle.

Vi como se acercaba muy despacio a mí después de dejar el casco apoyado en el manillar. Yo todavía seguía paralizada, no me movía, a pesar de ver que se estaba poniendo casi encima de mí. Alargó la mano como si quisiera amarrarme por la cintura, casi esperaba que lo hiciera, pero no me tocó. Su mano se dirigió a donde había dejado atado el vestido para que se secara con el aire y lo puso delante de mis ojos.

—No es como una secadora, pero creo que ya no está mojado —dijo con una sonrisa ladeada, ofreciéndomelo—. A ver, que si no te lo quieres poner, por mí va bien. Pero como poco, quítate el casco, ¿no?

—Ah, oh... —Me puse tan nerviosa que hice el amago de quitarme la



camiseta sin ni si quiera sacar el casco. No sabía ni lo que estaba haciendo, este tío me estaba alborotando el cuerpo entero. ¡Y qué cuerpo! Elle Macpherson, aparte que ha llegado Josep, el Cuerpo.

Pero no fue lo único con lo que me aturullé, pues tampoco recordaba que estaba casi desnuda debajo de la camiseta, llevaba sólo el bikini. Así que, idiota de mí, porque seguro que tenía cara de boba, estaba subida en la moto con la camiseta atorada en el cuello y casi desnuda delante de un desconocido. Seguro que tenía unas pintas de tonta a las tres que no eran ni medio normales.

De repente noté las manos de Josep en mis hombros.

—Espera, que te ayudo —dijo bajándome la camiseta de la mitad del casco para después agarrarme de la cintura y apearme de la moto. Tuve que respirar un par de veces para no pisar el suelo y caerme hecha un flan. Además, me dio la sensación de que lo hacía aposta, ya que, no contento con ello, me quitó el casco con una delicadeza, creo yo, innecesaria. O eso era lo que yo pensaba, por ponerle un pero a este hombre—. Ahora ya puedes ponerte el vestido, y no sé si prefiero que me devuelvas primero la camiseta o que te lo pongas.

Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa..., me repetía una y otra vez al sentir como me acaloraba, y mi cara, seguro, adquiriría un color rojo. Joder, ¡que casi estaba en pelotas delante de él!

El aún tenía mi vestido entre sus manos, se lo cogí y torpemente me lo subí por los pies, estaba tremendamente nerviosa. Y me estaba poniendo cada vez más sin saber qué hacer. Mi cuerpo estaba reaccionando de manera automática, no hacía ni puñetero caso al cerebro. Mientras este pensaba tan rápido que me costaba retener nada, el primero parecía que iba a cámara lenta.

Conseguí ya colocar el vestido en su sitio, así que me quité la camiseta y se la devolví a su dueño.

—Gracias por la camiseta.

—De nada, es lo mínimo que podía hacer. —Volvió a sonreír de lado.

—Bueno, no tenías por qué haber hecho absolutamente nada.

—Lo sé, pero me apetecía. —Tomó mi mano para caminar al mirador y colocándome a su lado preguntó—: ¿Qué te parece?

—La verdad es que es muy bonito.

Barcelona estaba a mis pies. Las calles se distinguían cuadriculadas, la Sagrada Familia a un lado, la torre Mapfre y el hotel Ars a otro, la torre

Agbar comenzaba a iluminarse y al fondo, el mar. Y el sol ya se estaba poniendo detrás de nosotros.

—¿No te enamora esta vista? —me preguntó Josep, apoyando sus dos manos en la barandilla.

—No puedo negar que es preciosa. —Me giré para mirar su perfil. Era tremendamente guapo.

—Ya te lo dije. —Caminó hasta el banco que estaba a sus espaldas mientras yo le seguía.

—Por cierto, no sé mucho de motos, pero esta es una Harley, ¿verdad? — señalé hacia ella.

—Sí. Es una joya de familia. —Esta vez su sonrisa fue triste—. Mi padre la ganó en una partida de cartas.

—¿Una partida de cartas?

—Digamos que a los veinte años era un buscavidas, un pendenciero y algo caradura. Se la ganó a un soldado americano de la sexta flota. Es una Softail Shovelhead del sesenta y seis, un primer modelo.

—¿A un americano?

—Durante aquella época, los barcos americanos comenzaron a arribar al puerto de Barcelona y traían dólares que venían muy bien para el régimen. Y mi padre por aquel entonces vivía en el Barrio Chino. —Tomó aire mientras cruzaba una pierna encima de la otra y me miraba—. Más que vivir, sobrevivía, y en una noche de cartas, alcohol y putas, se la levantó a un soldado americano.

—¿Y tu padre ahora...?

—Mi padre se largó poco después de dejar embarazada por segunda vez a mi madre. Dejó esta moto como regalo. Mi moto.

—Lo siento —me lamenté, sorprendida de lo rápido que se había abierto.

—No tienes por qué sentirlo, si se hubiera quedado con nosotros, estoy seguro que la habría vendido y no la tendría yo.

—Bueno, por lo menos se quedó tu madre...

—No te creas, mi madre murió cuando mi hermana mayor tenía dieciocho años. Todo muy raro. —Me quedé sin palabras, creo que se dio cuenta de que mi mirada era triste—. Pero no me mires así, hay cosas mucho peores en la vida.

—No sé qué puede ser peor... —me compadecí de él.

—Pues ¿qué te parece estar al lado de una mujer preciosa y no besarla? — Se giró para quedar frente a mí y, sin dar opción a réplica, lanzó sus manos

para sujetarme el rostro. De nuevo, me quedé de piedra. Mi piel se erizó. No me esperaba que el ataque fuera frontal, sin lanzar ni siquiera alguna bomba que me hiciera poner a cubierto. Y de repente sus labios se acercaron a los míos y me dejé hacer.

Nada más sentirle, mi mente se quedó en blanco. A decir verdad, no es que no lo esperara, más bien lo estaba deseando, pero notar las caricias de sus pulgares en mis mejillas me hizo entrar en el juego. Mi cuerpo entró en él reaccionando a sus labios, a su lengua pidiendo permiso.

Ya estaba el lío montado, no pude detenerme. Levanté mis brazos para rodearle el cuello, para amarrarle contra mí. Si quería batallar, le daría guerra sin tregua, moviéndome sin separarme para subirme a horcajadas. ¡Más madera, es la guerra! Me dije al sentir su lengua juguetona dentro de mi boca...

—Ángela...

—Perdón, no debí... —Lo sabía, me había emocionado tanto que había confundido un beso agradecido con uno pasional. Así que cuando me quise apartar de él, sus manos me agarraron de la cintura y no me dejó moverme.

—No, tranquila. ¿Por qué no nos vamos a otro lado? —Acercó su cara a la mía y con su lengua acarició mis labios haciendo que me estremeciera.

—Vamos... —¡El pensar se va a acabar! Me puse de pie a velocidad supersónica tirando de él.

Ya con el casco en la mano, justo antes de ponérmelo, él volvió a girarse hacia mí sujetándome con fuerza de la cintura y se lanzó a mis labios mientras su otra mano me sujetaba la cabeza. ¡Ay, Diosito, que me mareo!

—Sube —me instó.

Nunca un trayecto se me había hecho tan largo. Estaba tan agarrada al cuerpo de Josep que creo que hasta podría estar teniendo problemas de circulación. Por primera vez en mucho tiempo, era yo quien tomaba las riendas de mi vida. Y fuera buena o mala la que acababa de tomar, era mía. Lo mejor de todo era que me encantaba la sensación...

—Ya hemos llegado —dijo. Bajé de la moto y al quitarme el casco me di cuenta de que la había dejado aparcada frente a mi portal.

—¿Cómo sabías que yo vivía aquí? —le pregunté intrigada.

—Hombre, es que yo...

—Déjalo, no quiero saber nada. —No quería que me diera explicaciones. Al ser amigo de Toni, seguro que él se lo había dicho.

—Bueno, pero...

—Josep, no quiero que hablemos. —Abrí el portal mirándole intensamente.

—Este ascensor es perfecto para el amor. —Me sonrió al entrar en el estrecho cubículo, acercándose mucho y perdiendo una mano dentro de mi vestido.

—Mi vecina de abajo dice que algún día ocurrirá una desgracia.

—Desgracia ocurrirá si no llegamos al piso, ¡ya! —Me mordió en el cuello.

—Para. —Sonreí nerviosa, el cuello siempre había sido una de mis debilidades. Además, no era nada fácil tener a un pulpo encima cuando se intenta encontrar las llaves de casa en una mochila pulgosa profestivalera.

El ascensor llegó a mi planta y Josep me quiso llevar de la mano a la izquierda, pobre. Yo le tiré para indicarle que no era en esa dirección, sino a la derecha.

—Es por aquí —le indiqué.

—Yo quería... —Josep en ese momento abrió los ojos de par en par. Acababa de darse cuenta de que ella era su vecina, la pelirroja que lloraba por las noches, la que entró por primera vez con las maletas a patadas, la que se escondió de las tetas de Marga, la modelo recauchutada.

—Yo quiero que entres en casa y me hagas el amor.

Josep no le dio más vueltas, era guapísima, un encanto de mujer, y sin saber por qué sintió que entre ellos podría haber algo más que una simple noche. Se lanzó a por ella, se lanzó a sus labios y a su cuerpo.

Cerré la puerta de mi casa, dejé entrar a la locura más grande que había pasado en mi vida...

Mientras, la señora Monserrat, que veía la televisión, comenzó a oír sonidos que venían del piso de arriba.

—Al fin, *neneta*, al fin. —Sonrió divertida al pensar que la vecina de arriba ya llevaba demasiado tiempo sin estar acompañada.

Una chica joven, con esos ojos, no podía estar sola tanto tiempo. Se merecía estar con alguien que la cuidase, y ese novio que tenía, no podía ir por el mundo con esa mirada. Le recordaba demasiado a su difunto Manel, cariñoso, atento, inquisitivo y mujeriego. Esa niña se merecía algo mejor.

Ahora quedaba averiguar quién había sido el afortunado que estaba haciendo que sus llantos nocturnos se convirtieran en risas descaradas y suspiros pasionales.

## CAPÍTULO 10

¿Ya era de día?

No, un ratito más, sólo un ratito más, me dije. Cinco minutos y prometo levantarme. Haré la cama, limpiaré mi habitación, me haré un desayuno hipercalórico, después haré las cosas de casa. Lo prometo...

Me encantaba remolonear en la cama los domingos hasta que no tenía más remedio que levantarme por culpa del hambre. Pero no fue la gula mañanera, sino el delicioso olor que llegaba desde la cocina y que levantaría a un muer... ¡MI COCINA!

¡Algo se estaba quemando! Salté como un auténtico resorte para bajar las escaleras de dos en dos sin tan siquiera ponerme nada encima.

—Buenos días, princesa.

Me encontré con la sonrisa de Josep al escuchar mis pasos.

—¡Joder! —grité al verle en la cocina vestido únicamente con unos calzoncillos y poniendo en dos platos un desayuno de los de película, mientras que buscaba desesperada algo con lo que taparme.

—No te escondas de mí. —Míraleeeee, que venía a por mí como si yo fuera su desayuno—. Anoche no estabas tan timorata. —Y me atrapó contra su cuerpo estando yo desnuda.

—Ya, anoche... —balbuceé.

—Sí, anoche —dijo con voz profunda sellando mis labios con un beso que consiguió erizar hasta la pelusa de mis orejas—. Mira, es algo de lo que me di cuenta anoche. —Me acarició la piel al finalizar el beso—. Cuando te gusta algo, tu piel se eriza.

—¿Ah, sí? —Miré sus brazos—. No me había fijado nunca.

—Yo sí. —Se dio la vuelta para poner los platos en la mesa—. Y en los mejores momentos. —El muy cabrón me guiñó un ojo provocativamente.

—Me voy a vestir, pensé que se estaba quemando algo en la cocina.

—¿Pensabas eso? Creo entonces que mis dotes culinarias están perdiendo facultades. —Puso cara de perro desvalido.

—No recordaba que estuvieras aquí. —Si es que me pasa como a Mariló, que no tengo *filter*. Las cosas no pasan por montaje y ¡hala!, las suelto.

Alargué la mano y me puse una camiseta y un pantalón corto recién lavado que estaba por doblar.

—Creo que la conversación no está mejorando, ahora ni siquiera dejo huella en las mujeres. —Arrastró una silla ofreciéndomela para que me sentara—. ¿Té o café? Es que he visto una tetera y...

—Té con un poco de leche. —Este hombre era terroríficamente observador.

—Perfecto, lo tenía todo a punto «porsiaca».

Nos quedamos callados mientras me sentaba y él se movía por mi cocina como Pedro por su casa. Se manejaba muy suelto, como si supiera dónde estaba cada cosa o lo intuyera. Muy raro.

Terminó de poner todo lo que le vino bien encima de la mesa, sentándose frente a mí con su sonrisa eterna y ofreciéndome el té.

—Pues ya está, ya podemos desayunar tranquilos.

—Sí, tranquilos.

—Oye. —Levanté la mirada para cruzarla con él—. ¿Vas a hablarme con algo más que con monosílabos o repitiendo lo que yo diga?

—No.

—¿Ves?

—Lo siento. —Bajé la mirada al plato.

—Te incomodo, ¿verdad? —Negué, mintiendo como una bellaca—. ¿Entonces?

—No soy muy conversadora con gente que no conozco.

—¿En serio? —Josep comenzó a reír a carcajadas profundas e intensas—. Lo siento, lo siento —se disculpó—. Pero recuerdo un par de cosas anoche que no fueron muy de silencio y entre dos desconocidos.

—Iba algo bebida, el alcohol me desinhibe.

Josep dio un mordisco a la comida que tenía en su plato, dando un sorbo de café después.

—¿Eso quiere decir que no te acuerdas de nada? ¿Que te arrepientes de haber estado conmigo? ¿Que ha sido una locura de una noche? —Negué insistentemente, joder, si me había encantado—. Entonces, ¿me lo puedes explicar?

—Soy muy tímida. Pero cuando bebo, suelo soltarme un poco. —Es que no era capaz de mirarle a los ojos. Si me ponía a comer, lo mismo no me preguntaba más...

—Hum, hum —asintió, para que continuara hablando mientras él comía,

pero yo me negaba a abrir la boca—. Vamos, continúa, estoy deseando oír la respuesta a alguna de las preguntas que te he hecho.

—Sí. No. Sí —Hale, ya estaba, dicho. Y terminé de ponerme en la boca un trozo de pan.

—¿Esa va a ser tu respuesta? —Encogí los hombros a modo de respuesta—. Odio que no me miren cuando hablo. —Y noté cómo el tono de voz cambiaba, ahora sonaba seria, así que no me quedó más remedio que mirarle. Al hacerlo me hizo sentir como si fuera una niña pequeña recibiendo una regañina—. Arguméntame tus respuestas, por favor.

—Sí, me acuerdo de todo lo que pasó anoche. Y pasó porque yo también quise. No, no me arrepiento de haber pasado la noche contigo. Y sí, ha sido una locura. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—¿Crees que con una disculpa al estilo «real» me voy a olvidar?

—No lo sé, pero deberías. He cometido un error.

—Soy un error. —Se me enfrentó sin pudor, sabía que le estaba haciendo daño. Noté que se lo hacía.

—No, yo he cometido un error por acostarme contigo. —Y me levanté de la mesa para irme en dirección al salón—. Por eso te agradecería que te marcharas lo antes posible.

Josep me siguió.

—Es por él, ¿no es cierto?

—Sí, es porque tengo novio y no debí hacerlo.

—¿De verdad? ¿El tipo que hace más de una semana que ha desaparecido y no se pone en contacto contigo? Un tío que hace que dejes todo para acompañarle a conseguir su sueño y te abandona no merece nada tuyo.

—Veo que Toni te ha puesto al día. —Le veía recoger su ropa y ponérsela.

—No sólo me ha puesto al día, sino que te he oído desde el domingo pasado llorar casi todas las noches desesperada. —Se me acercó—. Nunca hubiera dejado a una mujer como tú sola, nunca. —Y me besó otra vez sujetando mi rostro con las dos manos para que no escapara.

Cerré los ojos al volver a sentirle de aquella manera. Quería continuar besándonos hasta la eternidad, pero de repente en mi cabeza algo gritó que me separara. Una luz, muy pequeña por culpa de sus labios en los míos, me decía que no era posible que, por muy dulce, bueno, atento y guapísimo que fuera, no podía saber tanto de mi vida. Le di un empujón para que nos separáramos.

—¿Y tú cómo coño sabes eso? ¿Quién cojones...? —grité de golpe.



—Soy el tipo que vive frente a ti, soy tu vecino de enfrente.

Me llevé instintivamente las manos a la boca, tapándomela.

Había tenido la mejor noche de mi vida con el crápula divorciado que tenía un bebé y llenaba cada noche su casa de guarras que entraban y salían a sus anchas. No, no lloraría delante de él. No quería darle pábulo a mi cerebro, no quería darme cuenta de la realidad. Joder, que me había acostado con él, que lo había disfrutado, que me había gustado... Que él me gustaba.

—Por eso sabías dónde vivía...

—Te llevaba a mi casa —me respondió asustado.

—Por eso te dirigiste a la izquierda al salir del ascensor...

—Sé que tienes novio, sé que esta es vuestra casa, pero me gustas. Me gustas mucho y quisiera...

—Vete —dije nerviosa—. Vete ahora mismo de mi casa. Fuera.

—Ángela. Yo...

—¡Lárgate! —Mi cuerpo comenzó a temblar incontroladamente, vi su mano con intención de acariciarme para intentar tranquilizarme—. No-me-toques. ¡Lárgate de mi casa! ¡Fuera! ¡Desaparece! —Le empujé en dirección a la puerta—. No quiero volver a verte. No quiero volver a cruzarme contigo.

—Ángela, lo siento, debí...

—¡No quiero escuchar ni una palabra tuya! —Abrí la puerta y de un último empujón le eché, cerrándosela en las mismas narices.

Josep se quedó parado mirando absorto la madera oscura, un poco más y le habría partido la nariz. No entendía cómo la dulce Ángela se había convertido en un demonio que parecía odiarle a más no poder.

Se giró despacio a su puerta rebuscando en los bolsillos las llaves de su casa. Se detuvo un segundo antes de abrir, esta explosión de mal humor y casi odio no podía ser sólo por ser el vecino. Tenía que existir alguna razón que hubiera hecho que la bestia despertara. Lo averiguaría. Por esta mujer merecía la pena luchar.

Dejaría que se tranquilizara, que descansara, que pusiera sus pensamientos en orden y volvería a conquistarla. Hacía mucho tiempo que una mujer no despertaba en él todos los sentimientos que en una noche Ángela había despertado.

Aún tenía el pomo de la puerta en la mano y no paraba de temblar. No era sólo por haberle puesto los cuernos a Pedro Luis, que en el fondo, y en la superficie, era lo que menos me molestaba, sino por haberme ido a la cama con ¡ÉL! ¡Pero si había tenido a su hijo entre mis brazos! ¡Había conocido a su exmujer! ¡Y una de sus guarras se me había insinuado por la ventana!

No, este tío no era un hombre dulce ni atento ni considerado ni mucho menos apasionado en el sexo. No, este tío era un crápula.

Volví en mí, bueno, en realidad regresé encarnada en una de las Furias, que se lanzó a lo loco a por su teléfono móvil. Toni se iba a enterar.

Al quinto timbrazo escuché como descolgaba.

—¿Qué quieres, Ángela?

—¡Eres un cabronazo!

—¿Perdón?

—Sí, que eres un cabronazo. Sabías perfectamente que Josep era mi vecino y me has liado con él a propósito. Nadie te ha dicho que eres un cerdo, ¿verdad? Pues te lo digo yo ahora.

—A ver, loca. No sé de lo que me estás hablando, para comenzar. Y para terminar, puedes hablar un poco más bajo, algunos tenemos resaca.

—Pues que me he follado a tu amiguito.

—Bien por tu cuerpo serrano, espero que lo disfrutaras.

—Sí, bastante. Pero ese no es el tema...

—Pues yo creo que sí, que ya era hora de que le dieras mambo a tu cuerpo.

—No, no es el tema, porque resulta que es mi vecino y tú lo sabías.

—¿Pero qué cojones voy a saber yo si no sé dónde vives?

—Eso no es cierto, hemos quedado en el metro...

—Ojo, cuidado, que el metro es la casa de todos.

—Me da igual, es mi vecino de enfrente. Un crápula, un cerdo, un guarro que no hace más que meter a tías en su casa.

—¿Cómo que tu vecino de enfrente? —Se oía a Víctor de fondo intentando saber quién era—. Es Ángela, que anoche se tiró a Josep y resulta que es su vecino de enfrente —le explicó.

—Pon el manos libres —le instó él.

—Os queréis enterar bien, saber qué es lo que cojones ha pasado, ¿no?

—Pues sí. —Se escuchó al otro lado del hilo telefónico a dúo.

—Ha pasado que, por una vez en la vida, os hice caso a todos. Tomé vuestro consejo al pie de la letra y me dejé llevar. Nos marchamos a un mirador para ver atardecer en Barcelona...

—Qué romántico —apostilló Víctor.

—Ya, bueno. Allí nos besamos por primera vez y fui yo quien, en un arranque de locura, le dije que nos fuéramos a otro lugar. Me lo quería tirar.

—Así se habla. —No supe quién lo dijo.

—Pero lo más cachondo, y lo digo irónicamente, es que cuando dejó su moto frente al portal de mi casa, ni lo pensé. Creí que Toni le había dicho dónde vivía.

—¡Que no sé dónde vives, desquiciada! —insistió el aludido.

—¡Joder, que eso lo sé ahora! —le grité también—. Pero en aquel instante ni lo pensé, pero ahí no acaba todo. Lo cachondo...

—¿De nuevo sarcasmo? —preguntó Víctor.

—Sí, sarcasmo —respondí encendidísima—. Es que al llegar al rellano de mi puerta, él tiró para su casa y pensando que se confundía, le empujé al otro lado, pero en ese momento no me fijé mucho.

—Hija, demasiadas señales para no tomarlas en cuenta —me contestó Víctor.

—Lo sé, pero es que justo en ese momento no estaba para pensar demasiado. Sólo tenía en mente una cosa...

—¡Tirártelo! —volvieron a decir al unísono.

—Pues sí, es que está tannnn bueno.

—Ya te lo dije —añadió Toni—. Pero para que veas que tú misma te pierdes.

—Joder, es que...

—Nada de disertaciones en este punto, al lío —cortó Víctor—. Quiero saber detalles, pelos y señales...

—Es bueno, es muy bueno en la cama. Atento, cariñoso, ingenioso y... —No sabía si decirlo.

—No te quedes ahí, ¡por Dios!

—Que está muy bien dotado. Hale, ya lo he dicho.

—Madreeeee. ¡Ves, siempre lo había imaginado, Víctor! —Toni se reía.

—Lo que eres es un depravado. —Oí al otro mondarse de risa.

—¡Dejad de reiros, leche!

—Perdona, nena.

—Pero es que, aparte de lo físico, pasamos toda la noche despiertos.

—Oye, Víctor, tú y yo nunca...

—Será porque te quedas dormido a la primera de cambio.

—No seas tan puyitas conmigo.

—Eo —les corté—. ¿Queréis saber o corto?

—No, sigue.

—Pues que es un caballero. A la mañana siguiente preparó el desayuno y todo. Hasta, al ver una tetera, me preparó té.

—Cariño, ese hombre es un dechado de virtudes. —Víctor se puso serio.

—Pero no puedo estar con él. ¡Joder! Que la he cagado, que me he tirado a mi vecino el cerdo, el machito que se folla a todo lo que entra en su casa.

—No me suena mucho a Josep. —Esta vez fue Toni el que habló—. Pero si dices que no hacen más que entrar tías buenas en su casa... ¿No tendrá algo que ver con su trabajo?

—¿En qué trabaja?

—Es fotógrafo: moda, foto fija, reportajes fotográficos...

—No, no... Pero si un día una de ellas, desde la ventana, se me insinuó. Iba sólo con el tanga y se tocaba mientras me invitaba a unirme a ellos.

—¡Jajajajajajaja! Si lo llega a oír Diana, se lanza de ventana en ventana sin pasar por la puerta.

—Pues no es gracioso, Toni. Es una guarra que hizo que me quisiera morir de la vergüenza y ahora yo he sido una más de ellas. Que me lo he montado con el cerdo, cochino, marrano.

—Para un poco, ¿no? —me llamó la atención Toni.

—No puedo. Es que he caído en mi propia trampa.

—¿Pero qué trampa ni qué niño muerto? Te has de hacer una pregunta —intervino de nuevo Víctor—. A pesar de lo que piensas de él, ¿te gustó la noche que pasaste?

—Sí. —Noté cómo me estaba poniendo colorada, menos mal que ellos no llegaron a verlo—. Pero no puedo volver a verle, no puedo volver a estar con él. Pedro Luis...

—Deja de poner excusas. Es mentira lo que dices. —Hizo una pausa dramática—. Y lo sabes.

—No, no. He cometido un error que no volverá a ocurrir.

—Ya, como que no te harás pajas pensando en el meneo que Josep te ha metido.

—¡Qué cerdo! —le dije, aun sabiendo que probablemente fuera verdad.

—Ya, lo que tú quieras. Pero sabes que es lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo.

Me quedé con el teléfono en la mano, me habían colgado.

—Reconozco que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Pero

con el hombre equivocado. —Me tiré encima del sofá a autocondolarme por mi mala suerte. ¿Cómo se lo contaría a Pedro Luis? ¿Y cómo conseguiría no volver a ver a Josep?

Agarré el mando de la televisión. La encendí con la mera esperanza de que pusieran algo que me dejara la mente en blanco.

Soy una puñetera come bolas, no hago más que fustigarme y rallarme más de la cuenta.

Si pensara menos, estoy segura de que me iría todo bastante mejor. Había pasado la mejor noche de mi vida. La mejor de mi puñetera vida. Y punto.

## CAPÍTULO 11

Aquella mañana no me levanté muy reinona, vamos, poco Isabel, ya sabéis, muy poco católica. Que se me hubiera acabado el té ayudó más bien poco a que mis ojos se abrieran lo suficiente para no encallar el tacón derecho del zapato en una alcantarilla y estar a punto de matarme.

¿Es que no iba a existir una mañana en la que el sol me diera los buenos días? ¿En la que los pajaritos me tendieran la ropa como a Blancanieves? ¿Que la fresca brisa me oliera a jazmines? No, la respuesta es no y siempre seguirá siendo no y claro, para mejorarlo, nada más entrar por la puerta de la oficina oigo:

—Las cosas no van a mejor —dijo Carla a voz en grito—, se «atormenta una vecina».

—A ver, radio macuto, ¿qué información tienes ahora? —preguntó Clara.

—Una que no nos va a gustar nada. Al parecer, hoy a las DOCE van a reunirse a todos para decirnos que van a hacer un ERE.

—Éramos pocos y parió la abuela —añadió Luis—. Pues si lo pienso, a mí no me va mal del todo. Ya estoy un poco hartito.

—«Calma, calma, que no panda el cúnico» —avisó Carla cual Chapulín Colorado.

—Hombre, suena un poco gordo el tema, ¿no? Llegar, comprar y limpiar —señaló Diana.

—No es de extrañar, si los americanos nos vendieron porque no dábamos dinero y se lo quedan estos dos, pues imagino que querrán que la organización tenga beneficios. Es de lógica.

—¿Pero cortar cabezas a lo grande? ¿Como si fuéramos importantes de verdad?

—Me cago en las facilidades del gobierno —añadió Clara.

—Pues a mí sí que me hace la puñeta. —Me sumé a la conversación grupal—. Me veo saliendo por la puerta mañana mismo, sólo llevo un par de semanas.

—Bueno, hija, siempre hay cosas peores —me dijo Carla abrazándome.

—Sí, como tirarte a tu vecino de enfrente. —Oí decir a Toni. Giré mi cara

para lanzarle una mirada asesina—. ¡Lo siento!

—¿Que te has tirado a quién? —Diana se acercó—. Vamos a ver, ¿llevo una semana tirándote pullitas y te lías con el primero que pasa?

—No es el primero que pasa, es su vecino. Que no te enteras, querida —añadió Carla.

—Eres un bocazas, Toni —le recriminé.

—Es que es una de esas historias que hay que contar.

—Uish, suena interesante. —Carla se sentó frente a mí con cara de esperar la historia—. Tú habla, que así ya tengo tanda de cotilleo de vuelta.

—No pienso contar nada. Yo no me he tirado a nadie. —Intenté defenderme para así escapar del escrutinio de mis compañeros.

—Ya, ¿y eso quién se lo cree? —Diana alentó a la votación, el silencio fue casi sepulcral—. ¿Ves? Nadie.

—Nena, estabas cabreada como una mona con tu novio —continuó Carla—. Y te vinieron muy bien nuestros consejos.

—Bueno, sí —confesé, ahogada por la situación—. Me tiré al amigo de Toni.

—¿Y cómo está? —Se lanzó Clara, que había estado atenta hasta este momento.

—¿Está bueno? —preguntó Carla.

—Dejaos de tonterías. —Se plantó Diana—. Lo importante es si la tenía grande y si sabía usarla. ¿Porque sabría usarla?

—Y de qué manera... —me dije por lo bajo.

—Le he oído decir no sé qué de una manguera —concluyó Luis.

—La leche, pues ha tenido que ser una noche antológica —apuntilló Carla.

—Joder, y yo el sábado que lo pasé en casa con Manolo —se quejó Diana.

—Y ese Manolo quién es, ¿una nueva conquista? —le preguntó Toni.

—Qué va, mi vibrador de veinte centímetros.

—¿Veinte centímetros? —Luis alucinó en colores.

—Sí, algunas no nos conformamos con cualquier cosa.

—Ya veo, pero esa es de plástico.

—De látex, para mayor información.

—Plástico puro y duro. —Se enzarzaron en una conversación bastante tonta.

—Eh, oye —puso paz Clara, echando su melena castaña hacia atrás—. Que yo quiero enterarme de lo de Ángela.

—Eso, eso. Que nos montamos una fiesta en menos que canta un gallo —

admitió Carla, dando la razón a Clara—. Responde, Ángela, que nos tienes en ascuas.

—Bueno, nos hemos quedado en que la tenía como una manguera. —Toni intentó encauzar la conversación.

—Tú no seas cizañero, que yo no he dicho eso —me quejé.

—Pues dinos, cuéntanos, háblame de ti, de tu soled... —comenzó a tararear la famosa canción de los Pecos.

—Calla, que parece que se arranca —le cortó Carla.

—Vamos a ver. Lo primero es que en ningún momento he dicho nada de que la tuviera como una manguera. Y lo segundo es que me gustó. Hala, ya lo he dicho.

—Vale, te gustó. ¿Y el problema es? —me preguntó Diana.

—¿En serio me preguntas cuál es el problema? Pues que me he tirado a mi vecino de enfrente sin saber que lo era. Y que además tengo novio. Por lo tanto, eso me hace pensar que, con el poco tiempo que llevo viviendo aquí y sin verle... ¡Que soy una puta! —Comencé a llorar desconsoladamente.

—Aish, nena. Que tú no lloras por lo de puta, que lo estás haciendo porque ese chico te ha gustado demasiado.

—¡Que no puede ser! Que se supone que soy una mujer comprometida con mi pareja. Que he de ser fiel y le he puesto los cuernos con un tío bueno. Tengo que llamarle ya. —Y como una loca me fui a coger el teléfono.

—¡Noooooooooooo! —soltaron todos al unísono mientras veía como una mano me robaba el terminal.

—Eso ni loca.

—No se te ocurra.

—Si tú no cuentas nada, nunca se enterará.

—Pero si tu novio es un cabrón.

—Un cerdo.

—Un abandona novias recién llegadas a una ciudad desconocida.

—Ya, sí, lo que queráis, pero ¿qué es lo que hago yo como venganza? Voy y me lío con el tío más bueno que hay en toda Barcelona, atento, simpático, cuidadoso, magnífico amante, que encima resulta que es mi vecino. ¡El vecino de enfrente!

—Eso ya lo hemos oído. Que sí, que es tu vecino. Pesadita eres, hija —me echó en cara Diana.

—Hombre, mirándolo así, la cosa se complica un poco —dijo en voz alta Clara.



—¿Complicar? Complicar es ver durante una semana a tías buenas entrando y saliendo de su casa casi todos los días.

—Hija, podría ser cualquier cosa... —le defendió Toni.

—Ya, ¿y lo de la tía en la ventana en pelotas diciéndome que fuera a hacer un trío?

—¿Un trío? Joder, ¿es que nadie piensa en mí para esas cosas? —Diana hizo un pucherito—. Decidido, me voy a tu casa a vivir hasta que venga ese que dices que es tu novio. Te han pasado más cosas a ti desde que estás en Barcelona que a mí y eso que nací aquí.

—Pero es que yo no puedo estar con él.

—Ya estamos —dijo Toni por lo bajo.

—Tranquilicémonos —puso paz Carla—. Mira, así, a bote pronto, no vas a enviar ningún mensaje a ningún novio tuyo. Y después, si tienes a ese vecinito tuyo frente a la puerta de tu casa, pues hasta un día podéis ir a tomar un café. En la calleeee —matizó, porque me vio la cara que estaba poniendo—, y os conocéis un poco. Nena, uno nunca sabe qué tiene el destino decidido para ti.

—Para mí y en este momento, tiene decidido complicarme la vida.

—Pues yo creo que el destino te lo ha puesto muy fácil y eres tú la que no quiere abrir los ojos.

—De verdad, que no puede ser. Que no le voy a dar más vueltas, que haré como si no le conociera.

—Ya, entrarás en el ascensor y diréis aquello de: «¿Calor, eh?» —dijo Toni.

—Calla, que por tu culpa estoy así —le recriminé, mirándolos a todos, intentando averiguar en qué manos estaba mi móvil.

—No, no, no. Que nadie te obligó a irte con él a ver la puesta de sol...

—¡Ostras! Ese tío sí que sabe camelarse a las chicas. Puesta de sol incluida —saltó Clara.

—Pero que viendo lo que entra y sale en su casa, soy una muesca más en la pistola. ¿Es que no lo veis? —me quejé.

—Y qué pistola, ¿eh? —Diana se acercó y me dio un codazo cómplice que hizo que sonriera de medio lado al recordarle—. ¡Ja! Está sonriendo. El chaval este le ha gustado.

—Pues, nena, no lo pienses más. Aprovecha para conocerle —insistió Toni.

—Que no. Que no puede ser. Que he cometido un error imperdonable.

Ainssss, cuando se entere Pedro Luis. —Me tapé la cara con las manos.

—Pedro Luis no va a enterarse nunca —me dejó bien clarito, mirándome directamente a los ojos, Carla—. Ojos que no ven...

—Pollazo que te endiñan —finalizó Diana riendo.

—¡Pero si se tiene que haber tirado a media Barcelona! —me quejé seriamente.

—¡Céntrate! —Casi me chilló en la cara Toni—. ¿Te trató mal? —Negué moviendo exageradamente la cabeza—. Según tú, te trató como nunca antes lo hizo nadie. Hasta se preocupó en hacerte por la mañana el desayuno y —añadió enfadado—, según lo que me contaste, pinta tenía de querer pasar el día contigo hasta que le echaste con cajas destempladas. —Sacó su dedo índice señalándome enfadado—. A ti lo que te pasa es que estás cagada. Punto.

—Uhhhhhhhhhhhh —señaló Diana—. Me parece que alguien ha puesto los puntos sobre las íes a alguien...

—Shhhhhhhh —intervino Luis—. Acaban de enviar un email.

—¿Y qué dicen? —le preguntó Clara.

—En resumen, que a las doce hacen una reunión para comentarnos las acciones a tomar desde la compra.

—¡Amárrense los machos! Vienen curvas —casi gritó Carla.

—¿En qué habitación dices que tienen los salvavidas? —Sonrió guasón Luis.

—Como dijo el capitán del *Costa Concordia*: «Yo iba caminando y me caí en una barca». Así que, a por las barcassssssssssssss.

Gracias a ese mail, la conversación que giraba en torno a mí se disipó. Lo agradecí, aunque las elucubraciones con respecto a lo que iba a pasar en la empresa no es que me ayudaran mucho.

Desgraciadamente, y como se rumoreaba, los nuevos dueños querían reducir la plantilla a la mitad y, aludiendo a su falta de dinero contante y sonante, se acogieron a un expediente de regulación de empleo, un ERE. Así que, en menos de un mes, sabría si estaba dentro o fuera.

Le estaba cogiendo demasiado cariño a mi Murphy, y no el de la cerveza, si algo tenía que salir mal, saldría mal por mucho que se intentara solucionar.

Quería irme a mi casa, cambiarme de ropa y encerrarme para no salir hasta que no pasara todo esto. Me apetecía lamerme las heridas un rato y que por un par de días, sólo un par, no me pasara nada más. Me prometí a mí misma que si ocurría eso, pondría una vela a la Virgen patrona de los torpes. O a la

que nombraba mucho mi abuela la irlandesa, la Virgen del abrigo de pana.

—Pues os digo una cosa: si no nos plantamos, nos comen. —Carla se sentó en uno de los taburetes del bar mientras miraba al camarero y levantaba la mano. Él ya le preparaba la cerveza.

—Nos van a comer igualmente. —Lara se le acercó con semblante derrotista—. Y lo que más me jode es que se han llevado la mitad de mi vida.

—Pero vamos a ver, hoy han convocado el ERE. —Se echó para adelante Toni—. Tenemos que hacer un millón de cosas y luchar.

—¡Eso, luchar! La masa obrera nunca se rinde. —Carla levantó la cerveza que acababan de ponerle en modo brindis—. Por nosotros, los rojos.

—¿Desde cuándo eres roja? —Diana la miró con gesto de sorpresa.

—Hija, está claro. Desde que quieren tocarme el bolsillo.

Me dirigí directamente a la barra, pero no pedí cerveza. La ocasión requería un brindis con algo más fuerte.

—Ponme un chupito de tequila. —Me giré para preguntar a los que ya estaban bebiendo—: ¿Quién quiere celebrar conmigo que mi vida no puede ser peor?

—¿Qué bebemos? —me preguntó Clara, aposentándose a mi lado en la barra.

—Lo que tú quieras, pago yo.

—¿Y tú bebes?

—Tequila.

—Pues que me pongan dos de lo mismo.

—¿Dos? —Se nos unió Carla.

—Sí, porque sabía que si oías que hay una invitación, aparecerías.

—Me encanta que pienses que soy una aprovechada.

—Carla, acabas de decir que te vuelves muy roja cuando tocan tu bolsillo.

Así que...

—Cómo me conoces, cobarde de la pradera.

Las miré sonriendo, eran estos momentos los que me daban un poco de vida en este medio lío en el que se había convertido mi periplo por Barcelona.

Con los vasos de chupito en la mano, nos miramos las tres y, levantando el vaso, dije:

—Por el futuro, aunque sea muy oscuro.

—Por Antonio Molina —dijo muy seria Carla.

—¿Antonio Molina? —La miré sin comprender.

—¿Soy minero? —Me miró.

—Ah, bien... Pues eso.

—Anda, dejaos de gilipolleces. —Se puso medio seria Clara—. Por estos momentos.

—¡Salud! —gritamos las tres a la vez.

—¡El que no apoya, no folla! —Carla dio en la mesa con el vaso de chupito antes de beberse el contenido entero.

—Otras ya vienen folladas de casa. —Rio Clara mirándome a mí, que a punto estuve de atragantarme y esparcir tequila por todo el bar.

—¡Joder! —exclamé, aún tosiendo por el impacto—. No me jodas, ¿vale?

—No, no. ¿Yo joderte? ¡Válgame el cielo! De eso ya se encargaron otros —contraatacó, partiéndose de la risa, sabiendo que me estaba poniendo colorada como un tomate.

—Vete a la mierda. —Me di la vuelta y pedí otro chupito y una cerveza.

—Eh, no te enfades. Si la que monta un escándalo por esto eres tú, no yo —concluyó, marchándose a donde estaba todo el grupo.

Mientras esperaba a que me pusieran lo que había pedido, Clara y Carla se dispersaron, pero noté cómo se sentaba a mi lado otra persona. Miré, era Toni con cara de preocupación.

—¿Cómo estás?

—¿En serio quieres saberlo?

—Sí, me gustaría.

—Mal. —Apoyé mi cabeza en la mano mientras que el codo descansaba en la barra del bar.

—Ya. —Puso su mano en mi rodilla—. Me ha llamado esta mañana Josep.

Aquella confesión hizo que pusiera en alerta todos mis sentidos, estirando mi cuerpo casi a la defensiva.

—¿Y qué quería? —le pregunté, intentando aparentar indiferencia, pero me moría por conocer el contenido de aquella llamada.

—¿Tú qué crees? —Me encogí de hombros simulando desinterés absoluto—. Me preguntó por ti, por cómo estabas.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad —soltó a bocajarro—. Confundida.

—No estoy confundida, sé perfectamente...

—Que tu vida es un caos —me cortó.

—No es eso.

—Sí que lo es, no intentes hacerte la valiente.

—Toni, que no es tan fácil. Que estoy a mil kilómetros de mi vida, de mi

casa, de mi mundo. Que la que creí que era mi vida fantástica, se ha descubierto como un puñetero caos. Necesito serenarme, saber qué es lo que quiero de una vez por todas. —Me bebí el chupito de tequila y di un sorbo a la cerveza para quitarme ese horroroso sabor a alcohol barato—. Durante todo este tiempo me he dado cuenta de que nunca he pensado por mí.

—Pues tienes una gran oportunidad ahora mismo. —Extendió los brazos para darme a entender que Barcelona era mi oportunidad con letras mayúsculas.

—No sé. Fíjate en el desastre que he montado. —Le señalé, como si con ese gesto él ya entendiera que hablaba de Josep.

—Creo que en realidad no te preocupa tanto lo que hiciste, sino cómo enfrentarte a tus actos. Tienes miedo a ser tú misma por primera vez. Estás sola y nadie puede sacarte las castañas del fuego, pelirroja.

—Estoy muy asustada. —Volví a beber—. No sé si quiero a Pedro Luis como debería. No sé si Josep es una cana al aire o algo más. No sé nada...

—Yo sólo te diré que las cosas no pasan porque sí, todas tienen un porqué. El destino es implacable, nena.

—Sí, vale, de acuerdo. Pero ¿mi vecino de enfrente? ¿El tío al que he estado criticando durante una semana entera? ¿El golfo? ¿El mujeriego? ¿El cabronazo que mientras está tirándose a tías en casa cuida de s...? —Toni levantó la mano para silenciarme.

—El destino puede ser un hijo de la gran puta. Y ahí tienes a su máximo exponente. Tu novio te deja sola y aparece un hombre que pone tu vida sexual patas arriba; además, según tú, es un sol, y es tu vecino de enfrente. ¿Cuántas señales más necesitas?

—Sólo una, una más que me diga qué he de hacer... —Y sonó mi teléfono móvil haciendo que Toni y yo nos mondáramos de la risa.

—Anda, cógelo, no sea tu ángel de la guarda, Ángela.

Miré con una sonrisa al bolso mientras rebuscaba el móvil, que no paraba de sonar. Cuando conseguí agarrarlo, miré la pantalla y vi que era la persona con la que, en ese momento, menos me apetecía hablar: Pedro Luis. Se lo enseñé a Toni y se puso serio.

—Cógelo, es el destino.

Descolgué y salí del bar para hablar con más tranquilidad.

—Benditos los oídos que te van a escuchar —dije algo sarcástica.

—Hola, mi vida. —Le noté algo nervioso—. ¿Cómo estás? Te he llamado varias veces y no he conseguido hablar contigo.

—No, no has conseguido hablar conmigo. —Soné tremendamente seca.

—¿Qué tal por ahí todo? ¿La casa bien?

—Todo fantástico por aquí, sin ningún tipo de novedad.

—¡Genial! —Carraspeó un poco, como si estuviera incómodo—. ¿Y el vecindario es correcto?

—¿Eh? —Ahí por poco me quedo yo sin saliva en la boca.

—Que si los vecinos son majos.

—Sí, majísimos —dije con sorna, aunque temo que sólo la pillé yo—. La señora Montserrat, la que está debajo de nosotros, me tiene controladísima. Y Abdul, el de la tienda, ni te cuento. Sabe más de ti que yo misma.

—Lo siento, cielo, es que salí tan de improvisado que no quise que...

—Ya, por eso le prometiste lo que le prometiste para que me «cuidara» — recalqué esa palabra.

—No me lo tengas en cuenta, estaba preocupado por...

—¿Que estabas preocupado por quién? —grité en medio de la calle—. Llevo una semana sin saber de ti más que por malditos WhatsApps, te largaste sin decirme absolutamente nada. No te dignaste a contarme que te ibas y mucho menos cuándo regresarás. Sobre todo, teniendo en cuenta que estoy sola. Pero bueno, a ti qué más te da, con tu maravilloso trabajo que te llevará a lo más alto del planeta. ¿Verdad?

—Ángela, ¿te pasa algo?

—¿En serio me estás preguntando si me pasa algo?

—Claro, te noto más alterada de lo habitual. Tú no eres normalmente así...

—¿Sabes qué te digo? ¡Que te vayas a la mierda! Que no te preocupas de nada ni de nadie que no seas tú. Avísame si algún día pretendes volver, tenemos que hablar.

—¿Qué estás tratando de decirme, cielo?

—Lo que has oído, que cuando decidas regresar, me avises. O mira, si no quieres, no me avises, ya sabes dónde estoy. —Suspiré pensando en el ERE que se nos venía encima—. O no. —Y colgué sin más miramientos.

Respiré un par de veces antes de comenzar a notar que me dolía el pecho. No, no era un ataque al corazón, no podía ser un ataque al corazón, era uno de ansiedad. La pared, ¿dónde estaba la pared? ¡Un lugar para apoyarme, por Dios! Dejé caer la espalda contra ella para así intentar respirar más lentamente. Uno, dos. Uno, dos. Inspirar, espirar. Suavemente...

¡A tomar por culo! Pero si lo que estaba era más cabreada que una mona. ¿Cómo podía Pedro Luis tener el morro de llamarme como si no pasara nada?

No se podía ser más...

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó Toni al volver al bar y ver mi cara.

—Lo que tenía que pasar. Le he mandado a la mierda por gilipollas.

—¿Cómo? —Se acercó Diana—. ¿Qué?

—Finalmente ha llamado su novio.

—¿Se ha dignado a llamarte después de tanto tiempo?! —preguntó Carla.

—Sí, y le he mandado a freír espárragos. ¡Que no, que no me vacila! ¿Te puedes creer que me ha preguntado como si no pasara nada? —El teléfono volvió a sonar y lo apagué, me daba igual quién fuera. No estaba para llamadas.

—Hombre, quizás... —intentó suavizar Clara.

—Ni quizás, ni poll... —Me corté por no decir lo que pasaba por mi cabeza en ese momento—. Mira, lo que no puede ser es que tenga a gente en el vecindario que le da recaditos de la vida que llevo y que no tenga las narices de darme una explicación, una disculpa. Nada, él a lo suyo.

—Olé, tú —dijo Diana aplaudiendo—. Ahí, dejándole las cosas claritas. El que quiera peces, que se moje el culo.

—Sí, sí. Además le he dicho que si va a regresar en algún momento, me avise cuando le salga de las narices. Harta estoy de esto.

—Por cierto, ¿qué es eso de que te vigila? —quiso saber Toni, frunciendo el ceño.

—Ah, bueno, es que esa es otra. Se ha montado una red de cotillas. Una de ellas es la señora que vive en el piso de abajo. —Le hice una mueca muy grande que comprendió al instante—. Que aunque es un encanto de mujer, pues mi sofá y su salón...

—¿Te lo montaste en el sofá de tu casa! —Siguió aplaudiendo Diana.

—Estaba un poco apurada para llegar a la cama —respondí airada y envalentonada.

—Pero si a mí me parece genial usar todo lo que se tenga al alcance de uno para su propia satisfacción. —Sonrió, dándome un abrazo de apoyo.

—Bueno, y qué más —me hostigó Toni.

—Pues también se ha ganado al paquistaní dueño de la tienda de la esquina de casa. Así, el muy cerdo —solté desatada— sabe cuándo entro o salgo.

—Oye, todo eso suena un poco maquiavélico, ¿no? —preguntó Clara, que se acercó—. No te estarás volviendo un poco paranoica. Quizás sólo quería que no estuvieras perdida.

—Y una mierda —saltó Carla—, eso suena a control machista total.

Libérate de él corriendo. Así se empieza y luego te pide que dejes de trabajar, que con la casa y los niños tendrás suficiente. Verás.

—¡Bah! Me voy para casa, que estoy más que calentita. Como alguien se cruce por mi camino, pillá. Eso ya te lo digo.

Si seguía apalancada en el bar con el cabreo que llevaba encima, acabaría borracha y haciendo alguna gilipollez, y por una vez no quería convertirme en carne de cañón. No tenía el «cuerpo *pa* ferias».

Así que, creyendo que el poco aire fresco de las noches bochornosas de junio me despejaría un poco la mente, me lancé a la conquista de mi casa. Pero nada, mi cabeza no hacía más que dar vueltas especulando en lo poco que pensaba en mí aquel hombre que se hacía llamar mi novio. ¡Qué egocéntrico!

Estaba tan encendida que al abrir el portal le di una patada a la puerta, con tan mala suerte que no recordé que tenía el tobillo aún algo fastidiado y me hice daño.

—¡Me cago en...! —exclamé en voz alta sin advertir que la señora Montserrat bajaba por la escalera.

—No descargues tu mala uva contra la puerta. Ella no tiene la culpa, *neneta* —me reconvino, sonriendo.

—Lo siento, no es mi mejor día.

—Pues el fin de semana no lo parecía. —Me cogió a contrapié, me guiñó un ojo con una sonrisa y se marchó.

Imaginaba que era más que probable que hubiera oído lo que pasó aquella noche, pero no esperaba que se jactara de ello en mi cara. Y me cabreó más de lo que ya estaba, fue la gota que colmó el vaso, todo el mundo parecía tener derecho a saber de mi vida, a meterse en ella sin que yo pudiera hacer nada.

Pulsé el botón del maldito ascensor poseído para que me llevara a mi planta... Uf, ¡qué mala leche! Dentro, fue su terrorífica manía de parar como si fuera a hundirse lo que me hizo regresar a la tierra. Salí de él a trompicones y, al girarme después de volver a cerrar las puertas, me di de bruces con la segunda persona con la que menos me apetecía hablar. ¡Joder, qué mierda!

—Ángela. —Me sujeté a su cuerpo para no caer al darme contra él—. ¿Cómo...?

No le dejé hablar, ya que me abalancé sin pensar.



Mis manos subieron a su cuello haciéndole bajar a mis labios. Le besé. Lo hice con furia, con un sentimiento de rabia que no sabía que existía en mi interior. Tiraba de su pelo agresivamente incitándole a que se atreviera a más, pero al notar cómo sus manos se aferraban a mi culo, desperté.

En ese instante sentí cómo el monstruo de la lujuria que me había poseído desaparecía para dar paso a una cabal Ángela que se separó de Josep y le miró a los ojos. Lástima que un impulso asesino mezclado con mis lágrimas lo empañara todo al chocar mi mano con su cara. Le solté un sopapo que salió de lo más hondo de mi alma. Se lo llevó sin tener culpa de nada.

Pude apreciar, como a cámara lenta, que se llevaba la mano a la cara. Me di la vuelta de inmediato sin ver que intentaba detenerme cuando saqué la llave de casa y escapé.

Pues fue lo que hice, escapar mientras oía mi nombre en sus labios.

—¡Ángela! ¡Ángela!

—¡Hosti, tú! —Josep miró a la escalera y vio a Aina con la boca abierta—. ¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé. —se acarició el rostro—. No tengo ni puñetera idea.

—Anda, nene. —Subió el tramo final para llegar al rellano—. Entremos en casa. —Apoyó su mano en el brazo de él empujándole hacia el interior—. Dejo al enano en la cuna y me cuentas todo, todo, todo. Porque normalmente las vecinas no te dan un beso de tornillo e inmediatamente después te cruzan la cara, ¿no?

—No, esto es algo más complicado que eso...

—¡Ay, madre, que Josep se nos está enamorando! —le dijo sonriendo mientras entraba en su casa—. ¡Yujuuuuuuuu!

—Calla, idiota, que siempre estás igual.

—Estaré igual, pero necesitas a alguien que te quiera bien. De una puñetera vez debes olvidar a Almudena.

—¿Y tú no? —le preguntó él, agarrándola del hombro y cerrando la puerta.

—¿Yo? A esa zorra hace mucho que la olvidé.

—No estoy hablando de eso.

—Ya lo sé, pero yo ya lo tuve. —Abrazó a su bebé—. Y ahora tengo a este bicho. Tú aún vives de los recuerdos de esa mujer que te usó como le dio la gana.

Yo no podía dejar de mirar la escena a través de la mirilla, a pesar de que las lágrimas me estaban empañando la vista. Ya me había dado cuenta de la presencia de la rubia en la escalera en el momento en el que abrí la puerta y quise saber más de ellos. No es que se pudiera escuchar mucho a través de la madera, y encima no ayudaba nada el no parar de sorber los mocos causados por mi llanto rabioso.

No sé qué era lo que me había pasado, pero verle allí, despeinado como si me estuviera esperando, fue demasiado tentador. ¿Enamorarme? Ni loca, pero mi cuerpo estaba desatado, mis hormonas desquiciadas, mi cerebro fuera de sí y yo enfadada con el mundo entero. Así que lo único que podía hacer, después de semejante ridículo, era darme un buen baño con una copa de vino en la mano y esperar que me calmara lo suficiente para ver todo de una manera más clara.

## CAPÍTULO 12

Josep y Aina estaban sentados en el viejo sofá que presidía el salón de la casa de este con una cerveza en la mano.

—Tengo que irme en un rato, pero he puesto una *pizza* en el horno —dijo Aina—. Antes de irme al hospital, quiero estar cenada y bien documentada sobre todo lo que está pasando aquí.

—Aquí no ha pasado nada que no haya pasado antes —se defendió él.

—Sí, venga. A otro perro con ese hueso, que yo te conozco muy bien y esa carita que has puesto no es de «una conquista más». —Se acercó a abrazarle—. ¡Jo! Es que me hace mucha ilusión verte así.

—Aina, en serio, es una más.

—Venga, voy a hacer que me lo estoy creyendo, ¿ok? —Josep sacudió la cabeza, la apartó un poco, odiaba cuando ejercía de hermana mayor—. Así que como hago que me lo creo, pienso que te has liado con tu vecina de enfrente y que le has hecho alguna de las tuyas con tal de echarla de tu lado, ya que eres incapaz de desechar de tu mente a la hija de puta de Almudena. ¿A que he acertado?

—Frío, frío. —Se echó para atrás en el sofá, poniéndose cómodo, y dio un buen trago a su cerveza.

—Bueno, vamos a jugar a las adivinanzas como cuando éramos pequeños y hacías una de las tuyas. —Vio como se le iluminaba la sonrisa al recordar.

—Bah, venga, me has llegado al corazoncito, hermanita, te lo voy a contar porque estoy un poco despistado con el tema. ¿Recuerdas a Toni, mi compañero en televisión? —Ella asintió—. Hacía tiempo que no nos veíamos y quedamos un día. Entre unas cosas y otras, finalmente nos vimos en el Sónar, fue justo el día que tuve que salir corriendo para tu casa porque te llamaron por una urgencia y pasé toda la noche allí con Eric.

—Sí, me acuerdo de que tuve que llamarte a toda prisa.

—Bueno, pues como llegaste tarde a la mañana siguiente, yo ya quedé con él dentro del recinto y estaba con su novio y junto con una chica preciosa que tenía un chichón en la cabeza de campeonato.

—¿Y eso? —preguntó Aina curiosa.

—Ni idea, pero lo cierto es que la chavala, que al principio pareció ser una retraída y una tímida, resultó ser una mujer con un temperamento de fuego, con una mala leche terrorífica. No sé, sentí que necesitaba mucho cariño.

—Ya, claro. —Dio un sorbo a su botella—. Y allí, casualmente, estabas tú. San Josep, el salvador de las mujeres.

—Pues sí, allí estaba yo, sin poder quitarle el ojo de encima. Me tenía intrigado a más no poder, me atraía un montón.

—Y cual caballero de brillante armadura le brindaste tu desinteresada ayuda. —Soltó una carcajada al saber cómo era su hermano.

—Que no. No te equivoques, que me tenía intrigadísimo. Además a la pobre le pasó de todo en el festival, tanto es así que finalmente se puso a llorar entre mis brazos.

—Pobrecita. —Aina puso cara de perrito desvalido.

—No te rías, la pobre estaba hecha una mierda. Y no sé, me salió de dentro pedirle que se viniera conmigo al mirador.

—¡Matador! ¡Matador! —Aina se partía de la risa cantando el estribillo de esa popular canción.

—Oye, ¿quieres que te lo cuente todo o paso y te imaginas lo que te dé la gana?

—Perdón, perdón. Pero, joder, Josep, que te estás convirtiendo en un romaticón empedernido. —Levantó las manos en actitud de defensa—. Y no me quejo, que me encanta que te estés enamorado de nuevo.

—Mira, bonita, nunca he dejado de serlo. Pero, como comprenderás, contigo no voy a poner mis armas de seducción en marcha.

—Dios no lo quiera. —Hizo el amago de poner las dos manos como si fueran un muro—. Anda, sigue. Prometo portarme bien y no cortarte. —Hizo como que cerraba su boca y el gesto de tirar una llave imaginaria.

—Pues nada, finalmente, entre una cosa y otra, decidimos venir a casa. Pero he ahí el problema, que yo quería traerla a casa, a mi casa, y ella me llevó a la suya. ¡Que era la de enfrente! No sabía que era mi vecina de puerta. La pelirroja que vi por primera vez de refilón y que me encandiló con su perfume. La novia del pavo que se vino a vivir aquí hace tres semanas. La tía a la que he oído llorar durante una semana seguida desde la ventana de la cocina. La misma a la que una modelo a la que estaba haciendo una sesión se le insinuó...

—¿Pero no dijiste nada al llegar?

—Es que no llegamos a entrar en casa. No me dejó ni hablar, me arrastró a

la suya. Y yo no quería pensar mucho más, ella era, bueno, ella es...

—Hostia, macho, estás jodido. —Sonrió de oreja a oreja—. Pero me encanta. ¡Jódete, Almudena!

—Voy a pensar que estás más obsesionada tú con ella que yo —aventuró, mirándola enfadado—. Pero bueno, sé que estoy jodido. —Se pasó la mano por la cabeza—. Para acabar de rematarlo, a la mañana siguiente me echó de su casa al enterarse de que era su vecino de enfrente.

—Normal, yo no sé cómo hubiera reaccionado, pero creo que también me cabrearía un montón.

—Me tiene preocupado. No sé, quiero dejar claras algunas cosas. Me llamó «crápula que se tira a un millón de tías en su casa».

—Josep, si no te conoce y sólo ve entrar y salir a mujeres de aquí, y después de lo que me dijiste que hizo esa modelo, yo también me mosquearía un poco. No me gustaría estar con un tío de bragueta floja.

—Tengo que hablar con ella como sea.

—Pues creo que hoy lo tienes mal después de su arrebató sexmasoquista. —Él levantó la ceja, interrogante—. ¡Ay, rey! Que tengo que explicártelo todo. Después de aquel beso de tornillo y su posterior cruzado mágico.

—Sí, estoy jodido...

—La *pizza* ya está, voy a ponerla en un plato, cenamos y me voy echando leches, que esta noche tengo unas ganas de trabajar loooooocas.

—Venga, va —sentenció, levantándose del sofá para poner la mesa.

—¡Al fin parece que estás despertando de tu letargo autodestructivo con el amor!

—Idiota.

—¿Lo soy? ¿O es que he dado en la diana? —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

No había sido posible.

Lo había intentado de todas las maneras.

Me había dado un baño relajante con agua llena de esencias, quizás hasta me había pasado, había puesto música *chillout*, velitas y mi copa de vino para que mi mente se despejara un poco y mi cuerpo se restableciera después de tanto subidón de adrenalina.

Hasta había puesto en práctica «el manual del buen usador» de todas las terapias alternativas para encontrar el Nirvana. En serio, sólo me había

faltado ir a por todos los tenedores de casa para hacerme acupuntura. Sonaba bestia, pero no tenía agujas y esto era lo más parecido. Un tenedor pincha, ¿no?

Visto que todas las artimañas que había usado para llegar al Nirvana habían funcionado tan bien como darle un relajante muscular a Víctor Sandoval, había probado con la comida.

Sonó en mi cabeza un ¡ÑEEEEEEEEEE! No había funcionado ni eso. Estaba en ese instante tumbada en mi cama, con el pelo mojado, en ropa interior, con remordimiento de conciencia y un buen dolor de tripa, después de zamparme dos hamburguesas con patatas fritas de bolsa.

De esta no me salvaba ni mi querido Superman.

Me comía el desasosiego, me comía viva. ¿Por qué le había hecho eso a Josep si no se lo merecía? Bueno, quizás sí se lo merecía un poco por no decirme que era mi vecino y haber cotilleado sobre mi vida. ¿También Pedro Luis lo tenía en su red? Nah, no lo creía, viendo lo que dijo de él cuando le eché de casa.

¡Ay, Dios! Pobre, me sentía tan mal. Quizás debería ir a pedirle disculpas, no sé. La tripa me dolíaaaaaa.

Miré el reloj de mi móvil y aparte de ver tres llamadas más de Pedro Luis, el muy perro ahora sí me llamaba, no era del todo tarde.

Bajé de la cama, me puse un pantalón corto que me cabía, dada la *orondez* de mi barrigota, y una camiseta. Pasé por la cocina para averiguar si aún se veía luz en casa de Josep, que la había, y salí directa para allí.

Esperé nerviosa delante de la puerta cuando oí unos pasos —parecía que iba descalzo— que se acercaban sin muchas ganas.

—¿Quién es? —preguntó una voz somnolienta al otro lado. ¿Le habría despertado?

—Soy Ángela —contesté escuetamente. Oí como quitaba el seguro y abría la puerta.

—Hola. —Me miró con ojos cansados, creo que le había despertado, mientras se apoyaba en el marco.

—Lo siento, no es buen momento. Ya vendré mañana. —Hice el amago de irme.

—No, tranquila. —Cruzó los brazos sobre su pecho, mala señal—, me he quedado dormido en el sofá viendo la tele. He tenido demasiadas emociones —lo dijo tan leeeeeentamente que me sentí como una mierda.

—Déjalo, mejor será que me vaya. —Y así, en dirección a mi casa, ojo que

tenía tres pasos, me sentí la más tonta del planeta. Lo peor de todo era que estaba tan nerviosa que de tres llaves que tenía en el llavero para abrir la puerta, tres veces intenté meter en el bombín la equivocada—. ¡Mierda! —me dije por lo bajo, tomando otra vez aire e intentando centrarme. Al fin conseguí tener la correcta en la mano, la que me ayudaría a esconderme para siempre, cuando el llavero se cayó al suelo. Noté cómo una lágrima pugnaba por salir de un ojo rebelde. Detente, quédate ahí, yo controlo mis emociones, ellas no me controlan a mí. Yo soy más... gilipollas. Eso es lo que soy.

—Ángela. —Noté la mano de Josep en mi hombro—. ¿Estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien si soy un puro desastre? No se puede estar bien cuando tu cabeza es un torbellino de pensamientos alborotados que no saben por dónde van a salir. No, no estoy bien, lo siento.

—Ángela —repitió, pero esta vez en un tono implorante, mientras me sujetaba con las dos manos para darme la vuelta.

—No lo hagas —le dije, haciendo fuerza para no girarme.

—¿Por qué? ¿No quieres mirarme a los ojos? —me preguntó con un tono de voz tan grave que resonó en mi estómago.

—En realidad, no quiero que me veas con esta cara de idiota que ahora mismo tengo.

—No creo que tengas peor cara que la que tengo yo.

Giré lentamente, alentada por el sonido de su voz, que se había templado un poco y hasta parecía que sonreía. No me equivocaba: cuando le miré, vi que lo hacía de medio lado, condescendiente y con una templanza que en mi vida había ni sentido ni tenido.

—Tengo que... —Señalé las llaves caídas en el suelo, recibiendo por su parte una casi imperceptible seña aprobatoria.

—¿Qué te parece si entras y tomamos un té en casa? —me dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a incorporarme.

—De verdad, déjalo. Ya has visto que hoy...

—Entra en casa, es una orden... Si no quieres que todo el vecindario — señaló con un dedo abajo— se entere de nuestra conversación. —Y me hizo un guiño, sonriendo y provocando unos hoyuelos casi imperceptibles por la barba.

—De acuerdo, no puedo quedarme mucho, mañana tengo que levantarme pronto. Comenzamos la guerra.

—¿Guerra? —preguntó, cerrando la puerta.

—Sí, han convocado un ERE en la empresa en la que trabajo.

—Toni no me ha dicho nada y eso que hoy he hablado con él.

—Lo sé. —Me miró intensamente mientras entraba en la cocina. Su casa era igual que la mía, pero al revés y menos moderna.

—¿Té rojo te va bien? —me preguntó, pillándome in fraganti mirando por la ventana de la cocina hacia la mía—. Te debo una disculpa —dijo con seriedad. Yo le miré interrogante.

—¿Tú a mí?

Asintió vehementemente.

—Siento que la chica que estaba el otro día en mi casa te incomodara a través de la ventana.

—Ah, eso. —Traté de mantenerme como si fuera una chica moderna, pero el calor que sentí en el rostro me delató.

—Sí, eso. —Me acarició el brazo—. No pasó nada con ella, yo sólo...

—Que no necesito que me cuentes tu vida y menos con quién te acuestas...

—Pues creo que una de las cosas que me echaste en cara el otro día fue eso.

—Cuando te eché de mi casa estaba confundida, ofuscada, y aún lo estoy. Pero he de decirte que lo siento, que no debí tratarte como si la culpa de todo fuera tuya. —Echó el agua en unas tazas, puso las bolsas y sirvió un poco de leche en las dos.

—Vamos al salón, anda. Así estaremos más cómodos.

Le seguí. Su «refugio» tenía un estilo típicamente «masculino», limpio pero revuelto de una manera «casual», como si de cada cosa que estaba fuera de lugar hubiera sido perfectamente estudiada su posición.

Una gran librería presidía el salón frente a un sofá que había visto tiempos mejores.

Nos sentamos bastante separados, por cierto, y nos miramos a los ojos sin romper el hielo. Me sentía algo incómoda, bueno, en realidad muy incómoda, así que me dediqué a soplar el té y a pasear los ojos por los libros que estaban en la mesa. Todos de fotografía.

—¿Te gusta la fotografía? —Venga, guapa, rompe el hielo, me dije.

—Soy fotógrafo —sentenció seco.

—Hum. —Asentí, no había dado muy buen resultado, así que regresé a la tarea de soplar el té e intentar sorber un poco del líquido sin abrasarme el gaznate.

—¿No te lo dijo Toni? —Asentí ligeramente, pero poco convencida al no recordarlo—. Pues sí, nos conocimos cuando él trabajaba en televisión, en un



*talent show*. Yo era el director de fotografía fija, él llevaba guion y producción. Pasamos muchas horas juntos.

—¿Te sigues dedicando a la tele?

—Me dedico a lo que puedo. No digo que no a nada, el mundo de la fotografía no está tan bien como me gustaría, pero no me puedo quejar. Viajo por el mundo, hago fotografías para catálogos de moda, para revistas, series de televisión, películas...

—Es una vida muy atractiva, hay que reconocerlo.

—Bueno, depende de lo que consideres atractivo. Ser autónomo en este país es «un saca dineros», ganes o no ganes a final de mes.

—Ya, pero haces lo que te gusta.

—Sí, aunque ahora me gustaría hacer otra cosa. —Se acercó peligrosamente a mi lado.

—Un momento. —Le paré—. Yo he venido aquí a hablar...

—¿De tu libro? —bromeó, intentando que me riera.

—No, idiota. —Sonreí, descalzándome y subiendo los pies en el sofá—. Quiero pedirte disculpas por lo maleducada que fui el otro día al echarte de mi casa con cajas destempladas. Y por lo de esta tarde en el rellano, no sé lo que me pasó...

—Estás confundida. —Se acercó un poco más. Sentía su rodilla pegada a la mía.

—Estoy hecha un lío, Josep. Y no es sólo por habernos acostado, tiene que ver más con todo lo que conlleva estar aquí.

—¿Quién dijo que la vida sea sencilla? —Me acarició la rodilla—. La vida está llena de escalones más o menos altos. Está en nuestra mano echarle ganas o no y seguir subiéndolos.

—Ya, pero durante este tiempo me he dado cuenta de que nunca he subido las escaleras porque yo quisiera, sino porque alguien estaba al final decidiendo que lo hiciera.

—Bueno, pero si finalmente has captado todo eso, es un gran paso, ¿no crees? —A lo tonto se creía que no me percataba de que su mano, posada anteriormente en mi rodilla, había subido al muslo por arte de magia.

—No sé. Ya sabes lo mal que lo he pasado al estar aquí sola. Soy una chica de provincias con padres conservadores, qué le voy a hacer. —Me encogí de hombros.

—Lo pintas todo muy sencillo para haberte pasado tantos días llorando como un alma en pena por toda la casa. —Me acarició con su otra mano.

Mierda, me estaba acorralando—. Ese novio tuyo, además, es un capullo.

—¿Le conoces? —pregunté directamente, poniéndome un mechón de pelo húmedo tras mi oreja.

—No. Sólo le vi una vez. Rubio, ¿verdad? —Asentí—. Pues sí, le vi una vez con una maleta. Nunca más.

—Pues por aquí tiene una red de espías muy importante —dije con voz de conspiración al más puro estilo *Expediente X*—. Lo saben todo sobre mí.

—¡Jajajajajaja! —se rio a mandíbula batiente.

—Eso, tú ríete, pero descubrir que vives con un agente de la Stasi que tiene controlados tus pasos, no me hace ninguna gracia.

—Eso denota que no se fía de ti.

—Eso denota que es gilipollas y que no me he dado cuenta hasta ahora de que sólo vive para su trabajo y que yo le importo una mierda. Soy su complemento perfecto...

—Es idiota —sentenció finalmente, atacando sin contemplación mi boca.

Me vi sumida en una vorágine de sensaciones contradictorias. Pero es que su boca sabía tan bien, besaba como si fuera un dios del amor. Vale, me he pasado un poco, pero es que... Y sin pudor alguno, se abalanzó para echarme en el sofá sin que ninguno de los dos recordara que entre mis manos tenía una taza de té ardiendo, cuyo contenido cayó directamente en mi pecho.

Lancé la taza por los aires, me levanté corriendo y soltando un alarido. Para mí que se oyó tres calles más allá.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Quema! ¡Me quemo vivaaaaaaaaaaaa! —Corría como un pollo sin cabeza de un lado a otro intentando separar la camiseta de mi cuerpo.

—*Mare meva!* —Josep salió disparado a mi encuentro—. Lo siento, lo siento. —Puso las manos en la base de la camiseta e intentó quitármela.

—¿Qué haces? ¡Que no estoy para eso! ¡Salido! —Le pegué en las manos.

—¡Calla, joder, y baja la voz!

—No ves que no puedo, ¡me abraso!

—¡Pero, por Dios, quítate la camiseta! Voy a por agua fría. —De fondo comenzó a oírse el llanto de un bebé—. Lo que faltaba. —Josep se echó las manos a la cara.

—¿Y eso? —pregunté, despojándome de la camiseta. Me quedé desnuda de cintura para arriba mientras él regresaba de la cocina con una botella de agua fría y un paño.

—Ponte esto mientras voy a por Eric y traigo una pomada. —Ni me miró

cuando me lo dio todo.

Cogí el paño empapándolo de agua helada. Al principio fue un alivio. Pero después acabé echándome directamente el contenido por todo el pecho, eso sí que estaba fresco, y traté de secar lo que chorreaba. ¡Qué desastre!

—Es lo más erótico que he visto en mucho tiempo, de no ser por las circunstancias. —Josep estaba acunando al bebé a la vez que se acercaba con la crema.

—Dame eso. —Se la quité sin miramientos—. Ha sido culpa tuya.

—Lo siento de veras. —Hizo el amago de ayudarme con la crema, otra vez se llevó un manotazo.

—Tú quietecito. —Seguía sin ropa con los pechos al aire—. ¿Podrías traermme una camiseta? Por favor.

—Podría, pero me gustas más así. —Sonrió, moviéndose por toda la habitación para dormir al bebé.

—Mira. —Me agaché a por la camiseta mojada—. Me echo la crema y me voy. Déjalo. ¿Ves como sabía yo que era una mala idea venir?

—No, no. Quédate, Eric ha vuelto a dormirse, espera. —Volvió a escabullirse y al poco regresó con una camiseta y sin el niño—. Toma, pónitela, aunque yo prefiero verte sin camiseta.

—Claro, y con las tetas rojas como una guiri recién llegada a Barcelona, ¿verdad?

—Lo siento mucho. Es que me nublas la mente. No pienso mucho si estoy a tu lado.

Le miré con la crema en una mano y la otra extendiéndomela por todo el pectoral que, por cierto, ya tenía un color gambitero profundo. Quería responderle que me pasaba exactamente igual, pero no creí que fuera el momento. Me lo guardaría, no era lo más adecuado, así que agarré la camiseta y me la puse, quería intentar que me mirara a los ojos.

—Siento haber despertado al bebé, pero me dolía mucho. —Y olé, ni Manolete lo hubiera hecho mejor.

—¿Eric? —Se acercó acariciándome el rostro—. Tranquila, es un bendito, no le queda otra con la vida que lleva de un lado para otro.

—¿Pero no tiene madre?

—Claro que la tiene, pero con unos horarios de locos, es médico.

—Ah, pobre, yo pensé...

—Deja de pensar. Por no parar, temo que te has formado una imagen sobre mí que no me corresponde. ¿No? —Asentí despacio al tiempo que me llevaba

de nuevo hasta el sofá.

—¿No tienes pareja?

—Ya no. Te confesaré que aún me cuesta vivir sin ella.

—¿Fue una ruptura dolorosa?

—Lo fue, pero gracias al tiempo, poco a poco las heridas van cerrándose. Ya sólo me acuerdo de lo bueno y puede que por eso la eche de menos, la tengo idealizada. Aunque ya no hay vuelta atrás o, por lo menos, yo no quiero volver.

—No sé si alegrarme, una ruptura nunca es buena... —Sonreí casi como una boba, me estaba durmiendo—. ¿Y sobre el montón de mujeres que entran y salen de tu casa?

—Es fácil de contestar. Mi casa también es mi estudio de fotografía. Así que muchas vienen enviadas por las agencias, revistas o lo que sea para que hagamos la sesión aquí. Ahí tienes la explicación a lo que pasó con la modelo de las tetas recauchutadas —dijo, acariciándome el pelo.

—Como has podido ver, lo de las tetas al aire en tu casa va a convertirse en una tradición. —Pero qué a gusto me estaba quedando a pesar del ardor en el pectoral—. Pero que sepas que me alegro de que no seas un crápula.

—Pues yo no me alegro de que tengas novio.

Asentí casi sin ganas...

Me di la vuelta en la cama para ponerme bocabajo, pero un horroroso escozor de pecho hizo que saltara y se me quitara de golpe la pereza bajo las sábanas. Recordé de inmediato el suceso que había producido este dolor y cuando me incorporé, tenía el cuerpo de Josep semidesnudo durmiendo bocabajo a pierna suelta a la derecha —joder, qué bueno estaba— y una cuna con un bebé que hacía gorgoritos mientras miraba al techo y jugaba a llevarse un calcetín a la boca. No, definitivamente, no estaba en mi casa.

Busqué por algún lugar un reloj, eran las seis de la mañana. ¿Cómo coño había acabado en la cama de Josep? ¿Y con una cuna? Parecíamos un matrimonio típico, ¡por Dios!

Me levanté sin hacer demasiado ruido, me tenía que ir. Rodeé la cama acercándome a la cuna para hacerle una carantoña a Eric... Pero poco más, soy un poco inútil con los bebés.

Miré desde la puerta a aquel grandullón que seguía durmiendo, ahora extendido en diagonal en toda la cama. Dejaría una nota, así sabría que me

había llevado la crema y la camiseta, y que se las devolvería más tarde.

Ya en mi nuevo «hogar», subí a darme una ducha. No sabía si se iba a convertir en una rutina o no, pero lo de mirarme al espejo cada vez me daba más miedo. Si no veía un mapache, veía un unicornio, ¿ahora a qué animal me parecería? Y si después de quemarme viva, la piel se me caía a tiras y del disgusto uno de mis pechos abandonaba mi cuerpo, me iría donde fuera para convertirme en amazona.

—¡La leche! —grité del susto mientras me palpaba lentamente intentando calcular el nivel de estropicio—. Parezco un pájaro de esos que hincha el pecho *colorao* como un tomate. ¡Duele! Joder cómo duele...

Parecía una tarta de nata después de volver a untarme toda la crema en el pectoral y en el principio de los pechos, tratando al mismo tiempo de amansar la maraña en la que se había convertido mi cabellera.

De nuevo me detuve a contemplarme. Era roja. Toda yo era roja. El pelo, mis ojos inyectados en sangre y mi piel ¡roja! De verdad, ¿qué había hecho con mi vida? Si en otra había sido tan mala como para pagarlo en esta, como mínimo que me dijeran qué había hecho, era lo mínimo, ¿no? Así, por lo menos, mi suplicio tendría una explicación. Y no me valía aquella de que en una vida pasada había sido mala, porque no me acordaba ni de un carajo.

Terminé de arreglarme de la mejor manera posible. Me vestí con una camiseta hiperescotada, no era el estilo que me iba, pero sabía que mi piel lo agradecería y no usaría lenguas muertas para referirme a cada roce sufrido.

Fui a recoger el móvil, que sin querer queriendo, había dejado en casa al ir a la de Josep, para ver que en la pantalla se reflejaban «doce millones» de llamadas perdidas de Pedro Luis.

Bueno, me gustaba exagerar un poquito, pero para mí tres llamadas de él eran como si estuviera cerca el fin del mundo o como si hubiera mandado a la Policía Montada del Canadá a buscarme. Había también tres mensajes y, para colmo, uno de ellos era del innombrable preguntando por qué estaba tan enfadada, ¡gilipollas! Otro era de mi padre para informarme de que mi madre estaba muy preocupada porque no sabía nada de mí y que ya me llamaría él. ¡Joder, y por qué no llamaba ella! Y el tercero de Toni, para darme la dirección a la que teníamos que ir, sin pasar por la oficina, para hacer ruido. ¡Comenzábamos la fiesta! A liarla parda por el ERE convocado. ¡Yupi! Concentración en el lugar donde se estaban llevando a cabo las negociaciones.

Así que si había que ser un poco *kale borroka*, se era *kale borroka*, que

estábamos luchando por lo nuestro.

—¡Vamos! —me jaleé yo sola—. A darlo todo por los obreros.

Vestida y calzada para «matar», con mis manoletinas de caminar, me dispuse a salir con destino al meollo de la trifulca. «A las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de...». ¡Coño, si mi padre me oía cantando esto, me echaba de casa!

En serio, me perdía.

Me perdía y lo que no sabía era si quería encontrarme.

Joder, que siempre me pasaba igual, ahora no sabía dónde estaba, tenía el «geiperman», también llamado GPS en los círculos más doctos, marcando que el lugar donde habíamos quedado era en el que me encontraba, pero no había nadie. Esto estaba más solitario que la una.

Miré a mi alrededor en un intento de ubicar a alguien conocido, pero lo más conocido que tenía frente a mí era un Starbucks...

—Hummm, y si me acerco y me tomo un *caramel macchiato*. —¿Veis cómo se me iba la pinza?—. Para, Ángela, céntrate que has de encontrar a tus compañe... ¡Silencio! Escucho silbatos y pitos. ¡Olé! Creo que los he encontrado.

Fui como alma que lleva el diablo. Miré el reloj. Habían debido de comenzar antes, porque ya había un guirigay intenso y todavía no había llegado. A ver, que no era el centro del universo y no pretendía que nadie esperara, pero ser puntual nunca había sido una virtud entre los colegas. Aceleré mi paso para llegar justo a la esquina en la que debía girar para encontrarme con los pocos compañeros que estaban montando bulla.

Se me quedó cara de idiota. Supuse que los chicos de la oficina habrían llamado a toda la agenda que tenían en el móvil, porque esto no era una pequeña movilización, sino una marabunta humana perfectamente pertrechada con todo tipo de material para liarla parda.

Noté un golpe en la espalda que me introdujo en la vorágine. ¡Hale! Como en las rebajas, zarandeada sin poder moverme a mi antojo. Aquello no me olía bien, y no era por los alerones de algunos de los que estaban espachurrando mi culo. La peña andaba buscando follón... Si ya lo decía yo, que lo de la canción de Pastora me venía al pelo. Pero de andar sola, ¡más quisiera!

¡Venga! Otra leche más y ahora sí que me habían encajado cual sardina en

escabeche. Ya no podía ni mover los brazos. ¡Era un chorizooooo! Y sí, también lo decía por mi color de piel, así, embutidita. Alcé la vista y miré a mi alrededor para ver si conocía a alguien. Nada. Pero me fijé en que todo el mundo iba vestido casi igual. Seguro que me había metido en un concierto de One Direction o Justin Bieber... Venga camisetas amarillas. Venga caras pintadas de amarillo, rojo, azul y blanco. Venga banderas... ¡la hostia! independentistas.

No es que estuviera yo muy ducha en el tema de las concentraciones antiERE, pero para mí que o habían aprovechado que el Pisuerga pasaba por mi tierra o estaba en medio de algo que no tenía que ver con el hecho de que nos fuesen a echar a la calle cual desahuciado sin vivienda. Y mucho menos en un concierto para jóvenes con las hormonas al jerez, como las mías en estas semanas.

—¡In-inde-independencia! —comenzaron a gritar en mi oreja.

—¡Queremos votar! —Otro alarido en mi otra oreja.

—¡Sí, sí! —Berridos por otro lado.

—¡Queremos decidir!

—¡Por un referéndum que nos separe!

—Joder, como sigan con tanta votación, aquí los únicos que se van a hacer de oro son los fabricantes de urnas —dije por lo bajo.

—¿Decías algo? —me preguntó un chico con una chaqueta llena de banderas.

—No, nada.

—Pues sigue caminando. —Me señaló—. Que estamos llegando casi a la cabecera de la manifa y a la sede del partido.

Hale, otra vez rodeada de pitos y banderas sin posibilidad de escaquearme, si es que pongo un circo y me crecen los enanos. Me estaba planteando ir a alguna bruja para que me quitase el «mal del ojo del culo que me habían *echao*», porque si no, esto no tenía sentido.

¡Toma!, otro empujón que me echó más para adelante.

—¡Eh! Sin empujar —exclamé al sentirme acosada por todos lados. Esta gente se movía más que la cola de una lagartija, joder. Quería salir de allí de una vez, que iba más perdida que Wally con los del frente Atlético.

Dios, un respiro, parecía que se habían detenido, porque lo que es de gritar por la independencia esta y el derecho... Coño, que yo también tenía derecho a salir corriendo, que necesitaba llegar a mi propia manifestación. Todos teníamos una manifestación en nuestra agenda, la mía era hoy, sí, qué

casualidad. Pero *cojona*, «si me queréis, irse». O dejadme ir, que ya me bien...

La hostia, la hostia, la hostia. La que me van a endiñar, claro.

Frente a mí, un muro de contención en forma de tiarrones con cuellos gordos, hombros exagerados y casi dos metros de estatura. Armarios empotrados que posiblemente en otro momento habrían alimentado mi calenturienta mente, pero que ahora sólo alimentaban la necesidad enfermiza de salir corriendo. «¡Liberad a Willyyyyyyyyyyyyyy!», gritaba mi cabeza sin remedio.

Mamá, miedito. Mamá, caca. Mamáááááááááááá, que tienen escudos, cascos, porras y cosas para hacer cosquillas, pero a lo bestia. Ay, Dios, que me veía esposada y pidiendo clemencia cual Pantoja.

¡Sobreviviréééééééééé! —Saqué la Mónica que llevo dentro, aunque con mi toque particular—. Buscaré un lugar, donde los *mossos*, no me puedan zurraaaaar. Venga banderas, haleeeee. Y ya estaban estos armarios empotrados frente a nosotros, acompañados de un millón de periodistas. Bueno, vale, eran menos, pero ahí estaban con las cámaras enfocando el lío en que yo andaba metida, mientras los colores de la sede del partido del gobierno se habían hecho más que visibles.

—Toma esto. —Me ofreció un chaval que iba vestido con bastante poco gusto. ¿Cómo podía combinar esos pantalones *cagaos* con esa camiseta tan colorida? ¿Y ese corte de pelo? Agarré lo que me alargó sin prestar atención, ya que en esos momentos me habría gustado más estar cual camaleón con diez ojos que estar atenta a lo que leches me daba.

—In-inde-independencia —siguieron vociferando hasta que en medio de la marabunta se oyó un grito.

El chaval que me había dado el palo, que al mirar me di cuenta de que me había enchufado una bandera independentista, con su estrellita y todo, se agachó abriendo lo que parecía su mochila, cogió un pañuelo para ponérselo en la cara y comenzó a lanzar huevos contra la sede.

Hummm, dos segundos para pensar y... esto se iba a poner más peligroso que una resaca de Chuck Norris, y yo en el medio.

Tiré la bandera e intenté irme por donde había venido, pero la marea humana me lo impidió. No sabía dónde me había metido, pero me estaba cagando patas abajo.

Yo no había venido a ninguna reivindicación política, ¡válgame el cielo!

¡Dejadme salir! Grité para dentro, ya que por mucho que lo intentara, por



fuera no me iba a oír nadie. Todo el mundo estaba tirando globos llenos de pintura, huevos, jaleando consignas políticas y la cosa estaba comenzando a calentarse.

Puto tuerto cabrón que me había mirado, juré por la gloria de las ruedas de mi coche que como supiese su nombre y dirección, este se quedaba sin casa. El tuerto, claro.

De repente noté una mano que me agarraba del brazo. Lo sabía, no había más remedio, mi vida estaba perdida. Y yo que soy digna, levanté la cabeza, no había más que hablar, todo estaba dicho. ¡Adiós, mundo cruel! Mi vida en libertad había finalizado, los pájaros, las mariposas, los amaneceres, el sol y la brisa del mar... Me quedaba en el calabozo sin fecha de fin, esperaba que mis seres queridos viniesen a verme, a darme besos, a traerme un bocadillo con una lima dentro.

El tirón fue mucho más fuerte. No me iba a rebelar, no. Dejaría que me llevasen con la cabeza bien alta. Cerré los ojos y dije: «¡Libertad!», cual William Wallace.

—¿Qué coño dices, loca? —Vi a Toni sacándome a la fuerza de aquel montón de gente—. ¿Se puede saber qué haces aquí? —me preguntó a gritos, porque no podíamos oírnos.

—No lo sé, fui a la dirección que marcaba el GPS y no había nadie. Como oí jaleo, pensé que la cosa ya estaba animada y que habíais comenzado antes de que yo llegara. ¿Pero tú qué haces aquí?

—Pues lo mismo que todos estos.

—¿Eres...? —Me quedé con la pregunta a medias.

—Anda. —Me dio un empujón para meterme por una callejuela—. Tira por allí. Lo que nos faltaba contigo —bufó.

—Oye, que yo no tengo la culpa de...

—Hija, yo ya no sé si es que lo haces aposta o que realmente eres de las que ha nacido estrellada. —Abrió los ojos de par en par al fijarse en el rojo de mi escote y acercarse las manos a la boca—. ¿Pero qué es esooooo?

—Una quemadura por agua hirviendo —le contesté de una manera más o menos normal.

—Lo dicho, tú tienes un problema. Has pasado muchas veces bajo una escalera, te has cruzado mil veces con un gato negro. —Volvió a llevarse las manos a la boca—. ¡Ya está! Es por esoooo.

—¿Por qué? —pregunté, mirando a mi alrededor a ver si conseguía ver lo mismo que él.

—Por eso. —Señaló mi moño.

—Oye, que si es porque el peinado no es lo suficientemente moder...

—¡Pelirroja! —casi gritó.

—¡Sí! —respondí yo desesperada—. Y desde que nací.

—Es que eres pelirroja.

—Joder, eso ya lo has dicho antes.

Estaba a punto de largarme cuando soltó la bomba.

—Los pelirrojos son los hijos del demonio.

—Mira, espero que esto lo estés diciendo para sacarme de quicio. Porque como lo estés haciendo en serio, te voy a mandar a tomar por culo en menos que canta un gallo.

—Que no, que sois malignos. Y por eso tienes mala suerte. —Comenzó a descojonarse en mi cara.

—¡Gilipollas! —sentencié, andando hacia el lado contrario de donde estaban los gritos.

—Venga, no te enfades, que era una broma. Nena, es que no se puede ser tan torpe en tan poco tiempo.

—Pues que sepas que esto... —Me señalé el escote—... Ha sido culpa de tu amigo Josep.

—¿Has estado con él? —preguntó mientras caminábamos.

—Sí. Fui a pedirle disculpas por lo que pasó el otro día y estuvimos hablando largo y tendido. No me dijiste que tenía un estudio en casa.

—Tampoco es que supiera que tenía el estudio en casa.

—Ya, no sé, es que me tiene desconcertada.

—Imagino, pero ¿cómo fue lo del agua?

—Digamos que distendimos un poco el ambiente tomando un té y se me abalanzó sin recordar lo que había entre nosotros.

—Lo dicho, eres un poco gafe. —Levantó los brazos en señal de rendición al ver la mirada que le echaba—. Pero es verdad, ¿cómo puedes tener tan mala suerte?

—No lo sé, pero acabé despelotada en su casa, gritando de dolor, y al final dormida en su cama.

—¿No hubo sexo?

—No, no hubo sexo.

—¿En serio?

—¿Pero tú has visto esto? —Le señalé de nuevo toda la rojez de mi piel.

—También es cierto. —Llegamos frente a un hotel y ya estaba todo lleno

de pancartas en contra del ERE—. Ya hemos llegado. Es aquí.

## CAPÍTULO 13

—Cariño, ¿has visto el telediario? —gritó Marta, desesperada, a su marido desde la cocina mientras él estaba en la habitación con el ordenador.

Su casa estaba situada en uno de los barrios señoriales del centro. Techos altos, ventanas grandes, un suelo de parquet maravillosamente pulido y cinco amplias habitaciones, y visto lo visto Marta habría querido más hijos, aunque con tres hubieran tenido más que de sobra. Lo único bueno de ello era que la cocina había sido reformada y ocupó más espacio del que necesitaba.

El olor a comida se estaba colando por todas las rendijas de las puertas y Alonso, a la par que escuchaba los alaridos de su mujer, aspiró el delicioso aroma de lo que fuera que estuviera en el fuego, que llegó a la habitación que remodeló como despacho. Marta se negó a que usara la de Ángela, aquella seguía tal y como la dejó al marcharse.

—Nooooooooooooo —respondió también con un grito, atento a la pantalla de su pc en donde salía una fortaleza llena de caballeros medievales.

—¡Ven corriendo, que sale tu hija! ¡Nos la pervierten! —Le iba a dar un sofoco, y no era para menos, acababa de ver a Ángela, a su niña, en los titulares del informativo. Y no como relleno, sino en la cabecera de una manifestación proindependentista frente a la sede del partido del gobierno mientras llevaba entre las manos una bandera con la estrella.

—A ver, Marta. —Se acercó por detrás abrazándola y le robó un sorbo de la copa de vino que se había servido mientras cocinaba—. ¿No crees que quizás echas de menos a tu hija?

—¿Me ves tan trastornada como para no reconocer a tu hija?

—Digo yo que también será tuya. —Volvió a beber de la copa.

—Mira, eso es de lo único que no puedo dudar —replicó, mirándole con cara de malas pulgas—. Pero lo dicho, que la acabo de ver en una manifestación de esas llena de perroflautas que quieren separar España. Y lo peor de todo no es eso, sino que estaba de las primeritas con una bandera independentista en las manos frente a la sede del partido... —soltó atropelladamente.

—Tranquilízate, Marta, me quedo contigo y vemos si... —Se calló de

inmediato al ver que el presentador estaba dando paso a las noticias más significativas del día y ciertamente era su hija la que estaba saliendo en la pantalla de televisión, en primer plano, con una bandera independentista entre las manos. No había posibilidad de confusión, su pelo rojo era inconfundible —. ¡Me cago en todo lo que se menea! —El padre se separó de Marta—. ¡Esto es intolerable, yo no he criado a una hija en los valores de mi país para que ahora, que lleva dos días allí, me la conviertan en una perroflauta come butifarras!

—Te lo he dicho, era tu hija —repitió Marta, señalando la televisión.

—Mi hija no puede estar metida en todo este embrollo, es que me voy a... Me voy... Saco los tanques, los saco. —Dio un golpe en la mesa.

—¡Ay, por Dios, Alonso! Qué disgusto, qué disgusto. —Se puso a lloriquear sentada en la silla de la cocina—. La de tiempo invertido en colegio de monjas, en misa y en criarla como a una buena niña. ¿Y qué hace ella? Nada más irse de Valladolid, se convierte en una terrorista.

—Tampoco te pases con la chiquilla.

—¿Cómo que no me pase? ¿Has visto que carita tenía? ¿Viste a la gente que estaba a su lado? Alonso. —Lloraba al más puro estilo de novela televisiva—. Comienzan así y en dos días tenemos que ir a verla a la cárcel por haber matado a alguien.

—Mira, no digas más gilipolleces. Eso es que la niña está muy sola sin el subnormal de su novio y se ha confundido.

—Su novio está trabajando, que es lo que tiene que hacer —le contestó su mujer muy digna.

—Si el idiota ese hubiera estado con ella, esto no estaría pasando.

—Nunca te gustó Pedro Luis.

—No, nunca me gustó el pusilánime ese.

—¡Ay! ¡Hemos perdido a nuestra hijaaaaaaaaa!

—Lo que voy a perder yo es la paciencia como no te calmes un poco.

—Haz algo, Alonso, que no quiero ir a llevarle ropa y cigarrillos a la Modelo.

—Primero, tu hija no fuma. Segundo, la cárcel Modelo ya se está cerrando, ¡coño!

—Me da igual, no quiero que se vista con un mono naranja, que con el pelo tan rojo que tiene no le va a favorecer nada —replicó Marta, sonándose los mocos con estruendo.

—Quién me mandaría a mí no irme de maniobras, con lo a gusto que

estaría yo revolcado en el barro y sin tener que aguantar las americanadas de esta mujer mía —dijo en alto.

—Te he oído —sollozó ella.

—No pretendía esconderme —replicó.

—Eres un insensible.

—Y tú, una exagerada. Lo raro es que nuestra hija nos haya aguantado todo el tiempo que lo ha hecho.

—Es una ingrata. Míralaaaaaaaaaaa. —Señaló de nuevo la televisión cuando la noticia se congeló en su imagen.

—Esto lo corto yo de raíz como que me llamo Alonso Chanin O'Malley y por mis venas corre sangre irlandesa.

## CAPÍTULO 14

—En serio, ya no sé qué hacer —se dijo a sí mismo Pedro Luis, mirando por el ventanal de su habitación—. No pretenderá que deje todo lo que tengo aquí para ir a hablar con ella, ¿no?

—Pues creo que es lo que te está pidiendo a gritos —respondió una morena despampanante, levantándose de la cama y acercándose sinuosamente a él. Estaba completamente desnuda.

Llevaba más de una semana en Dubái y los negocios estaban a punto de cerrarse, en ese momento no podía dejar nada a medias, más cuando sus socios le habían dado este encargo casi como un reto. Un examen para ver su capacitación más allá de sus dotes de ingeniero. Todo buen ingeniero tiene que saber venderse o vender el producto en el que está trabajando.

Notó la mano de la mujer en su espalda y lo que en un principio había sido remordimiento, ahora se daba cuenta de que se había transformado: ya no sentía ese enamoramiento que se suponía debía haber con Ángela. Sentía una especie de responsabilidad con ella al llevarla a Barcelona, pero en su estómago ya no se posaban esas mariposas cuando su imagen aparecía en su mente. Era como si la separación de estos días le hubiera puesto la respuesta delante de él; cada vez pensaba menos en ella. Y se sentía culpable por no ser claro.

Sofía, aquella belleza, continuó acariciándole, no era la primera vez que estaban juntos. Se habían conocido hacía ya dos días y desde entonces se veían muy a menudo, ella trabajaba en la división italiana de su empresa. Pero lo más curioso era que aquella morena había sido la que había insistido una y otra vez en que debía aclarar las cosas con su novia si realmente estaba sola en Barcelona y no quería seguir haciéndole daño.

—De todas formas, deja que se le pase el enfado, es normal que después de que no aparezcas más que por mensaje telefónico esté de morros contigo. No le des más vueltas. —Paseó su mano por su cuerpo desnudo provocándole para que le atendiera—. En cuanto regreses a Barcelona, préstale toda tu atención. Después de ello, poned las cartas sobre la mesa y sopesa si te merece la pena arreglar tu historia.

—No sé, quizás debería adelantar mi regreso. —Finalmente se dio la vuelta para encararla. No tenía nada que ver con Ángela. Sofía era morena de piel y pelo, ojos oscuros y curvas voluptuosas, una italiana de las que hacen girarse a los hombres más de una vez.

—Te lo repito, sopesa tu historia, lo bueno y lo malo. Lo que te ha dado y lo que puede darte. —Le sonrió.

—Estoy confundido —contestó.

—Es normal que lo estés. Si es cierto que aquí te has enterado de que el mundo es algo más que tu ciudad, es casi mejor que lo pienses hablando con ella. Y hablando de pensar... —Miró su reloj—... Hasta las diez no tienes que ponerte a trabajar, ¿verdad?

—Sí. —Se acercaron a la cama. Cuando Pedro Luis alargó la mano al móvil, no vio ninguna llamada de Ángela ni ningún mensaje, suspiró—. Y son las ocho.

—Pues hasta que decidas qué hacer, ¿por qué no hacemos algo juntos? Darle vueltas ahora mismo es una tontería.

Parecía una superficialidad estar en la cama con una mujer mientras pensaba si su relación merecía la pena.

Estaba hecho un verdadero lío... Y lo aceptaba, era un crápula.

A Ángela la quería, la amaba, y a pesar de entenderse muy bien en la cama, su pulsión era mucho más fuerte que él mismo. Las dos semanas que pasó en Barcelona solo se había comportado como debía hacerlo. Como se merecía su novia.

Pero en Dubái, en Dubái le había sido imposible, aunque se había resistido. Todas las mujeres que había conocido eran bellísimas, espectaculares, deseables, y él estaba solo. Se encontraba mental y físicamente solo desde hacía mucho tiempo.

En realidad, la culpa no era de nadie, un corazón que ya no late con el de su pareja al unísono tiene un problema. Y él, desde tiempo atrás, ya no sentía lo mismo por Ángela. La monotonía había enturbiado su relación y mientras todo el mundo pensaba que eran la pareja perfecta a punto de casarse y tener hijos, lo único que hacían era remar juntos en una barca que se resquebrajaba.

Más tarde volvería a intentar ponerse en contacto con ella.

Quizás lo de regresar no era tan mala idea, hablar y tratar de ver si a Ángela le pasaba lo mismo que a él o simplemente la distancia y el tiempo sin verse eran los culpables de toda esa paja mental que se estaba haciendo.



## CAPÍTULO 15

Menudo día el de ayer.

No quería levantarme, me dolían hasta las pestañas. Quería quedarme un rato más en la cama, pero había que ir a trabajar, no tenía más remedio si no quería ser de las primeras que saliese por la puerta sin nada más que un «gracias por venir».

Hacía un calor horroroso, el verano tenía pinta de ser insoportable. No pensaba que la humedad me fuera a afectar de esta manera, pero estaba absolutamente aplatanada. No sabía ni qué hora era, me había despertado todo el solazo que entraba por la ventana y me daba directamente en la cara. Alargué la mano y pude ver mensajes de Pedro Luis pidiéndome que le llamara, que quería hablar conmigo, y él no se atrevía a hacerlo ante el temor de que yo le colgase.

«¡NO ME DA LA GANA!», escribí a través del WhatsApp mientras lo gritaba en alto.

Dejé el teléfono a un lado, era muy pronto aún, tenía media hora para remolonear en la cama, pero sin ponerme bocabajo, aún dolía.

Creo que volví a quedarme dormida cuando oí unos tremendos golpes en la puerta de casa. Y si me daba la vuelta, ¿dejarían de sonar?

Pero nada, todavía se intensificaron más; de pronto oí algo que me hizo saltar de la cama como si fuera un resorte.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! No puede ser, tengo alucinaciones auditivas. Me estoy volviendo loca. Estoy demasiado cansada. Necesito dormir más...

—¡Ángela, abre la puerta! —Y lo volví a oír. Sin género de dudas. Era él, el hombre que me dio la vida. ¡Mi padre!

—¡Ya voy! —grité desesperada, saltando de la cama con un brinco que ni el mismo Córdoba con su salto de la rana.

—¡Abre la puerta! —gritó de nuevo.

—¡Que ya voyyyyyyyyyyyyyyy! —Bajé las escaleras de veinte en veinte, sé que no había tantas, pero me estaba poniendo muy nerviosa. Además, ya estaría todo el vecindario despierto intentando averiguar qué estaba pasando en el piso de la «nueva». ¡Un hombre llamando a la puerta!

Mientras me dirigía a abrirla, no dejaba de rogar que Josep no hubiera oído semejante estruendo y saliera a mirar qué sucedía. Por favor, por favor...

Mi padre cruzó el umbral como un torbellino.

—¿Qué despropósito es este, hija? —me preguntó, dejando tres periódicos en la mesa. Miré para la puerta de Josep, estaba cerrada, respiré aliviada volviendo dentro.

—¿Qué es qué? Y sí, papá, estoy encantada de que vengas a verme. Yo también te quiero. —Me acerqué para darle un beso, pero me apartó señalándome los periódicos.

—¿Me puedes explicar qué significan estas fotografías?

Abrí los ojos de par en par. Era yo. Yo en la portada del *ABC*, yo en la portada de *La Razón* y yo en la portada de *El Mundo* sosteniendo una bandera independentista al lado del chaval que con fuerza tiraba unos huevos a la fachada de la sede del partido del gobierno con los *mossos* de escuadra frente a él. Los titulares no eran menos escandalosos, y yo allí.

Joder, que estaba mi careto en todas las portadas de los periódicos más importantes del país.

—Yo no tengo nada que ver con esto —le dije a mi padre, nerviosa.

—Ya, claro. Y ahora vendrá lo de «tiene una explicación»...

—Pero es que la tiene, papá, lo prometo. Que yo no... —Levantó una mano, señal inequívoca de que debía callarme o acabaríamos mal. Daba igual que ya tuviera treinta y cuatro años y que no fuera una niña pequeña, este hombre me imponía.

—Vas a explicarme punto por punto qué has estado haciendo para terminar metida en eso. —Y dejó la maleta al lado de la mesa del salón con dirección no sé adónde, porque no conocía la casa.

—Papá, la cocina está por allí. —Le indiqué a su derecha y se marchó directo.

—Vamos, que no he desayunado aún y me he levantado prontísimo para coger el primer avión que me trajera hasta aquí. —Me adelanté llevándole a la cocina para tomar algo.

—Papá. —Ya estábamos los dos delante de un buen desayuno —. Te prometo que yo no tengo nada que ver con esa foto. Que me metí en una manifestación confundíendola con otra.

—No sé qué es peor, que me digas que te confundiste o que encima ibas a otra manifestación. Pero, hija. —Me tomó de la mano—. ¿Qué te han hecho aquí?

—¿Aquí? Nada —me defendí—. Pero si me dejas hablar, y si quieres, claro, te puedo contar cómo he llegado a salir en todas las portadas de los periódicos.

—Y como noticia de apertura de los telediarios —apuntó él.

—¿En serio? —Asintió, apesadumbrado—. Joder, ¿pero qué coño está ocurriendo en mi vida? —me quejé sonoramente.

—No lo sé, hija, pero esto no va por buen camino. —Dio un sorbo al café.

—A ver, papá, escúchame, no quiero que te lleves una idea errónea. —Respiré—. Aquella mañana me dijeron que se iba a hacer una manifestación delante de un sitio, porque están haciendo un ERE en mi empresa y puede que me quede sin trabajo.

—¿Te van a echar del trabajo? —Mi padre se quedó atónito—. Este novio tuyo no ha hecho nada bueno por tu vida. Ya te dije que no me gustaba un pelo, y encima, te arrastra a un país de apátridas odiabanderas.

—Papá, por favor. —Intenté no dar importancia a su comentario sobre Pedro Luis para retomar el trabajo—. Y no lo sé, papá, pero es posible que sí. —Unté un poco de mantequilla en mi pan—. Pero a lo que voy. Como no conozco muy bien la ciudad, pensé que había llegado al sitio por un montón de ruido que oía al otro lado de la calle. Así que me fui en esa dirección esperando encontrar a mis compañeros, pero me topé con una marabunta humana que hizo que me metiera en esa manifestación, que por cierto ni sabía de qué iba hasta que estuve en todo el meollo y el chico que estaba a mi lado me dijo: «Sujeta esto». Como sabes que no me fijo mucho en las cosas, no tenía ni idea de lo que me estaba dando hasta que miré detenidamente lo que tenía entre las manos. Eso es todo. No hay más.

—Ya, claro. Y mi hija es tonta. —Se me quedó mirando fijamente a los ojos—. Esto es como lo de «cómete este caramelo, que es bueno». No te jode.

—Papá, te lo prometo. Que yo paso de meterme en pollos, pero es que últimamente mi vida se está convirtiendo en una jaula de grillos. No hay nada que esté del derecho, es como si llevara todos los días la camiseta puesta del revés.

—Bueno, digamos que te voy a dar un voto de confianza. Pero a la mínima que vea algo raro, haces las maletas y te vienes conmigo a Valladolid, salga el sol por donde salga.

—Oye, no te pongas tan gallito conmigo, que tengo ya una edad.

—Y yo soy tu padre.

—Coño, ni que fueras Darth Vader. ¿No era mamá el lado oscuro?

—No me vaciles.

—¿Cómo no te voy a vacilar? Que tengo ya treinta y cuatro años, llevo fuera de casa más de cuatro y ¿ahora me vas a venir con autoritarismos?

—Ya, y me dirás que estás encantada de vivir aquí sin tu novio y con un trabajo del que no sabes nada más que mañana, lo mismo, te vas a la calle. Te han robado el móvil y no sé qué coño te ha pasado más —terminó diciendo, señalando mi pectoral.

—Esto fue un accidente por gilipollas, me eché un té ardiendo encima.

—Qué estarías haciendo —dijo desesperado.

—Pues nada. —Me puse a la defensiva y sé que me subieron los colores—. Es que me llamaron por teléfono y me asusté.

—Mira, lo tuyo es de traca, hija. Eres torpe desde que naciste y lo peor de todo es que no sé de quién lo has sacado. Porque tu madre, por no ser torpe, no es ni nerviosa. Y yo...

—Pues soy así, habré sacado algún gen extraño de alguien de la familia. ¿Qué le voy a hacer? —Me levanté de la mesa para irme a la ducha. Ya había perdido demasiado tiempo intentando convencer a mi padre de que mi vida era lo que era sin yo poner mucho empeño en estropearla—. Me tengo que ir al trabajo, te dejo unas llaves y, si quieres, tú ya te apañas por aquí.

—Y tu novio, ¿no piensa venir nunca o qué?

—Pues es que no lo sé, ni sé siquiera si me apetece que venga —le solté mientras me subía a la habitación para prepararme.

No era ya suficiente lío el que tenía, como para que ahora mi padre apareciera instalándose en casa para salvaguardar el buen nombre de su hija. Para que su vástago no se convirtiera en una quemabanderas antipatriota.

Como si yo no tuviera otra cosa que hacer.

¿De verdad que había tenido que marcharme a un montón de kilómetros de mi casa para darme cuenta de que todo el mundo se creía con derecho a arreglarme la vida?

Y ahora lo digo sin género de dudas, la culpa la tenía yo por no haber dejado las cosas claras. Pero como era medio lela, lo mejor era ir dejando que las cosas pasasen. ¿No? Qué sencillo era. Vas a favor de la corriente y así ni te cansas ni te cansan. Aunque esto último puede que no fuese tan cierto, porque yo estaba cada vez más cansada de todo esto.

No habían pasado dos semanas desde que estaba en Barcelona y tenía todo mi mundo patas arriba. Tal vez no hubiese sido tan mala idea que Pedro Luis se marchara dejándome sola ante el «peligro». Sola ante mi verdadero yo sin que nadie pudiera rescatarme, aunque mi padre lo intentara. No, no le necesitaba ni a él ni a nadie para percatarme de que estaba siendo una gilipollas de manual.

Paso número 1: llorar por las esquinas por el amor anhelado.

Paso número 2: echarle de menos a cada paso que se da.

Paso número 3: necesitarle hasta para respirar.

Paso número 4: ¿en serio?

Paso número 5: que era una mujer independiente, soltera y con un intelecto lo suficientemente interesante para que se me tuviese en cuenta...

«A la mierda, váyase usted a la mierda», me autojaleé en un intento de subirme la moral después de no sé cuántas veces que lo había intentado. Esta era otra más, a ver si duraba algo más que las anteriores.

Un estruendo convertido en aplausos comenzó a sonar nada más cruzar la puerta de la oficina. Miré de un lado a otro intentando buscar al culpable de aquel barullo sin darme cuenta de que la protagonista era yo.

¡Sorpresa! Mis compañeros de departamento habían comprado los periódicos que mi padre había dejado plantados encima de la mesa del salón y unos cuantos más, y se habían dedicado a empapelar el departamento con mi cara de idiota sujetando una bandera independentista.

—¡Y parecía tonta! —dijo Lara riendo.

—No esperaba esto de ti —me reconvino Carla, que era la única que no sonreía.

—¿Cómo lo has conseguido? —Se rio Clara.

—Dejad a la pobre —pidió Toni, partiéndose de risa. Había entrado justo después de mí—. Si no llego a sacarla de ese enjambre humano, nos la matan.

—Es verdad, me vi metida en eso buscándoos ayer para la concentración.

—Pues no sabes la que has liado, hasta en el telediario has salido —me dijo Luis.

—Lo sé, lo sé. Pero si hasta mi padre se ha presentado esta mañana en casa para ver en qué embrollo me había metido.

—¡Hostia, el capitán! —exclamó Toni, cuadrándose.

—El mismo que viste y calza; allá está, en mi casa.

—¿Y qué? Ha venido montado en un tanque para salvaguardar a su hija.

—No, ha traído unos treinta tanques que ya están subiendo la Diagonal. No

te fastidia. —Le di un golpe en el hombro.

—Pues yo esta tarde me voy a tu casa a tomar una cerveza —se autoinvitó Toni.

—Tú no vas a ningún lado —le reté.

—Ya te digo yo que sí. —Y se marchó a su mesa.

—¡Dónde está la famosa! —preguntó Diana, entrando como un torbellino y lanzándose a mis brazos.

—Tú no vienes —le reté mientras Diana se aprovechaba de la situación y me sobaba un poco.

## CAPÍTULO 16

Mientras subía las escaleras a su casa, pensó en Ángela.

Hacía algo más de un día que no sabía de ella, pero quería darle tiempo y espacio después de leer la nota que le había dejado aquella mañana, al marcharse, diciéndole que ya se pondría en contacto con él. Estaba claro que lo necesitaba, así que no la presionó a pesar de que tenía muchas ganas de verla. Lo que pasaba era que la situación había cambiado un poco, le había salido muy buen trabajo para *Vogue* y estaría unos días fuera. No quería pasar tanto tiempo sin poder hablar con ella. Lo único malo era que la modelo a la que fotografiaría sería Almudena. No era que no estuviera seguro de lo que sentía, pero verla después de tanto tiempo...

Miró el reloj, eran las seis de la tarde. Dejaría la bolsa de las cámaras y demás artilugios para luego pasar a invitarla a tomar unas cañas en el Lando, seguro que le gustaría conocer un poco más el barrio.

Agotado y después de darse una ducha helada, se fue directo a la cocina a coger una cerveza bien fría mientras hacía tiempo esperando a que Ángela regresara del trabajo.

Miró una y otra vez su móvil, inquieto, parecía que los minutos no corrían. Tenía ganas de que ya fuera la hora en la que normalmente solía oír cómo sonaba la puerta de su casa. Nunca había estado tan pendiente de una hora ni de un sonido, pero hoy era especial. Rezaría un poco, por decir algo, y conjuró para no tener que esperar mucho.

Aún en la cocina, oyó un ruido que parecía provenir de la casa de su «pelirroja». Se asomó.

—Eso es que Ángela ya está en casa. —Dejó la cerveza sin abrir de nuevo en la nevera. Se puso una camiseta, se atusó un poco el pelo y se lanzó de puerta en puerta.

Estaba nervioso. No tenía mucho tiempo si quería que aquella chica fuera para él algo más que una noche loca y una futura amistad. Necesitaba más tiempo con ella para poder conocerla, para poder darse a conocer y finalmente desterrar la soledad que Almudena había dejado en su casa, en su cama, en su corazón.

Recordó el tiempo en el que él había estado dispuesto a todo por aquella relación, cuando ella sólo pretendía llegar a lo más alto en su carrera como actriz. Si Josep no entraba en esa ecuación, pues fuera. Era matemática pura para Almudena.

Había pasado más de un año desde que le había abandonado para marcharse a Los Ángeles y así intentar hacerse un hueco en el mundo de la interpretación. Pero las únicas noticias que le llegaban de ella eran que se paseaba de cama en cama de algunos productores y eso le había dado acceso a algún que otro papelito sin importancia en un par de series de gran éxito en Estados Unidos.

Le jodía horrores pensar que jamás la había conocido realmente. No sabía quién era aquella con la que se acostaba; pensó que estaban enamorados, pero con el tiempo reparó en que él había sido el único enamorado en aquella pareja.

Y de repente regresó al torbellino Ángela. Uno que había aparecido en su vida convirtiéndose en un verdadero reto, pero por la más simple de las casualidades. Su sonrisa sincera se le había grabado en la mente, aunque no la había visto demasiado a menudo; le encandilaron sus mejillas sonrosadas cada vez que se ruborizaba (y eran muchas veces), le enganchaban sus ojos azules y su pelo de color fuego.

Sabía que no podría pasar mucho tiempo con ella a solas si quería tener alguna oportunidad, si quería que aquella chica se quedara con él para siempre, la quería a su lado y haría lo que...

—¿Quién es? —Al oír una voz masculina al otro lado de la puerta cuando llamó, se asustó; pensó que ya había regresado su «novio».

—¿Está Ángela? —Mentiría y preguntaría por la crema que le había dejado, era lo mejor, pensó angustiado después de todo lo que su mente fabuló.

La puerta se abrió de par en par apareciendo un hombre de impecable corte de pelo y del mismo color que el de Ángela. No tuvo que darle muchas vueltas para darse cuenta de que, a pesar de ser de su misma estatura, ese señor era el padre de su vecina.

Tragó saliva: una..., dos...

—Dígame, muchacho, ¿qué es lo que desea? —preguntó con un severo rictus.

—Esto... —Inspiró con fuerza para continuar —. Esperaba que estuviera Ángela en casa porque quería hablar con ella.



—¿Le corre mucha prisa? —preguntó reciamente.

—Lo cierto es que no. —Se giró para marcharse a su casa.

—Espere, mi nombre es Alonso, soy el padre de Ángela. —Le extendió la mano y Josep se la apretó con fuerza—. Si quiere, puede esperar en casa y así conozco a sus amigos.

—Josep, un placer. Y si no le importa, me gustaría esperarla. —Si no puedes con tu enemigo...

—JO-SEP —repitió de manera rara.

—No, ha de pronunciarlo así: YU-Sep. —Sonrió.

—¿Y si te llamo Pepe? —Le guiñó un ojo mientras se apartaba de la puerta para dejarle pasar.

—Así me llamaba mi abuela de pequeño.

—Perfecto, es que yo para los idiomas siempre he sido un poco cenutrio. —Miró su reloj—. Además, Ángela me ha dicho que estaría en casa en unos minutos.

—Ajá. —Asintió algo incómodo.

—¿Qué tomas? He visto que mi hija tiene cerveza y vino.

—Si puede ser, una cerveza. —Se sentó en el sofá del salón pensando en si había hecho bien metiéndose en la boca del lobo.

—Venga, una cervecita mientras esperamos a la niña.

—No tengo ni idea de por qué te he dejado venir —me quejé al ver que Toni me seguía sonriente.

—Porque sabes que, con o sin tu permiso, vendría de todas formas. No se te olvide que sé dónde vive Josep, así que podría presentarme más tarde dejándome caer para conocer así al famoso capitán de fragata...

—Es del ejército de tierra —le corregí.

—Lo sé, pero me hace gracia eso de «capitán de fragata».

—A ti lo que te haría más gracia sería que fuera un pirata...

—Qué idiota eres —se quejó.

—No siempre he de ser yo quien se las coma todas...

—Bueno, pero vas por buen camino, guapa —terminó, guiñándome un ojo mientras paseaba su lengua por el interior de la boca simulando una felación.

—Eres un cerdo. —Se llevó un golpe en el hombro—. Y seguro que tú has comido más butifarra que yo en toda mi vida.

—No me quejo —respondió altivamente mientras yo abría la puerta de mi

casa...

—Pero qué coñ... —salté inmediatamente al ver como mi padre y Josep discutían acaloradamente, sentados en el sofá de mi salón, con unos colores en las mejillas bastante sospechosos.

—¡No, no y no! —decía mi padre, levantando una mano teatralmente—. Va a ser que ahora sois los únicos y que al final España no ha hecho nada.

—Hombre, ha hecho mucho, por eso estamos como estamos —respondió Josep, haciendo un ademán grandilocuente con los brazos.

—Sí, claro. Como al final fueron todos los del mismo y hacían lo mismo, pues como que por eso se consiguió. No será el tío listo ni *na*.

Toni y yo nos miramos asustados. Estaban manteniendo una discusión acalorada y yo veía en la mesa unas ocho cervezas bebidas a palo seco, porque ni unas almendritas había en ella.

—Tengo mucho miedo. —Toni se puso detrás de mí, escondiéndose.

—Cobarde —intenté decir, autoconvenciéndome de que debía meterme en el medio si no quería provocar una segunda guerra civil.

—Pero no podrás negar que es una buena política de...

—¿Política? ¡Ja!

Ya estaba aquí, ya había llegado, la segunda guerra civil se iba a producir en mi casa. Que Josep no conocía a mi padre, que era muy suyo y muy capitán. ¡Ay, Dios, que ni siquiera se habían enterado de que habíamos llegado!

Me veía llamando a los *mossos*, a la nacional... ¡A mí la guardia civil! Por favor, gracias.

—Haz algo, que se van a matar por la «patria». —Toni seguía detrás sin atreverse a dar un paso.

—Joder, que es mi padre, pero me da mucho miedo cuando se pone así.

—Pues entonces, ¿qué hacemos? —Sacó el móvil del bolsillo trasero—. ¿Llamo a Víctor, que es grandullón y da miedo?

—Yo creo que sí, dile que venga para aquí echando hostias o al final nos las comemos.

—Pero, Alonso. —Josep tomó un sorbo de su bebida intentando que la lengua no se le trabara más de lo necesario—. Es una buena política. Durante muchos años ha estado funcionando.

—Sí, pero sólo para vosotros. Y como sois los más crecidos, os creéis

que todo el mundo debe pensar igual.

—Joder, pues a los hechos me remito. Lo que no puede ser es que ahora todo el mundo diga que es malo y antes no decían nada.

—¡Déjate de soplapolleces! ¡Cojones! Que parece que sólo vosotros sabéis hacerlo bien. Que si los colores, que si la ban...

—¡Que no, coño! ¡Que no es tan simple! Que hay que profundizar más en la cuestión.

—¿Has llamado ya a Víctor? —le pregunté a Toni, ya escondidos en la cocina.

—Sí, pero tiene el teléfono desconectado. Debe de estar viniendo para aquí, ya le envié un mensaje.

—¿Cómo que viniendo? —susurré indignada.

—¿Crees que iba a conocer al capitán yo solo? Si Víctor se entera de que lo hice sin él, se divorcia de mí a la «fuerza».

—No sé ni cómo te he dejado venir a ti.

—Pues porque si no, te habrías encontrado con este pollo y sin nadie con quien esconderte de este amago de guerra civil.

—Tú también lo has visto, ¿verdad?

—Joder, como para no ver que esto sí es la auténtica ruptura.

—Ya está bien de palabrería y política de medio pelo —casi gritó mi padre.

—¿Cómo que de medio pelo? —se exaltó Josep—. Pero si es que no puede estar más claro que fue gracias a su política y al buen equipo que hizo. Después se demostró que fueron los demás los que usaron su estrategia.

—¡Y una mierda! —Mi padre se levantó a la par que yo salí corriendo de la cocina para intentar parar la hecatombe que se nos venía encima.

—¡No tienes ni idea! —Josep también se levantó.

—¡Parad! ¡Dejad la política! ¡Que lo mío fue un error! —grité yo en medio del salón con un Toni que me seguía, pero sin querer dejar de estar escondido.

—¡El gran Luis Aragonés fue el que nos llevó a lo más alto! ¡Ni juego de Guardiola ni leches en vinagre! —sentenció mi padre a gritos antes de advertir que me había echado encima de ellos para que no se mataran—. ¿Error? —Mi padre me miró sorprendido—. ¿Cuánto hace que estás aquí, mi niñaaaaaa? —alargó la última palabra, más feliz de lo normal con el

recibimiento—. Ven aquí. —Abrió sus brazos para darme un achuchón a su manera, o sea, fuerte.

—No discutáis sobre política, que lo de la bandera no iba conmigo. —Miré a los ojos de Josep, que me ponía carita de perrito desvalido.

—¿Política? ¡Qué va, hija! —Mi padre me soltó y corrí a ponerme al lado de Josep para intentar protegerle de alguna manera de la posible ira del capitán—. Este inculto futbolístico. —Le dio un palmetazo en el hombro que hizo que se inclinara poco caballerosamente encima de mí y tuviera que sujetarle—. Que no quiere reconocer que fue el gran Luis Aragonés, el zapatonos, el que durante todo este tiempo ha hecho que la selección española ganara dos Eurocopas y un mundial.

—Con el juego del Barcelona —dijo Josep por lo bajo.

—Ni de coña, porque ahora me dirás que Del Bosque ganó mundial y Eurocopa por su buen hacer y sin reconocer la herencia de Aragonés...

Toni me miraba levantando una ceja sin entender nada. Sacudí la cabeza dándole a entender que después se lo explicaría. La historia de mi padre y su Atlético de Madrid, dos cosas inseparables a pesar de ser vallisoletano.

Lo había intentado conmigo, poniéndome demasiadas veces delante de la televisión a ver partidos de fútbol y, al final, me dedicaba a comparar cuál de los jugadores tenía los gemelos más grandes, llegando a la conclusión, después de muchos años, de que era Roberto Carlos, el jugador brasileño del Madrid. Pero por lo demás, si podía, miraba para otro lado.

—Hola, Ángela. —Sonrió vergonzosamente Josep, sabedor de su ligero estado de embriaguez.

—No estaba yo al corriente de que tenías vecinos tan majos, aunque este no tenga ni idea de fútbol.

—Sí, ¿verdad? —Sonreí incómoda.

—Hola, yo soy Toni. —Tendió la mano a mi padre—. Soy amigo de su hija.

—¿Qué tal, Toni! —Le dio un abrazo demasiado efusivo para ser un primer encuentro.

—¡Hey, Toni! —Josep fue a saludarle alargándole la mano.

De pronto, empezaron a oírse unos golpes en la puerta de manera insistente.

—Están picando la puerta.

—¿Quién pica el qué? Joder, que no estoy en estos momentos para comprar una puerta nueva.

—Que no, coño, que llaman a la puerta.

—¿Picar? —Le miré, levantando la ceja—. Mira que habláis raro.

—Abrid, que ya estoy aquí. —Se oyó al otro lado a un Víctor sin aire en los pulmones.

—Voy yo. —Se apresuró Toni, corriendo hacia la puerta.

—Ya he llegado, ¿qué he de hacer? ¿Se matan? —preguntó Víctor, agachándose a tomar aire, doblando su cuerpo y apoyando sus manos en las rodillas.

—Al final, no, estaban hablando de fútbol —sentenció su novio.

—¿En serio? Si lo sé, llego antes.

No sabía dónde meterme, porque lo que tenía claro era que aquello no podía salir bien de ninguna de las maneras.

Mi padre, militar y patriota por los cuatro costados, rodeado de catalanes y convencido de que su única hija iba camino de la perdición para pedir la secesión del territorio catalán.

Y el caso es que, aunque de esa de la banderita pudiera salir indemne, no tenía yo muy claro que pudiera hacerlo, sin «magulladuras», de tener al chico que me gustaba delante del suegro de mi novio, o lo que es lo mismo, mi padre.

Las manos me sudaban un montón, mi padre miraba a Víctor, que aún estaba medio encorvado intentando recobrar el aliento mientras Toni le acariciaba. Y Josep, al que le caían algunas gotas de sudor por la frente, intentaba disimular su incipiente estado etílico al tiempo que una de sus manos se iba directamente a mi culo con poco disimulo. Y yo se la sujetaba por detrás, separándola, aprovechando que mi padre miraba con interés la interacción de Toni y Víctor.

Ahora era cuando me tocaba explicar que eran gais. Y no iba a mentir, en mi casa habían sido muy de «las cosas bien hechas bien parecen», «si se suma una pera y una manzana, no dan dos peras», y lo que me había repateado siempre, terminar con un «si son muy majos». ¡Ni que fueran lagartos como los extraterrestres de *V!*

Pero bueno, ahí estaba yo, mirando a mi padre y sujetando la mano de Josep, que no paraba de intentar volver a tocarme el culo.

—Hija. —Ahí estaba—. Estos dos chicos, ¿qué son?

—¿Amigos míos? —Intenté desviar su atención alcoholizada—. ¿Personas?

—No. —Se puso muy serio y les señaló—. No ves que se hacen muchas

carantoñas.

—Ya... ¿Y? —Víctor me miró, levantó una ceja y yo le pedí que mirara a su alrededor para que se fijara en las cervezas que había en la mesa.

—Hola. —Víctor se acercó intentando romper el hielo—. Soy Víctor. Amigo de Ángela.

—Y mi novio —sentenció sonriendo Toni mientras Víctor y yo le mirábamos queriéndole matar.

—Soy el padre de Ángela, Alonso Chanin. —Se estrecharon la mano, mirándose a los ojos—. Así que sois «amigos».

—Más que amigos, somos pareja —recalcó de nuevo Toni, volviéndose a llevar una mirada reprobatoria por mi parte.

—Ah. —Se quedó muy callado y me miró seriamente.

—A Víctor creo que le gusta mucho el fútbol —metí baza.

—A los mari... Vamos, a vosotros ¿os gusta el fútbol?

—A nosotros, no, a mí. Porque Toni pasa.

—No, me refería a que si a los...

—Papá, ¿queréis algo más? Preparo algo para picar mientras recojo esto y saco alguna cosa para comer. —O le cortaba o al final decía la palabra «maricón» en su cara—. ¿Vale?

—Muy bien, si le gusta el fútbol a este muchacho, veré su punto de vista. Porque Pepe no tiene ni idea. —Volvió a darle un golpe en el hombro.

—Te ayudo —se ofreció Josep, intentando escapar de las garras de mi padre y queriendo ponerme las suyas encima. No le dije que no, mejor me lo llevaba un momento a la cocina para ver qué coño estaba haciendo en mi casa.

—Yo voy con vosotros —se sumó Toni.

—No, tú vas a comprar al paqui de abajo pan y más cerveza o lo que te dé la real gana, que creo que me han dejado la nevera pelada de bebida.

—Vale, siempre me pierdo lo mejor.

—Mira, yo no puedo irme, o esto puede ser un desastre. Joder, que mi padre es militar —enfaticé esta última palabra más de lo normal.

—Sí, es un poco carca —dijo Josep riéndose.

—Lo que me faltaba para el duro —dije, empujándole a la cocina.

—O nos emborrachamos todos o la puta al río —añadió Toni, riéndose mientras salía.

—Para putas estoy yo...

—¡Un par de cervezas para Víctor y para mí! —Oí gritar a mi padre.

—¡Voy!

Les dejé un par de cervezas y unas patatas fritas encima de la mesa y me llevé el desastre que ya habían hecho Josep y mi padre. No quería tardar mucho, pues si dejaba solo a Josep en la cocina, temía que se abriera otra cerveza.

Y, efectivamente, eso era lo que estaba haciendo, bebiendo otra como si no hubiera un mañana. Me lancé a él sin pensar en las consecuencias de mis actos para arrebatarle la botella que tenía entre sus manos.

—¡Dame! Esta es para mí. —Y bebí.

—Era la última. —Se me arrimó meloso mientras le empujaba levemente hacia atrás.

—Pues te aguantas, creo que viendo lo que se ha liado en mi casa me la merezco.

—Te mereces esto y mucho más. —Aprovechó que echaba la cabeza hacia atrás mientras bebía un buen trago para acercarse y lamer desde el hueco de mi garganta hasta el lóbulo de la oreja y metérselo en la boca.

Por poco me atraganto.

—¿Estás loco? —Le empujé hasta dejarle en el lado contrario de la cocina.

—Pues la verdad es que creo que sí, *boig per tu*.

—No, no, no... —Dejé la cerveza en la encimera, si se ponía encima a hablar en catalán delante de mi padre, me, ¡nos mataba!—. No necesito esto ahora, Josep.

—Jo —se quejó como un niño pequeño—, pues el día que nos acostamos no me decías eso.

—El día que nos acostamos no nos dijimos muchas cosas, estábamos más por trabajo que por conversación —le encaré.

—Vale, vale... —Levantó las manos en señal de rendición—. Lo he pillado, pensé que las cosas entre nosotros iban viento en popa. —Volvió a abrir la nevera para coger un refresco y bebérselo de golpe—. Pensé que haciéndome el borracho te haría más gracia.

—¿No estás borracho?

—No estoy «tan» borracho como tu padre. Tengo bastante aguante con esto del alcohol, creo que mi metro noventa y mi peso tienen algo que ver en ello. —Levanté una ceja—. Vale, eso y que a la tercera cerveza las he dejado a la mitad. No quería que tu padre se sintiera mal o que se me fuera la lengua

con el tema catalán.

—¿Mi padre mal? No tienes ni idea de cómo es. Es militar de campaña, de los que se pasa meses fuera de su casa, de los que ha estado en el desierto. Es un hombre hecho a base de hostias y con un carácter que...

—Sí, sí. Puede ser, ¿pero acaso crees que quería emborracharme delante del padre de la chica a la que quiero...?

—No lo digas, por favor —corté. Ni era el momento ni era el lugar.

—Alguna vez tendré que decirlo y será antes que después. —Se me abalanzó y plantó sus labios en los míos con ansiedad, con pasión, mientras sentía sus manos sujetando mi rostro con una dulzura inusitada.

Separamos nuestros rostros mientras nuestras frentes se unieron y acompasamos la respiración.

—No me hagas esto, Josep —le dije azorada.

—Y si no, ¿cuándo te lo voy a hacer? —Me acarició la mejilla con el pulgar volviendo a besarme, esta vez, mucho más suave. Casi como una promesa.

—¡Ejem! —Oí esa molesta tos simulada de alguien que «no quiere interrumpir» y di tal salto que me sentí un gato. Sólo me faltó sacar las uñas y sujetarme en el techo.

—¡Hey, Toni! —saludó Josep, haciendo que yo volviera a respirar.

—Tomad, tortolitos —dijo, dándonos una bolsa llena de cosas—. No sé qué le pasa al paqui de abajo, pero no ha parado hasta sonsacarme quién era y por qué llevaba entre mis manos las llaves «de señorita Ángela». ¿Se puede saber qué le pasa a ese tipo?

—Ya te lo dije, Ped... —me corté antes de dar el nombre de mi novio delante de Josep—. Le tienen comprado.

—¿Quién le tiene comprado? —preguntó Josep.

—Pues quién va a ser, el no-novio de esta mujer. —Abrió la bolsa y se llevó una cerveza fría—. Anda, mete las cosas en la nevera, que no se calienten. —Se giró para irse, aunque antes señaló—: Y hablando de calentar, cuidado con lo que se calienta en la cocina, que no estáis solos.

—Nosotros seguiremos hablando —sentenció Josep, mirándome mientras llevaba entre las manos más cerveza y comida.

—Espera... —le dije antes de que saliera—. Ni siquiera sé por qué estás con mi padre, ¿qué haces en mi casa?

—No sabía de ti desde la noche que te quedaste en casa, me marché unos días y quería invitarte a cenar, salir y disfrutar del verano. Quería disfrutar de



ti...

—¿Tú también te vas? —le pregunté.

—Sí, pero como dijo aquel, ¡volveré!

Y me dejó con la boca abierta en la cocina mientras me dejaba caer en la encimera respirando con intensidad. Mis manos rozaron la cerveza que estaba bebiendo anteriormente, la así con fuerza y me la llevé a los labios.

—Respira, Ángela —me dije—, recomparte y como si no pasara nada. Tu padre está ahí fuera y no puede darse cuenta de nada.

Unos minutos más tarde salí de la cocina con unos cuantos platos con comida para intentar que mi padre lo llevara mejor, lo del alcohol, claro.

—¿Sabes qué pasa? Que como el himno español no tiene letra, pues no sé, mejor lo pitamos, ¿no? —sonrió Víctor, guasón como él solo.

—Mira, jovencito, menos cachondeito con el himno que hay que respetarlo —amenazó mi padre, levantando el dedo acusador.

—Ya lo tengo, para que no se vuelva a pitar el himno podemos regalar pipas saladas —dijo Toni, ya bastante subidito de todo.

—¿Pipas saladas? —repitió Josep incrédulo.

—Sí, de esas grandes que tienen mogollón de sal y que hacen que los morros se te pongan como los de Carmen de Mairena.

—Ya sí, ¿y luego? —Se le puso chulo Víctor.

—¿Tú has intentado silbar después de comer una bolsa de esas? Si no se puede... —Se tiró en el sofá partiéndose de la risa.

—Pues *pa* ser catalán no eres tan soso, ¿no? —admitió mi padre, mirándole con una media sonrisa en los labios—. Pero si la roja gana otra copa del mundo, ¿saldrías a celebrarlo?

—Pues no —le comentó Víctor seriamente.

—Pero si casi todos los jugadores son del Barça. Pero, bueno, seguro que muchos jugadores querrían seguir jugando con la roja.

—No todos.

—Piqué no cuenta —soltó mi padre.

—Pero tiene un buen piquetón —dije sin pensar.

—¡Loca, loca, loca!, tiene a Shakira —añadió Toni.

—Joder, si el día que yo lo vi, hasta yo me quedé ¡loca! —añadí.

—Estáis muy puestos en fútbol, ¿no? —intervino Josep, mirándonos a los dos.

—Ni idea, pero sí del *cuore*. Aunque eso ya es más viejoooooooo.

—Sí, pero no por viejo, olvidado —finalizó con una sonrisa maligna Toni.

—¡Te quejarás tú! —se sintió ofendido Víctor.

—¡Loca, loca, loca!

—Un poco de... —Mi padre iba a soltar una de las suyas y le pellizqué en la pierna—. ¡Ay! Hija, que quería que me pasaran un poco de pan.

—¡Y un mojón! —respondí por lo bajo.

—¿Con tomate? —le preguntó Josep.

—¡Qué dices! Remojar el pan para comer jamón. —Mi padre puso carita de pocas ganas.

—Pues no sabes lo que te pierdes. —Le pasó el pan.

—Lo que no sabéis es disfrutar de un buen jamón.

Sonó la puerta de casa insistentemente.

¿Y ahora quién podría ser? Miré por la mirilla y me quedé alucinada al ver que Abdul, sí, el dueño de la tienda, estaba en la puerta de mi casa con un par de bolsas en la mano.

—Buenas noches, Abdul —dije, abriendo la puerta.

—Buenas noches, señorita Ángela.

—Pues bien, tú me dirás. —Me apoyé en el quicio de la puerta.

—Es que marido suyo no localizarla y al decirle yo que estar su padre aquí.

—Giré para mirar inquisitorialmente a Toni mientras se encogía de hombros

—. Entendió que no coger móvil y me ha dicho que yo subir esto para todos.

Cogí las bolsas que tenía él en las manos y vi más bebida y comida.

—¿Pero se puede saber a qué viene esto?

—Yo sólo cumplir órdenes de marido suyo. —Levantó las manos a modo de explicación.

—Y para que después le puedas contar qué es lo que había en casa, ¿verdad?

—No, yo no hablar de eso. Yo no poder.

Le cerré la puerta en las narices.

—¿Quién era? —gritaron todos casi al unísono.

—He encargado más comida —anuncié, sin querer dar más explicaciones, acercándome a la cocina para dejar todo, y de nuevo la puerta volvió a sonar—. ¡Ahora qué coño quieres!

Y casi me di de bruces con la señora Montserrat mirándome fijamente.

—Buenas noches —dije casi en un susurro.

—*Bona nit, neneta.* —Sonrió y yo me tranquilicé a medias—. Es que he oído que tenías fiesta aquí arriba y... bueno, que yo me voy a dormir, pero que no os cortéis, ¿eh?

—¿Molestamos? —pregunté, tratando de ser amable.

—No, no...

—*Senyora Montserrat, molt bona nit!* —la saludó Josep, acercándose.

—*Ai, rey.* —La anciana entró y le dio un par de besos—. *Què fas aquí?*

—*Passant una estona amb la veïna i uns amics* —le comentó.

—*Ai! Divina joventut.*

—*Entre i prengui alguna cosa.* —Josep le insistió para que entrara a tomar algo.

—*No, no, no. Me'n vaig a dormir i venia només a...*

—*Vinga, va! Una copeta de vi i a dormir.* —Y finalmente, aunque ella no quería, la sonrisa de Josep, y yo de eso sabía algo, la convenció.

—*Però només una que sóc vella més i veuràs.*

—¡Y viva la madre superiora! —solté por lo bajo al ver que pasaba por mi lado y entraba a tomarse algo con nosotros. Otra más para la fiesta, o para contarle a Pedro Luis quién estaba en mi casa.

Finalmente conseguí que la segunda guerra civil no se desatara en mi casa, y aunque parezca mentira, me costó lo mío. Al más puro estilo del camarote de los hermanos Marx, el apartamento parecía que iba llenándose de gente.

Gracias al cielo, la señora Montserrat fue fiel a su palabra y después de una copa de vino, se marchó. Ya imaginaba que tendría la información necesaria para lo que necesitara.

A mi padre, con la lengua suelta y el patriotismo saliéndole por las orejas, tuve que contenerle varias veces con la ayuda de Josep, que a pesar de hablar poco después de nuestro encuentro en la cocina, me ayudó a rebajar algún momento de tensión.

Y Víctor y Toni, felices como perdices, se marcharon casi cuando les eché agua fría, estaban de lo más a gustito en mi casa.

Dios, qué angustia.

## CAPÍTULO 17

Mi padre estaba durmiendo como un bendito en la *chaise longue* del salón, pero a mí me costaba conciliar el sueño. Puede que tuviera que ver con cómo me estaban carcomiendo los nervios por dentro o quizás por culpa de esa maldita gota de agua que al caer sonaba como si una piedra cayera en mi sesera. Además, cada vez iba más y más rápido.

Había conseguido que todos los «invitados» se fueran hacía poco más de media hora, después de obligarles a echar una mano en un «zafarrancho de limpieza exprés», y ahora estaba en la cama dando vueltas. Así que, como no podía cerrar el ojo y me molestaba todo, me levanté con la intención de cerrar el grifo definitivamente, y me daba igual cómo, para así no tener que poner más excusas para conciliar el sueño.

Nunca se me habían dado bien los trabajos manuales, bueno esos sí, pero en los que tenían que ver con tuberías, bombillas y demás, casi prefería mirar de lejos no fuera que muriera, y lo digo en serio, en el intento.

Aquella maldita gota provenía del lavabo, así que seguramente sería de fácil solución. Le di una vuelta más a la manija del grifo y a dorm... Me miré la mano con cara de idiota, ¿en qué momento me he convertido en el increíble Hulk?, dije mentalmente contemplando con estupor una parte del grifo en mi mano. Pero claro, como las cosas nunca son tan sencillas como parecen, habría sido de lo más «normal» si inmediatamente después el agua no hubiera decidido salir a borbotones contra mi cara ahogándome literalmente en ella.

—¡Aire! —intenté gritar—. ¡Aire!

—¿Qué pasa? —Oí a mi padre corriendo por las escaleras—. ¿Qué has hechooooo?

—Nada, lo juro. Te prometo que no he hecho nada —dije, poniendo como una idiota las manos delante de mí para que el agua no continuara su asesinato por ahogo.

—Deja, que esto lo arreglo yo en un minuto —sentenció mi padre con los ojos rojos como dos tomates.

—¡Haz lo que sea! ¡Por Dios! —Vi como se metía debajo del lavabo

agarrando con una mano una tubería.

—¡Mierda! —gritó de repente y sentí que el agua ya no me daba de golpe en la cara, pero los pies comenzaban a mojarseme.

—Papá, papá... ¡Joder! Que ahora el que se ahoga eres tú. ¡Sal de ahí! —le grité al ver que se había quedado con una tubería en la mano y que el agua salía descontrolada por todo el baño.

—Vaya instalación de mierda que tiene esta casa —dictaminó, levantándose del suelo empapado y saliendo sin poder parar el chorreo de líquido—. Vamos, date prisa y cierra la llave.

—No sé dónde está —confesé avergonzada llevándome la manija al pecho.

—Pero, chiquilla, ¿no ves que el agua está cayendo por la escalera?

—¡Ya lo veo! —Me puse muy nerviosa y bajé a trompicones agarrándome a la barandilla—. ¡Esto resbala como el demonio!

Y me puse a dar vueltas por la casa como un pollo sin cabeza y sin sentido. ¿Dónde pondrías la llave del agua?, me pregunté. Por lógica, ahora respondía, debería estar en la cocina. Eso es, allí. Hale, corriendo a encender la luz y girar como un derviche intentando encontrar algo que se pareciera a una manilla.

Me entró la risa nerviosa, en las situaciones más gilipollas siempre me pasaba, al comenzar a cantar la cancioncilla esa de «Por arriba, por abajo». Miraba al techo y al suelo indiscriminadamente, pero no encontraba nada. NADA.

—¡Nenaaaaaaaa! Corta el agua ya, que esto se va a convertir en el desastre de la M-30.

—¡Lo estoy intentando, pero no encuentro la llave!

—¡Mira debajo de la pila!

Y allí me lancé yo, a la aventura submarina apartando botes de lejía, de lavavajillas, esponjas, nanas, trapos húmedos y...

—¡La encontré!

—Pues dale de una vez, que no sé si esto ya es para construir una barca y llamar a los animales... —Mi padre había sido siempre un exageradito, pero mis pies comenzaban a mojarse por una ligera capa de agua perdida del salón a la cocina.

—Lo estoy intentando, ¡es imposible! —grité desesperada.

—Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. ¡Que hay gente que quiere dormir! —Oí por el patio interior.

—¡Lo siento! —respondí sacando la cabeza y encontrándome con la

mirada somnolienta de Josep.

—¿Qué pasa? —susurró.

—No puedo cerrar la llave de paso y mi casa se está inundando.

—Abre la puerta que voy —me dijo.

Salí corriendo a abrirle la puerta y al rato le vi aparecer con una caja de herramientas.

—Gracias por venir.

—Espera a ver si puedo cerr... —Se detuvo al ver el agua del salón—. Voy corriendo a la cocina, porque sino verás mañana la señora Montserrat como vea una humedad.

—Porfa, porfa, porfa —le pedí como una niña pequeña.

—¿Con quién hablas, Ángela? —preguntó mi padre.

—Es Josep, que ha venido con una caja de herramientas a ayudarnos.

—No, si al final el catalán este va a ser majo y todo...

Puse los ojos en blanco a la par que levantaba los hombros en señal de abatimiento. Josep me sonrió y entró corriendo en la cocina.

En unos pocos minutos más conseguimos parar el chorro de agua, limpiar un poco el desastre del salón, aunque no el del baño...

—No podéis quedaros a dormir aquí —señaló Josep.

—¿Y adónde iremos a la una de la madrugada? —le pregunté angustiada a mi padre.

—Hija, no sé, pero tiene razón. Cogemos cualquier cosa, nos vamos a un hostelito y mañana me encargo yo de llamar al fontanero y arreglar este desastre.

—Ains, que yo mañana se supone que he de ir a trabajar. —Dejé caer la cabeza.

—Oye, ¿por qué no os quedáis en mi casa? —añadió Josep.

—No, en serio, déjalo —dije yo.

—Mira, no es ninguna tontería —afirmó el lumbro de mi padre.

—No, de verdad, papá.

—Qué sí, hombre. Si yo además mañana me voy de viaje.

—Ah. —Miré a mi padre.

—Venga, hija, que este va a ser uno de esos catalanes majetes que dicen que existen. —Josep sonreía de oreja a oreja a sabiendas de que había conseguido llevar a su terreno el juego.

—Pues aquí puedes dormir tú, Alonso. —Le señaló una habitación.

—¿Y tú dónde dormirás? —preguntó, aunque yo sabía que su propósito

principal era averiguar dónde dormiría yo. Vamos, vigilar. Ni con sueño dejaba de ser «papá comandante».

—¿Yo? En el sofá, y Ángela en mi cama, por supuesto.

—Ah, no. Eso sí que no —dijo.

—Papá, que no pasa nada. Yo puedo dormir en el salón.

—No, no. Tú —ordenó, señalando a Josep—, a dormir a tu cama. Tú a esta habitación. —Esta vez era yo—. Y yo me apaño en el sofá. ¿No ves, muchacho, que mañana te vas de viaje y mi hija tiene que trabajar?

—Déjate de tonterías, Alonso, si en peores circunstancias me he visto. —Sonrió de esa manera que...

—Ya está todo hablado —remató mi padre, cogió las sábanas que tenía en las manos Josep y se marchó al salón después de darme un beso.

—Buenas noches, papá —respondí, metiéndome en la habitación que me había señalado—. Buenas noches, Josep. —Me guiñó un ojo y se marchó a su habitación.

Nunca había entrado en esa habitación, tampoco es que me hubiera hecho un *tour* por su casa más allá del salón y su habitación. Era una especie de despacho grande, con una cama pequeña en un lado y, al otro, un Mac gigante en una mesa vieja a la que le acompañaba un ¿sofá? ¿silla? aún más vieja, pero con pintas de ser muy cómoda. Y una pared llena de libros enfrentada a otra llena de fotos, fotos de una mujer morena, de pelo largo ondulado. Una mujer de una belleza casi árabe. Eran fotos preciosas, nunca había visto unas tan bonitas en mi vida, parecía como si cada una de ellas estuviera llena de vida. Algunas eran divertidas, otras tristes, las había sonrientes y... mi corazón se paró.

Me acerqué más a una, era él. Josep enlazado con ella, los dos estaban desnudos, aunque no había atisbo de sexualidad en aquella foto, sino más bien de una conexión que iba más allá del físico.

No me gustó verla, no me gustó para nada enterarme de que había alguien en su vida. Lo sé, era un pensamiento egoísta y nada cabal teniendo en cuenta como me encontraba yo en esos momentos, sin hablarme con Pedro Luis, pero ahí estaba...

—Es Almudena —me susurró al oído Josep, que consiguió ponerse a mi espalda sin que me percatara. Salté algo azorada, me asustó, y a punto estuve de tirar la fotografía al suelo, pues la había cogido para mirarla mejor.

—Qué susto —le respondí, volviendo a colgar la foto en la pared.

—Lo siento, no quería hacerlo. Sólo pasé para ver qué tal.

—No me podía dormir y me quedé mirando las fotos de... —Le miré preguntando—. ¿Almudena?

—Sí, Almudena. —Suspiró profundamente—. Tu padre ha caído en coma.

—Si dice que duerme, duerme. —Le sonreí—. ¿Quién es Almudena?

—Quién fue —me corrigió.

—Pues, ¿quién fue Almudena? —Me senté en la cama.

—Fue mi pareja durante mucho tiempo. Fue la mujer a la que más he querido en mi vida. —Y me volvió a doler algo que no debía.

—¿Qué pasó? —le inquirí sin saber si me estaba metiendo en un jardín de los que no sabes si podrás salir.

—Pasó lo que ella quiso que pasara. Me enamoró, puso mi mundo del revés y después, cuando ya tuvo suficiente de mí, me echó de su vida sin mirar atrás.

—Veo que no has podido olvidarla. —Le señalé las fotografías.

—No, y mañana voy a volver a verla. —Cerré los ojos intentando ignorar la puñalada que acababa de sentir en mi pecho—. Ha regresado de Estados Unidos para hacer una sesión de fotografías para el *Vogue*. Hace muchísimo que no nos vemos. Me han llamado para hacer las fotos, es trabajo.

—Ah. —No supe qué más decir.

—Aún duele, ¿sabes? —Me cogió de la mano y jugueteó con ella—. Me dejó por querer cumplir su sueño y sé que ahora cuando está con un tío no es por amor, sino por lo que pueda ofrecerle para conseguirlo. Así que... —Suspiró—... Eso me hace pensar mucho si alguna vez me quiso...

—Estaría loca si no lo hubiera hecho. —Miré nerviosa nuestras manos entrelazadas—. ¿No has vuelto a ilusionarte por otra mujer?

—Estoy en ello. —Se levantó de mi lado y con la inercia me llevó con él.

Estábamos frente a frente, pero no me atrevía a levantar mi mirada. Tenía miedo a ver lo que ya sabía que teníamos, temía mirarle a los ojos y caer rendida a sus pies sin poder volver a levantarme.

—Mírame —dijo con voz profunda, posando su mano en mi barbilla—. Ven, vente conmigo a mi habitación.

—No puedo. —Puse una excusa pasajera sintiendo como mis piernas flojeaban—. Mi padre...

—Tu padre está dormido, cerraré la puerta. Solos tú y yo. Tú y yo. —Posó suavemente sus labios en los míos—. Déjame entrar en ti, déjame quedarme en ti, deja que mi ilusión sea la tuya.

—Yo... —Temblaba como una idiota.



No quería que me mirara de la manera en la que lo hacía, me desarmaba, me volvía loca, me podía. Respiré profundamente y asentí despacio. Dije que sí a dejarle entrar en mi vida con lo que ello significaba. Y su sonrisa brilló, sus ojos se iluminaron mientras me llevaba a su habitación y, después de cerrar la puerta, me abrazó con su cuerpo, con sus labios, con sus caricias...

Sentí cómo la cama se hundía en el lado donde estaba durmiendo. Abrí un poco los ojos, aún estaba oscuro, para ver que era Josep el que se sentaba a mi lado.

—No quería despertarte —habló en susurros.

—Es muy pronto, ¿no?

—Sí, pero me voy ya y quería despedirme de ti. —Me besó en los labios.

—Hummm. —Fue lo único que pude decir.

—Espérame. Sabes que volveré, ¿verdad? —Me acarició.

—No me moveré de aquí. Bueno, ya me entiendes.

—Vete cuando quieras de casa, he dejado unas llaves para que cierres. — Volvió a besarme—. Duerme...

Me di la vuelta acurrucándome en su lado, aún olía a él...

—¡Niña! —gritó mi padre desde el salón—. Despiértate, que es tarde.

—¡Voy! —Abrí los ojos de golpe, miré el reloj de mi móvil, era muy temprano.

—Tengo la espalda molida —se quejó—. Ya podías haberme avisado de que no ibas a dormir en la habitación esa. Que uno ya tiene una edad. —Me dejó sin palabras.

—No sé, yo...

—Anda, vamos a tu casa que tenemos que llamar a quien sea para arreglar el estropicio que se te ha montado.

—Sí, sí. Me doy una ducha aquí y nos vamos.

—Hija, por favor, antes de irte, ¿me puedes ayudar a doblar la sábana? Es que llevo un rato intentándolo y al final me he convertido en un emperador romano. —Me eché a reír, no podía ser verdad, pero estaba con la sábana por la cabeza.

## CAPÍTULO 18

Miraba la puerta de embarque por la que en breves minutos entraría al avión que le pondría rumbo a Barcelona poco después, a la par que acariciaba el móvil sin estar muy convencido de si debía avisar a Ángela de su llegada. Estaba sentado en una de esas incómodas sillas de aeropuerto mientras no paraba de dar vueltas al hecho de haber estado semanas jugando al novio preocupado en la distancia. Tenía miedo de enfrentarse a su mirada enfadada, a sus reproches, con razón, y a sus ojos tristes...

Le habían propuesto quedarse más tiempo en Dubái, pero la charla que tuvo con Sofía le hizo darse cuenta de que Ángela se merecía mucho más de lo que él le estaba haciendo.

«Bip, bip», sonó el teléfono.

Miró a la pantalla esperando quizás que fuera ella, pero no. Sofía le mandaba un mensaje diciéndole que ya le echaba de menos.

Se llevó las manos a la cabeza: «Me cago en mi suerte —se dijo por lo bajo—. Esta mujer me vuelve loco, pero Ángela se merece a un hombre mejor que yo, no puedo seguir haciéndole esto».

Le devolvió el mensaje, iniciando así un intercambio que de ser en un principio inocente, se convirtió en uno cada vez más subido de tono.

Llamaron por los altavoces para embarcar: «Nena, entro en el avión a Barcelona. Te echo mucho de menos y necesito ya tenerte...».

## CAPÍTULO 19

Acababa de dejar a mi padre en el aeropuerto, había ido a acompañarle. Al pobre no le apetecía nada irse, pero la pesada de mi madre, después de comprobar que no iba a convertirme en la nueva Pasionaria del independentismo, no paró de darle la murga hasta que regresó con ella. Un par de días juntos que me parecieron maravillosos a pesar de las malas noticias. Sí, me habían echado. A mí y a noventa compañeros más. De todas formas, no era el trabajo de mi vida, qué se le iba a hacer...

Estaba de mala leche, sí, y bastante, por cierto. No sé si era porque estaba a punto de que me bajara la regla, porque llevaba cuatro días sin ver a Josep o porque el tema laboral me estaba afectando más de lo que había pensado.

—¡Mierda de ascensor, hijo de su madre! Ya no le vale con ser estrecho, dar botes cuando para, que además las puñeteras puertas no hacen más que dar por saco cuando quieres abrirlas. —Llevaba las manos ocupadas con las bolsas de la compra.

Pero como ya viene siendo costumbre en mi vida y las desgracias nunca vienen solas, el teléfono vibró haciendo que tuviera que ponerme cual contorsionista para cogerlo y así ver quién era el que ahora me había enviado un mensaje. Me puse una de las bolsas en la boca para abrir el bolso a la par que sujetaba una de las puertas para poder salir.

Así que como ya me había hecho íntima de este chavalito de las cervezas, el Murphy, ya sabes, ese de «si algo te va mal, irá a peor», finalmente di un golpazo a la puerta para poder abrirla. No fue suficiente para que con una bolsa en la boca, dos en una de las manos y en la otra el móvil, se abrieran. Paré un segundo para darme la vuelta, a ver si así...

—¡Pedro Luis! —creo que dije a voz en grito dentro del ascensor dándole con el dedo para ver qué era lo que quería apareciendo en la pantalla: «Nena, entro en el avión a Barcelona. Te echo mucho de menos y necesito ya tenerte...».

Coño, que me estaba enviando un mensaje calentorro.

Joder, no es sólo que me estuviera mandando un mensaje calentorro, sino que me estaba diciendo que volvía a Barcelona ahora mismo.

«¡Bomm!», las muy cabronas de las puertas se abrieron con tan mala baba que una de ellas rebotó contra mí haciendo a su vez que rebotara contra ella, de nuevo ella contra mí para que, finalmente, y con la mala hostia que llevaba encima, saliera disparada contra la pared frente al ascensor y me pisara los cordones de las zapatillas trastabillándome. Al ver como mi cara se iba a estampar contra el muro, solté como pude las bolsas y puse las manos delante de mí con tal de no volver a tener un cuerno. No puedo moverme con otro cuerno de unicornio en la cabeza...

«¡Crack!». Sonó a roto, juro que sonó muy mal. Tan mal que caí al suelo y no podía dejar de lloriquear. Mi muñeca, mi muñeca había muerto, había dejado de respirar.

—¡No, no, no! —me quejé con lagrimones de cocodrilo mientras una naranja aprovechaba la confusión para rodar libre hacia la escalera.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó una mujer que subía las escaleras, asomando su cabeza por el descansillo—. ¡Madre mía! —Se abalanzó sobre mí, corriendo.

—¡Augh! —Sí, lo admito, me quejé como ET con Eliot.

—¿Qué te has hecho? —Cuando logré que los lagrimones no empañaran mis ojos, pude distinguir a la exmujer de Josep intentando averiguar el porqué de mis llantos.

—La mano, me duele mucho la mano.

—Deja que te la mire. —Se arrodilló a mi lado tomando la mano que con buen tino vio que era la dolorida y la movió.

—¡Ay! ¡Ay! —me quejé como un bebé—. Me duele mucho, en serio.

—Me lo imagino. Vamos a ver si hacemos... —Giró la muñeca.

—¡Joder!

—Lo he pillado. —Sonrió, ayudándome a sentarme y colocando la mano para comenzar a manipularla—. En casa imagino que no tienes vendas, ¿verdad?

—No, aunque últimamente tengo un buen botiquín —solté pensando en ese gen torpe que algún familiar maligno me dejó en herencia.

—Espera un momento. —Se levantó con destino a la casa de Josep. Cogió unas llaves del bolso y entró en ella.

Oí sus pasos de un lado para otro y yo, a pesar del dolor insoportable que sentía, no dejaba de pensar en el lío en que me estaba metiendo: estaba con un tipo que se encontraba de viaje con, según él, la que había sido la mujer de su vida, esa que no se quitaba de la cabeza, la que le había vuelto loco

dejándole para triunfar, y cuya ex y madre de su hijo, del que aún no me había hablado libremente, andaba a sus anchas por su casa. Y la ecuación que faltaba para rematar la teoría de mi caos absoluto, mi novio, acababa de enviarme un mensaje sexual que dejaba muy claro que quería marcha al llegar a Barcelona. Ni de coña, ya te digo yo que haré como aquel del vídeo «contigo no, ¡bicho!».

Reapareció con un maletín, el típico de médico.

—Ya he vuelto.

—Ya te veo —solté con reticencia.

—Tranquila. —Se sentó a mi lado y me volvió a coger la mano mientras abría el maletín para sacar lo necesario para vendarme—. Vamos a hacerte tal apaño que vas a verte fantástica.

—¿Hay alguien más que yo no vea? —Puñetera manía de los médicos, porque visto lo visto parecía médico, se lo preguntaré, de hablar en plural—. ¿Y eres médico, no?

—Perdona, sí. Soy médico y me llamo Aina.

—Yo soy Ángela —me presenté.

—¡Ah! ¿Eres la vecina de Josep? —lo dijo en un tono bastante sonriente.

—Sí, soy la vecina de enfrente —solté secamente.

—Espera un momento. —Sacó un par de vendas elásticas compresivas y comenzó a manipular mi mano mientras me quejaba sin disimulo—. Tranquila, tiene pinta de ser un esguince un poco aparatoso, pero esguince al fin y al cabo.

—¡Joder! ¿Otro? —me quejé ya en alto.

—Pues si te has vuelto a hacer otro en la mano...

—No, qué va. Me torcí el pie nada más llegar a Barcelona persiguiendo a un tipo que me robó el móvil.

—Pues vaya suerte la tuya, ¿no? —Sonrió mostrando un rostro precioso. Nunca había visto a una mujer tan bonita como ella y por esa razón no podía dejar de pensar qué era lo que Josep veía en mí después de Almudena y Aina.

—Bueno, no he tenido muy buena suerte desde que estoy en Barcelona. La prueba de ello es que me está curando la madre del hijo del tío con el que me he liado. —Y lo solté así, a bocajarro y sin pensar en las consecuencias. Si es que, de verdad, este complejo de Mariló Montero, soltar sin pasar por montaje, me perseguía sin remedio.

—¿Qué? —se sorprendió, dejando de vendarme la muñeca y poniéndose a reír a carcajadas—. ¿La madre del hijo de quién? ¡Joder, la viva imagen de la

perversión!

No paraba, le había dado un tabardillo o algo y estaba comenzando a preocuparme.

—Yo liada con... —Se llevaba la mano a la tripa desesperada.

—Oye, que no es el monstruo de las galletas —intenté defenderle de las risas de aquella mujer.

—Perdona, perdona. Pero es que la imagen del incesto no es lo mío.

—¿Incesto?

—Sí, nena, Josep es mi hermano y Eric, su sobrino. ¡Jajajajajajaja!

—Venga, que vamos mejorando el día. —Lo mío era para romperme la mano, el pie, la cabeza o directamente dejarme morir. Sí, quería morir, quería morir muy mucho...

—Me habían llamado muchas cosas en urgencias, pero mujer incestuosa, la primera vez. Me siento halagada de que hayas sido tú.

—Lo siento mucho. Suelo meter la pata bastante, es casi mi tarjeta de presentación. —El color rojo de mi cara casi se estaba cambiando a rojo incandescente.

—Tranquila, ya me ha contado algo Josep.

—¿Josep habla de mí? —Terminó de vendarme.

—Josep no para de hablar de ti, es muy pesadito. —Me guiñó el ojo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ya que estaba...

—Claro. —Me sonrió.

—¿Y qué hay con Almudena? —Me lancé a lo bestia.

—Una historia que ha de cerrarse ya. ¿Puedo yo? —Asentí—. ¿Y tu novio?

—No lo sé. —Pensaba en el mensaje que acababa de recibir.

—No le hagas daño, Ángela, Josep es un tío todo corazón. No ha tenido mucha suerte con las mujeres y sólo te diré que... —Paró de hablar mientras me ayudaba a levantarme. Respiró seriamente—. Por favor, cuídale, es lo único que tengo y no se lo merece. Se merece ser feliz de una vez.

—No sé si puedo prometerte no hacerle daño. Te juro que no puedo prometértelo y realmente quiero, quiero decirte que todo va a ir bien.

Me sonrió levemente y sus ojos casi me traspasaron mientras me estaba ayudando a levantarme. Con ellos me dio a entender que me comprendía, pero me transmitió a la par miedo, miedo por su hermano.

Y ahí estaba yo, pensando en el lío en el que me estaba metiendo con el «capullo» de mi desaparecido novio enviándome mensajes calentorros, la

hermana de Josep pidiéndome que le cuidara y el ínclito desaparecido con la morenaza del «amor de su vida». ¿Pero qué había hecho yo en mi otra vida para merecer esto?

Estaba en casa después de meter los alimentos que habían sobrevivido a mi caída en la nevera, pero no dejaba de darle vueltas a las palabras de Aina: «No le hagas daño».

¿Y si es él quien finalmente me hace daño a mí? ¿No está con Almudena? ¿No está con el «amor de su vida»?

Soy muy idiota, me suelo complicar la vida sin necesidad.

Pensándolo fríamente, ya nada me ata a Barcelona. Sin trabajo y con una conversación pendiente con Pedro Luis, mis expectativas con respecto a esta ciudad estaban bajo mínimos, a menos que Josep diera una señal para que pudiera plantearme algo diferente. Pero la verdad es que señales de vida, de la humana, había dado muy pocas hasta el momento y posibilidades de hacerlo tenía.

Me lancé al sofá después de tomarme un calmante, me iba a quedar grogui de fijo. Pero aun así mi cabeza no paraba de dar vueltas y claro, no podía dejar de pensar en Josep y Almudena juntos. Mi cuerpo se rebelaba. ¿Celos? ¡Hiperceles! Por no saber qué es lo que podrían estar haciendo más allá de trabajar. Y aunque me dijo que ya pasó...

No sé, era como la película *El sexto sentido*, en la que en vez del niño, una vocecita se instalara diciéndome: «Averigua algo de ella», «Busca algo de su vida»... Y como por naturaleza siempre he sido muy cotilla, el gen de telenovela de mi madre debe de poseerme más veces de las que me gustaría, me puse a buscar por internet a la tal Almudena.

Sí, lo hice a lo loco, sin saber quién era más allá de su nombre y pensando qué narices pondría en «el tonto que todo lo sabe», que es así como mi madre llama a Google.

Pasé bastante rato dando vueltas hasta que encontré la combinación perfecta que me llevó a una foto, de aquella fotografía salté a Instagram, de allí directa a su perfil y en el mismo me dispuse a mirar sus fotografías.

Pero qué gilipollas fui.

¿No podía haberme tomado la pastillita calmante antes? Así ya estaría cantando «Lucy in the Sky with Diamonds», de los Beatles, viendo lucecitas de colores y elefantes rosas y no estas fotografías que harían que mi corazón

saltara en mil millones de pedazos.

Sí, porque allí estaba aquel bellezón moreno abrazando a Josep. En otra fotografía estaba él de espaldas mirando el atardecer. En otra, dos manos enlazadas... Y seguí hasta llegar a diez imágenes que se me clavaron en el corazón.

Estaba más que claro que Josep estaba con Almudena y que yo sólo fui un pequeño resbalón en su camino final.

Apagué el móvil a la par que una solitaria lágrima recorría mi rostro.

Gilipollas.



## CAPÍTULO 20

—Hola, cariño, he vuelto —me dijo Pedro Luis, dejando las maletas en el suelo y entrando en la casa como un huracán sin rumbo.

Me encontró en la misma postura en la que me había quedado el día anterior, tirada en el sofá con el teléfono móvil entre las manos y, aunque ya con las lágrimas secas, con la misma pena en el rostro.

Se acercó con premura a mi posición:

—Siento haberte despertado. —Acarició con suavidad mi mejilla a la vez que se sentaba en el suelo para ponerse a mi altura.

—¿Qué hora es? —pregunté desorientada.

—Casi las doce de la mañana. ¿Has dormido aquí? —Me miró preocupado esperando una respuesta.

—Debí quedarme dormida por culpa del calmante que tomé anoche. —Le enseñé la venda alrededor de la muñeca.

—¿Qué te ha pasado? —Suspiré mientras me incorporaba en el sofá.

—Una caída tonta al salir del ascensor. —No le mentí.

—Pero, no es nada, ¿verdad? —Respondí a su pregunta con un ligero movimiento de cabeza—. La verdad es que ese ascensor es una de las cosas que más miedo me da de este edificio. —Sonrió de soslayo con cara de cansancio levantándose del suelo y sentándose a mi lado.

—Una de las vecinas nunca sube en él. —Tenía la sensación de que esta conversación era bastante digna de un «diálogo de besugos».

—No he dejado de pensar en ti. —Finalmente me dio un suave beso en los labios a modo de saludo formal.

—Yo también he pensado mucho en nosotros. —Le miré por primera vez a los ojos.

Había regresado mucho más moreno, como si hubiera estado trabajando a pleno sol, su pelo rubio casi parecía color platino y sus ojos azules le daban una profundidad muy atractiva. Estaba guapo, tremendamente guapo. Pero no me provocaba absolutamente nada...

—Pues ya estoy aquí, he vuelto y no pienso separarme de tu lado en mucho tiempo. Comenzaremos nuestra nueva vida, juntos. —Sus labios volvieron a

pegarse a los míos en un beso más largo, casi un intento de ser apasionado.

No sentí nada, lo prometo.

Mi mente, aparte de estar aún medio adormilada, tenía grabadas a fuego las imágenes de Josep con Almudena. Mi corazón estaba hecho pedacitos de cristal en el suelo, veía trozos por todas partes, tenía miedo a caminar descalza por si me los clavaba en los pies.

No tenía ningún tipo de interés en hablar más con Pedro Luis, no me apetecía escuchar lo que tuviera que decirme, pero sabía que en breve el mensaje de WhatsApp que me había enviado la tarde anterior saldría a colación.

Me faltaba el aire, tanto es así que me asusté y salí disparada, sin dar explicaciones, a la habitación. Quería encerrarme en el cuarto de baño, estar sola un momento.

Oí unos golpes en la puerta.

—Ángela, ¿estás bien?

—Sí. —Tomé una buena bocanada de aire a la par que me secaba la cara después de echarme un buen remojón de agua helada—. Es que necesitaba mear.

—Tú siempre tan fina —dijo, y sonó su cantarina risa. Era como si nunca hubiera pasado nada—. Te espero, me había preocupado.

—Perfecto, ya voy. —Era para preocuparse, Pedro Luis, lo era...

Pedro Luis no hacía más que intentar aparentar una inexistente calma.

Dentro del avión camino a la Ciudad Condal, se dio cuenta de que la destinataria de su incendiario mensaje no fue Sofía, sino que por confusión, con las prisas del embarque, se lo había enviado a Ángela.

Sentado de nuevo en el sofá del salón, se llevó las manos al pelo. Desde que era pequeño, cuando se le presentaba algún problema, hacía siempre el mismo gesto, quizás esperando a que si le daba un buen masaje los problemas se despejarían. Pero era él quien se devanaba los sesos intentando despejar la ecuación.

No podía decirle a Ángela que la destinataria de ese mensaje no era ella, pero tampoco podía decirle que era una equivocación y que la receptora era otra mujer. ¿Qué haría? ¿Como si nunca hubiera enviado el mensaje? ¿Se haría el despistado y así se libraría de tener que...?

—¡Joder! —Se maldijo por dentro —. Venir aquí significaba aclarar las

cosas con Ángela y ver si de verdad podemos estar juntos. ¿Por qué estoy intentando justificar que no quiero tener sexo con ella?

¿Era eso verdad? Todo el problema era por tener o no sexo con ella, porque sentía que estaba traicionando a Sofía. ¡Mierda! Se estaba enamorando de la italiana voluptuosa que, al despedirse de él en Dubái, le dijo: «Te esperaré el tiempo que necesites».

Cuando bajé al salón, lo encontré sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y acariciándose el pelo. No era buena señal.

—Ven aquí, anda. —Llegaba ese momento y no me apetecía. Me senté a su lado.

—¿Qué nos ha pasado, Pedro Luis? —Le miré a los ojos y sé que se dio cuenta de la tristeza que los invadía.

—No lo sé, pequeña, pero tenemos dos opciones. —Subí los hombros para dejarlos caer inmediatamente como rindiéndome—. Podemos hacer como si no hubiera pasado nada e intentar seguir adelante. O soltar todo lo que nos pase por la cabeza y ver qué ocurre.

—No tengo ganas de hablar. —Estaba lo suficientemente sola en Barcelona como para encima contarle que le había estado poniendo los cuernos con nuestro vecino de enfrente y que para más inri, después de enamorarme de él hasta las trancas, me había dejado por su exnovia. ¿No es patético?

—Yo estoy reventado. ¿Hacemos una cosa? ¿Por qué no nos vamos a comer por ahí y nos bebemos una botellita de vino?

—Creo que es lo más sensato que he oído. —Sólo pensaba en salir de aquellas cuatro paredes que estaban consumiéndome.

—Pues como buenos D.O. Rueda, vamos a remojar con vino esto. —«Sea lo que sea que es esto», se dijo Pedro Luis.

Botella y media después, entre bocado y bocado, parecíamos dos personas que sólo recordaban los viejos tiempos en los que nos divertíamos. Viejos, tan viejos que la mayoría de ellos tenían más de un año. Yo no era capaz de encontrar nada que me hubiera hecho ilusión, exceptuando las ganas que tenía de verle al llegar a Barcelona.

—Te eché mucho de menos cuando llegué —solté de sopetón—. Nunca

pensé que me dejarías sola en una ciudad tan inhóspita para mí en ese momento. Te odié hasta la saciedad. Sobre todo cuando ni siquiera me llamabas.

—Sé que no hice bien, pero estaba más preocupado por el trabajo y por caer bien a todo el mundo, y pensé que lo agradecerías cuando todo terminara y te dijera que había ido de mil maravillas.

—Me hiciste pensar que no te importaba una mierda.

—Me importabas mucho, lo prometo.

—Sí, lo escucho bien, «importabas», tiempo pasado. Han pasado un montón de cosas desde que no nos vemos.

—A mí también, Ángela, pero todas me han hecho volver a ti. —Pedro Luis sintió un nudo en el estómago al decir aquello. No se sentía nada cómodo.

—No tengo nada que me haga quedarme en Barcelona.

—Estoy yo.

—¿Vas a estar siempre?

—Voy a estar siempre que me necesites. —Posó su mano encima de la mía para darle más fuerza a sus palabras.

—Todo eso que dices suena a mierda. —Suspiré y apuré lo poco que quedaba en mi copa.

—¡Ángela! —Se atragantó con lo que fuera que tenía en la cabeza—. Nunca habías hablado así antes.

—¿En serio? Me da a mí que entonces no conocías a la verdadera Ángela.

—Después de cinco años me dices que no te conozco, ¿de verdad? —Llamó al camarero para pagar—. Pues puede que no. —Sonrió dejando el dinero en la cestita donde estaba la cuenta y me ofreció la mano para marcharnos. La tomé sin pensarlo mucho, tenía ganas de regresar a casa y olvidarme de todo un poco.

No tenía la cabeza para pensar en Josep, en mi relación con Pedro Luis y en qué narices haría con mi vida a partir de ahora. El vino me embotaba demasiado, tanto que ni me importó que no me soltara de la mano en todo el camino a casa. Me daba igual.

Esperábamos el ascensor como dos ancianitos que no tienen nada que decirse. Los dos mirando al frente y yo moviéndome como si fuera un poco autista de atrás hacia delante una y otra vez. Entramos en aquel habitáculo del

infierno poniéndonos uno ante el otro. Nos sonreímos como dos tontos. Es que no había nada mejor que hacer subiendo en aquel cohete tipo Challenger a punto de explotar.

De repente vi la cabeza de Pedro Luis acercándose con una mirada lobuna. «¡Ay Dios, que intenta besarme!», me dije asustada a la par que me movía haciendo una cobra con todas las de la ley.

—¿Qué haces?! —se quejó Pedro Luis cogiéndome por la cintura y arrojando mi cuerpo al suyo. Muy forzado, nada que ver con la situación que viví con Josep la vez que me acosté con él y todo comenzó a calentarse de manera exponencial metidos en este habitáculo del averno. Otra vez él en mi mente. No, no voy a poder. Esto va a ser un puto desastre.

Los labios de Pedro Luis ya estaban casi sobre los míos cuando el ascensor, gracias al cielo, paró como siempre lo hacía, dando tumbos. Así que su cabeza y la mía chocaron sin remedio regalándonos un buen golpe que nos despertó de repente.

Nos llevamos instintivamente las manos a la cabeza.

—¡Auch! —Se rio él con cara de bobo.

—Entremos en casa —respondí dolorida.

Nada más pasar por la puerta, Pedro Luis se lanzó en dirección al sofá como un «lobo feroz». Desde allí me señaló con la intención de que me acercara a él:

—Ven aquí, nena. —Se puso en plan *sexy*.

«¿Cómo paro yo esto?», me dije intentando calmarme mientras veía a un más que motivado, por culpa del vino, Pedro Luis.

Como vio que no me acercaba (joder, me estaba cagando de miedo), fue él, de nuevo, quien tomó la iniciativa acercándose tentadoramente, o eso pensaba él, con intención de tener sexo.

Pegado a mí, me volvió a tomar de la cintura y besándome el cuello suavemente, soltó:

—Sofía, me vuelves loco...

—¿Sofía? —Lo aparté de golpe—. ¿Cómo que Sofía? ¿Quién coño es Sofía?

—Eh, ¿Sofía? ¿Qué Sofía? —Su cara se puso rojo carmesí mientras no hacía más que mesarse las manos una contra la otra—. Debe de ser por el vino.

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —solté cual «vieja'l visillo» separándome más de él.

—Ángela —respondió derrotado—, lo siento.

—El mensaje de móvil que recibí ayer tampoco era para mí..., ¿verdad? — Él movió la cabeza de un lado al otro negando. Resoplé con fuerza, quizás podría haber parecido que era por enfado, pero en el fondo era de alivio.

—Lo siento, Ángela. —Soltó los hombros, derrotado—. No sé cómo pudo pasar. En serio que no pretendía hacerte daño.

Me moví por la estancia hasta colocarme ante la mesa del salón, separé una silla de ella para sentarme y le indiqué que él hiciera lo mismo.

—No me haces daño por pensar en otra mujer. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Me comenzaste a hacer daño cuando no supe nada de ti. ¿Quieres estar con ella?

Pedro Luis bajó la mirada al suelo:

—Lo siento mucho, Ángela.

—Yo también te he de contar algo. —Lo miré directamente a los ojos—. Yo también tuve algo con alguien.

—Y él ¿quién es? —Noté como se puso tenso, molesto, enfadado.

—No importa quién es él, Pedro, en serio. Ya pasó, no fui nada para él, pero me hizo darme cuenta de que tú y yo ya no tenemos nada en común.

—De nuevo vuelvo a decírtelo, lo siento. No lo esperaba.

—No pasa nada. —Sonreí liberada—. Y ahora, ¿qué?

Pedro Luis se levantó de la silla para ponerse a mi lado, se agachó un poco extendiendo sus brazos.

Me levanté para abrazarnos.

Se acabó para nosotros, pero sólo para nosotros.

## CAPÍTULO 21

—Vaya puta mierda de viaje.

Josep acababa de entrar por la puerta de su casa a las tres de la madrugada.

Aquella producción se alargó más de lo que hubiera querido, para ser exactos una semana más de trabajo con jornadas de más de catorce horas, pero fue una tremenda oportunidad en su carrera. Salieron de allí oportunidades para muchos otros trabajos.

Lo peor, no poder olvidarse de Ángela en ningún momento, la extrañaba, aunque por gilipollas no pudo contactar con ella. No llegó a pedirle nunca el teléfono y Toni tampoco lo tenía.

Miró su cama como si fuera un bocadillo de jamón ibérico. Se lanzó a los brazos de Morfeo pensando en el día siguiente.

Volvería a ver a Ángela.

El sol se coló por la ventana con fuerza. El calor se mezclaba con la terrorífica humedad que hizo que Josep se removiera inquieto en la cama.

Con los ojos medio cerrados levantó la muñeca donde tenía el reloj, para así poder entrever qué hora era. Casi las once de la mañana.

Pasó una de sus manos por los ojos, intentaba desperezarse un poco, sentía toda la pesadez del viaje.

Estiró el cuerpo con ganas para después incorporarse velozmente.

«Ángela», de nuevo en su mente, ella.

Se dio una ducha rápida seguida de una más rápida puesta de ropa para, sin siquiera desayunar, ir a llamar a su vecina de enfrente. Tenía muchísimas ganas de abrazarla, de darle un beso, de volver a oler su perfume.

—¿Quién es? —Una voz desconocida preguntó al otro lado.

—Hola, soy Josep, el vecino de enfrente. —Escuchó como la cerradura se abría para presentarse frente a él una señora de unos cincuenta años.

—Dígame, ¿qué desea? —preguntó educadamente.

—Preguntaba por Ángela. ¿Está?

—No, lo siento. Aquí no vive ninguna Ángela.

—¿Cómo que...? ¿Pero si hace dos semanas...?

—Ah, los inquilinos anteriores. —Sonrió amable—. Hace una semana que se han marchado. Mi marido y yo llevamos un par de días instalados aquí.

—¿Pero...?

—Lo siento mucho. —Cerró la puerta.

Ángela se había marchado sin decir nada. Se había ido.

Otra vez lo habían vuelto a dejar.

Otra mujer le había vuelto a romper el corazón.



## CAPÍTULO 22

Y recuerdo que, después del abrazo que Pedro Luis y yo nos dimos en Barcelona, le sonreí y le anuncié que me marchaba, que regresaba a Valladolid.

Me sonrió como respuesta y sé que lo hizo sinceramente. Estaba segura de que lo que habíamos tenido durante tanto tiempo había desaparecido por completo.

Hacia más de tres semanas de aquello y la verdad es que durante el tiempo que estuvimos juntos nadie podía acusarnos de no haberlo intentado.

¿Que si le quería? Claro, pero le quería tanto que no deseaba que estuviese conmigo. Y a él le pasaba exactamente lo mismo, quería que fuese feliz.

Y entonces, ¿qué hacía yo en Valladolid de nuevo? Pues lo que hacía antes. Sí, en serio. Tampoco es que me fuera tanto tiempo como para que se olvidaran de mí.

Mi incursión en tierras catalanas había desbarajustado mi vida por completo haciendo que me fijara en aquello que no quería en mi vida.

Por tanto, no quería ser igual que todo el mundo. Que existía un maravilloso mundo de color y variedad más allá de lo que una bonita capital de provincia podía ofrecerte.

Sonreí al mirarme en el espejo por cuarta vez porque, además, aquella misma mañana, había recibido un email de Pedro Luis en el que me pedía perdón por todo el tiempo que habíamos perdido juntos, por su egoísmo y por obligarme a hacer lo que nunca quise, seguirle.

Me contaba que había comenzado a salir en serio con su compañera, la italiana llamada Sofía, y me pedía que si alguna vez nos encontrábamos, que no nos odiáramos.

No, nunca podría odiarle.

No tal y como los dos nos habíamos negado a ser felices estando juntos.

Ya estaba lista para ir a comer en casa de mis padres. Y me apenaba pensar en mis amigos, estaba todo peor que antes. Si antes veía poco a las casadas, ahora todas tenían hijos y decían que lo de seguir el ritmo de una soltera...

Me reí en voz alta al pensar en la palabra, «soltera». ¿Quién me lo iba a decir a mí? ¿Y quién se lo dijo a mis padres? Yo, lógicamente, pero sin muchas ganas de dramas...

Mi madre se horrorizó cuando le conté que rompíamos, casi me obligó a llamar a Pedro Luis para pedirle perdón. Mi padre, que de tonto tiene poco, ya se lo había olido desde aquel día que vino a salvar del despropósito político a su hija. Sabía que algo no iba muy bien cuando, al despertar en casa de Josep, no me vio en la habitación y me encontró en la suya. Pero nunca preguntó, sólo me dio un beso en la frente cuando desayunamos y me guiñó un ojo. Nunca le había gustado Pedro Luis.

Terminé de arreglarme y salí de mi pequeño apartamento, tenía noticias nuevas para ellos. Me habían ofrecido trabajar en Madrid en una productora y quería decir que sí porque sabía que era una de esas cosas que pasan una vez en la vida y hay que agarrarlas con las dos manos para que no se escapen. Después de todo lo pasado, no tenía miedo a emprender algo que me hiciera sentir bien, que pudiera darme la oportunidad de moverme por mí misma.

Sinceramente, ver el sueldo que ganaba en el periódico había tenido mucha influencia en la decisión de probar suerte fuera, ya que resultaba insuficiente para poder mantenerme y pagar la casa. En mi nuevo empleo cobraría mucho más e incluso me ayudarían a encontrar un lugar donde alojarme. Sabía que trabajaría el doble, pero estaría en el lugar en el que siempre había soñado: el mundo de las series de televisión.

Al fin iba a darle un sentido a esa obsesión de mi madre por las telenovelas norteamericanas.

Ah, y ¿qué había pasado con Josep? No lo sabía, la verdad es que aún me dolía mucho recordarle. Pero nunca dejé de pensar en él, de evocar el poco tiempo que estuvimos juntos... No iba a mentirme, le seguía echando de menos. A veces me había planteado si debería volver a decirle algo, intentarlo. Pero era imposible, él vivía en Barcelona y yo en Valladolid, en Madrid tal vez. No había querido saber nada a pesar de que Toni y Víctor insistían en contarme cosas, más bien lo intentaban, pero les cortaba. Sólo me harían más daño del que me hacía pensar que podría haber sido el hombre de mi vida, pero que estaba con otra mujer.

Hale, cogí todas mis cosas y me fui a contarles a mis padres que me ofrecían marcharme SO-LA a Madrid. ¡De cabeza a la boca del lobo!

—Hija, ¿pero no has tenido suficiente aventura en Barcelona?

—Mamá, ¿alguna vez te pondrás de mi parte?

—No es que no me ponga de tu parte, pero, para una vez que te vas fuera de Valladolid, resulta que te haces independentista, proseparatista, rompes con tu novio de toda la vida, te echan del trabajo y además tiene que ir tu padre a rescatarte.

—Marta, no seas tan dura con tu hija que en realidad allí se lo estaba pasando muy bien. —Mi padre me guiñó un ojo.

—¿Cómo que no, Alonso? Que esta chica siempre ha sido muy rebelde y ha hecho lo que le ha dado la gana. ¿No ves que ha salido en televisión y todo? Pero si en misa me lo recuerdan cada dos por tres. Que si mi hija es una separatista, que si después de todo lo que hemos hecho por ella...

—Mamá, en serio. ¿Ni una vez? —me quejé en voz alta sintiéndome mera espectadora del soliloquio de mi madre.

—Pero, hija, ¿qué vas a hacer tú sola en Madrid? Ahí puedes acabar liada con un amigo del Mario Vaquerizo ese y saliendo de fiesta con locas.

Mis ojos se abrieron de par en par:

—¿Pero qué concepto tienes...?!

—¡Déjame hablar! No sería la primera vez que alguien se va a Madrid y acaba trabajando para un programa de esos de despelleje o peor aún... en el canal ese donde le dan tanta bola al Coletas. Me niego a que ahora te hagas seguidora del Pablo ese.

—Marta, por favor. —Finalmente mi padre metió bola, pero de poco sirvió.

—No, Alonso. —Señaló furibunda con el dedo—. No eres la persona más indicada para ponerte a hablar de ello. Cuando estuviste en Barcelona, tuve que traerte de vuelta. A saber con qué personas te juntaste allí. Ahora hablas bien hasta de los gais...

—Nunca he hablado mal de ellos —se defendió.

—Bueno, pues que no te parece mal que vayan por la calle juntos.

—Pues claro, es de lo más normal.

—¡Ves! —saltó ella.

—Mamá, papá. —Me levanté de la mesa enfadada—. Está decidido, me voy a Madrid, yo aquí y así, no sigo más tiempo. Renuncio...

—¡Hija! —Se quejó cual diva mexicana—. No nos hagas esto.

—A mí no me hace nada. —Sonrió mi padre volviéndome a guiñar el ojo.

—Eso, tú ponte de su parte, para variar. Y al final la que siempre ha de mantener el barco a flote soy yo.

—¿Una copa de vino, Marta? —Mi padre llenaba la que tenía vacía.

—Por favor, porque esto necesito bajarlo de alguna manera.

—Pues lo dicho, no tenía muy claro lo de irme a Madrid, pero me encanta que me pongáis las cosas tan fáciles —les anuncié a los dos.

—Cariño, me parece fabuloso. Cuenta con nosotros.

—Será contigo, Alonso. —Bebió un sorbo de vino dignamente.

—Pues será conmigo, Marta. —Él también se levantó de la mesa acompañándome a la puerta—. Tranquila, cariño, yo me ocupo de todo.

—Gracias, papá, no sé qué haría sin ti. —Le abracé con fuerza.

Regresé a casa con una sensación agridulce, bueno, con la sensación habitual de cada vez que iba a la de mis padres.

No era la primera vez ni la última que me sucedía esto, pero era la espita que necesitaba para no pensar más que en decir que sí a aquel trabajo en Madrid.

¡Preparados, listos, ya! A Madrid de cabeza...

Gracias, mamá, gracias, gracias, gracias...

Si al final hasta iba a hacer algo bueno por mí, me dio el empujoncito que necesitaba para decir que sí a mi nueva vida.

Y llegó el día, lo tenía todo empaquetado. Las cajas más grandes ya las había enviado a mi nueva casa, junto con la ropa. Las otras me las enviarían mis padres en cuanto estuviese algo más instalada. Sólo llevaba una pequeña bolsa de mano, qué pesado se había puesto mi padre con el tema de llevar lo mínimo posible para ir más cómoda.

Volví a dejar todo atrás.

Mirar una vez más mi casa vacía me dio mucho vértigo, pero esta vez lo había decidido yo. Ahora todo era diferente. Me lanzaba a la aventura, una a la que yo me había atrevido, una que podía ser una locura, pero sólo mía.

Me daba miedo y tenía un nudo en el estómago que no me dejaba casi respirar, además de una sonrisa idiota plantada en mi cara desde que cerré la última caja.

Recordé la tristeza con la que me marché la primera vez de aquí y no tenía nada que ver con lo que ahora mismo sentía, me encontraba pletórica, llena, esperanzada, feliz. Esa era la palabra, feliz, que me llevaba a dejar todo atrás para comenzar un nuevo proyecto lleno de incertidumbre.

Sonó el portero.

—¿Quién es? —Como si no lo supiera.

—Baja o perderás el AVE —me dijo mi padre con voz profunda.

—Voy. Dame un momento. —Tenía que volver a vaciar la vejiga de ningún líquido, ya que eran los nervios los que hacían de las suyas.

—Vamos —insistió.

Miré, ya sí, por última vez el salón donde hubo un tiempo en el que creí que sería feliz. Salí y cerré esa puerta para siempre.

Por siempre.

Andaba atareada buscando las llaves de la casa en mi bolso. Por pura costumbre las había metido en él, sin pensar que tenía que dárselas a mis padres para que se hicieran cargo de todo lo demás y que fueran ellos los que pusieran el punto final a este... ¡Joder! Vaya trompazo que acababa de darme al abrir la puerta contra alguien que pasaba por la calle. ¡Qué tortazo! Me he dejado la cara en su pecho.

—Lo siento —dije, intentando disculparme por ser tan torpe y agachándome a recoger todo lo que se había caído del bolso.

—Yo no.

Me recorrió un zambombazo eléctrico por toda la columna. No quería levantar la vista del suelo y mucho menos incorporarme.

—¿Te ayudo? —Volví a oír su penetrante voz.

—No, no eres real —me dije, haciendo el gilipollas, ¿porque cómo no va a ser real una voz, un tortazo contra él, su mano encima de la mía?

—Sí, no soy real. A decir verdad, soy un holograma que ha venido a darte un susto. Uno muy bien hecho, por cierto. —Se rio de esa manera en la que sólo él podía hacerlo. Y finalmente levanté mis ojos para encontrarme con los suyos.

—Josep —casi dije su nombre en un suspiro.

—Ángela.

Que no sonría así, le pedí al cielo.

—¿Qué haces aquí?

Me ayudó a levantarme del suelo después de haber recogido el desastre de mi bolso.

—Llévate a casa.

—No voy a volver a Barcelona, no voy a volver contigo —afirmé muy seria.

—Lo sé. —Me miró desde su metro noventa de hombre—. Te voy a llevar a Madrid en mi moto. —La señaló a su espalda.

Busqué con la mirada a mi padre. Y allí estaba, con mi madre, contemplándome como dos tontos que están viendo una película de amor. Enarqué una ceja a modo de pregunta, mi madre puso los ojos en blanco y mi padre puso cara de «yo no sé nada», vamos, que la había liado él solito, me lanzó un beso y me pidió que los llamara más tarde. Luego se esfumaron.

—No, no me vas a llevar a ninguna parte. No sin antes explicarme de qué va todo esto —pregunté nerviosa—. Voy a perder el tren que...

—No vas a perder nada. —Se acercó sujetándome por la cintura—. Lo que sí me voy a perder es besar tus labios si no paras de hablar.

—¿Pero tú no estabas con Almudena? Yo vi fotos en internet, vi que...

—¿Por eso te fuiste? ¿Por eso desapareciste? No me dejaste ni una nota bajo la puerta, ni un adiós. Desapareciste.

—Pero no diste señales de vida —me quejé tontamente.

—No tenía cómo localizarte.

—Toni... —Señalé como una idiota.

—Él no tuvo tu teléfono hasta hace bien poco. —Recordé que era verdad, que ni si quiera a él se lo di.

—Pero cómo es que tú... Aquí... Valladolid.

—Pregúntale a tu padre. —Sonrió marcando los hoyuelos de sus carrillos—. Es un *crack* investigando.

—No lo he dudado ni por un momento. —Se acercó suavemente posando su mano derecha en mi cadera y la izquierda detrás del cuello.

—Dale las gracias a él de lo que voy a hacer ahora mismo. —Me plantó un beso de aquellos que sólo se ven en las películas y que una cree que nunca te darán a ti. Uno de esos con los que soñamos desde que tenemos uso de razón y que alguna vez hemos intentado imitar en la vida real. Pero ni mariposas ni vuelcos de corazón ni cosquillas en el paladar cuando lo hacíamos.

Ahora yo sentía mil estorninos jugando en el estómago, el corazón saliéndoseme del pecho y miles de cosquillas en el paladar, en la lengua, en la garganta y... mejor casi que no sigo...

—Aún tienes las llaves de casa, ¿verdad?

Las saqué del bolso con una sonrisa de idiota que no me cabía en la boca.

—Lo que no tengo son sábanas.

—¿Y quién las necesita? —finalizó, abrazándome.

—¿Me ha tocado la lotería? —pregunté como una idiota.

—Olvídate de la lotería y deja que te toque yo...

Y fuimos felices y comimos mil perdices.

Bueno, vale, no. No fue exactamente tal y como os lo imagináis. Ya que aquella noche dio mucho de sí..., también para eso. En realidad, sobre todo para eso que sí estáis imaginando, sonríó como una imbécil al recordarlo, pero hablamos mucho.

Para resumir:

Josep se sintió perdido después de que me marchara de Barcelona, andaba bastante descontrolado. Poco después se enteró de que Almudena estaba subiendo fotografías antiguas de ellos dos cuando eran pareja a Instagram. Más tarde averiguó que, simplemente, ella lo hizo porque se había convertido en un personaje conocido en las redes y en algunas revistas menores, y necesitaba a un chico «interesante» para vender como novio.

Toda aquella mierda le hizo pensar en que necesitaba dar una vuelta a su vida. No quería seguir anclado a mi recuerdo, o eso fue lo que me dijo, pero yo quiero creerlo, es taaaaaaan romántico. Ains, pobre. Es que me voy, me voy... Bueno, pues se marchó a vivir a Madrid aceptando la oferta de trabajo de un amigo suyo en una productora, ¿os lo vais oliendo? Tomó la decisión cuando su hermana consiguió cambiar el turno de trabajo, las guardias extrañas ya no dirigían su vida y el pequeño Eric podía disfrutar de la guardería y de su madre en horarios más humanos. Cierto es que también tenía algo que ver el médico con el que llevaba tiempo saliendo.

¡Veis! Me he vuelto a ir otra vez.

Pues eso, que Josep se marchó a trabajar a Madrid con ese amigo suyo y ¡oh! casualidad (yo ya no creo en ella, en serio), hacía menos de un mes, el amigo había recibido mi currículum. Él, Josep, lo vio un día encima de su mesa y le preguntó sobre él y sobre aquella chica. Aunque sabía perfectamente lo que había sido de mí, Toni le ponía al día de todo. De ahí que supiera que estaba soltera y decidida a cambiar mi vida.

Por eso no creo en que las cosas pasan porque sí. Creo en el destino, en que todos y cada uno de los pasos que das te llevan irremediamente a un propósito. El mío estaba claro desde el principio, era estar con él, con mi catalán. Con Josep, a pesar de que intenté olvidarle y hacer lo que se supone que debía hacer. ¿Cuántas probabilidades hay de enviar el currículum a la empresa en la que trabaja tu examante? Y después, ¿cuántas probabilidades de que lo vea encima de la mesa de su jefe?

Creo en las casualidades por más imposibles que sean.

Así que, por lo demás, ya lo sabéis: ahora vivo en Madrid, trabajo en una productora de televisión y salgo con él.

No, no vivimos juntos y eso le vuelve loco, pero siento la necesidad de tener mi espacio, mi momento, mi vida...

Es verdad que cada vez me cuesta más despedirme de él después de cenar o de pasar un fin de semana juntos.

¿Quién sabe?

Dejaré que sea el destino el que decida por mí.

Nah, esta vez decidiré yo.



## AGRADECIMIENTOS

Con el tiempo me he dado cuenta de que las casualidades no existen y que por mucho que intentes alejarte de ellas, el destino es implacable.

Este libro, el que tienes en las manos, es un cúmulo de ellas.

Algún día lo contaré.

Escribirlo me ha ayudado a evadirme de los problemas en un momento difícil de mi vida y me ha dado ese puntito de locura que, por culpa de esa situación, podría haber perdido. Y lo mejor, que durante ese proceso no he parado de crear.

Lo dicho, el destino.

Y ese destino hizo que un día Laura F. me llamara por teléfono para darme una noticia que nunca esperé que llegara. Por tanto, gracias por pensar en mí. ¿El momento indicado en el lugar adecuado? ¿Quién sabe? Sólo gracias.

Después a mi hada madrina, la que confió para lanzarme a un abismo que ni yo misma sabía que sería real: Esther Escoriza, la maga de las letras que me dio la oportunidad de estar y ser. Nunca estaré lo suficientemente agradecida, sabes que sin ti esto nunca hubiera sido real.

Y cómo no, hablando de letras, a Myriam Galaz, la editora que, estando más loca que yo, me propuso esta incursión editorial. Por nuestras risas, por nuestros emails, por tus consejos (de todo tipo ;-D), por «lo bien que lo “pasemos”». Sobre todo, por darme esta oportunidad que se ha convertido en una realidad. A tus pies.

A mis chicas de WhatsApp «Akellarre»: Norma Estrella y Dona Ter, por el soporte vital durante este tiempo. Por animarme, por animarnos, por jalearnos, por llorarnos (virtualmente hablando)... Gracias.

A mis otras chicas, «Zumbadas»: Lucía, Olga, Sandra y Vane..., ahí andamos para echarnos unas risas siempre. Se agradece un montón.

A Gonzalo Martorell, un escéptico de pro, que con sus maravillosos consejos en el mundo de las Harley-Davidson me ha descubierto una historia fantástica sobre lo que muchos norteamericanos hacían por la Rambla de Barcelona en los años cincuenta y sesenta.

A mis compañeros de trabajo por sus aportaciones: aunque no lo sepan, he

ido apuntando absolutamente todas sus idas y venidas vitales. Forman parte de esto.

Gracias a dos personas que aparecieron por casualidad y que aún siguen dándome ideas sin parar. Me volvería loca sin nuestros *brainstorming*. Os amo: Antonio Pastor y Víctor Ordaz, mis dramaturgos.

¡Atención, que ahora llega lo mejor! Dar mil gracias a la familia por apoyarme. Es típico, es tópico, pero están ahí por algo, no es por casualidad que mis padres sean quienes son, Jose y Rufi, y que mi hermana sea una candidata perfecta para ser la protagonista de mi próxima novela, Laura. Gracias y os quiero.

Y no por ser los últimos serán menos importantes, porque durante la creación de este libro, Josep y yo hicimos la mejor de nuestras novelas, la segunda parte de nuestra vida: Daniel.

A ti, Josep, por estar siempre aguantando mis locuras, dándome ideas, borrándome otras, aplacando mis arranques, curando mis heridas. Te quiero.

Ahora nos toca otra nueva aventura, para escribir también porque será de traca...

Gracias por todo.

En Barcelona, 14 de octubre de 2015 a las 14:58h.

*Que no panda el cúnico*

Patricia Hervías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta, 2016

© de la imagen de la portada, © Dani Jiménez, 2016

© Mediaset España Comunicación, S.A., 2016

© Patricia Hervías, 2016

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-270-4256-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)